

Alexis Ravelo

TRES FUNERALES PARA
ELADIO MONROY



L≡LIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis, Libros PDF, Libros Online](#)

Justo en los límites de la legalidad, Eladio Monroy, jefe de máquinas retirado, sobrevive en la ciudad de Las Palmas, moviéndose con soltura entre el lumpen, mirando con sonrisa cínica a los poderosos y metiéndose inevitablemente en asuntos que le vienen grandes. Como en esta ocasión, en que un encargo acabará complicándole en una oscura y peligrosa trama que hará peligrar su seguridad y la de quienes le rodean.

L≡**LIBROS**

Alexis Ravelo

Tres funerales para Eladio Monroy
Eladio Monroy - 1

Pese a que el autor de este libro es un mal bicho y, por ende, bastante proclive a la ingratitud, hay ciertas personas a quienes debe dar las gracias. La primera de ellas es la actriz Carmen Sánchez María, que asistió al proceso de escritura de esta novela e hizo agudas y útiles observaciones acerca de su argumento. La segunda es el cantautor José Manuel Pérez « El Patillas» , lector del primer borrador. Otras son: Toñín Barrera, quien sigue dejando entrar en Cuasquías a Eladio Monroy, aunque no se lo merezca, el pintor Paco Sánchez, mi querido Pancho, que me ha mostrado de qué colores es la ciudad que habita Eladio, y Jorge Liria, que nos brinda a todos una oportunidad con su fe en que una industria editorial en Canarias es posible. *Last but not least*, Antonio Becerra, que soportó las diversas intoxicaciones etílicas a lo largo de las cuales fue pergeñándose la trama de *Tres funerales para Eladio Monroy*.

Alguien que anda por ahí

Los camiones de la basura, las cubas municipales, los vehículos de desinfección, los taxis vacíos van dando paso a los turismos, a las guaguas, a los camiones de reparto, a los taxis ocupados.

El alumbrado público va muriendo al tiempo que el cielo acaba por sucumbir a la explosión mansa del alba. La metralla luminosa lo invade todo. La luz se derrama sobre los barrios altos (que aquí son los barrios bajos); sobre las instalaciones portuarias; sobre los bloques de viviendas con paredes de cartón; sobre los riscos nimbados de pequeñas casas que se amontonan en multicolor cascada; sobre el empedrado y los muros de piedra de las calles del barrio colombino; sobre las céntricas avenidas; sobre las playas desoladas que acogen a bañistas prematuros; sobre oficinas bancarias y sedes oficiales; sobre cuarteles y hospitales; sobre colegios y cocheras; sobre plazas diáfanas y sombríos callejones sin salida.

De nuevo se ha producido el milagro del amanecer sobre esta ciudad santificada y putrefacta. La mañana vuelve a poner en marcha el hormiguero como si una descarga eléctrica lo hubiese sacudido y sus habitantes corriesen de un lado a otro sin saber exactamente el cómo, el cuándo y, sobre todo, el porqué de su actividad frenética.

De nuevo el amanecer está ahí: casi cuatrocientos mil actores regresan al escenario.

A media mañana, como casi siempre, los yonquis tuvieron que levantarse porque Casimiro abrió las puertas del bar Casablanca. Aún tranquilos (no empezarán a inquietarse y a entrar y salir del barrio hasta cerca de mediodía), ocuparon, unos metros más allá, el trozo de acera protegido por la sombra que daba el balcón de la vivienda de Casimiro, no sin antes dar los Buenos días, jefe al propietario y único camarero-cocinero-freganchín-encargado de la limpieza y administrativo a sus horas. Éste, pequeño, calvo, entrado en los sesenta y con su eterna camisa azul celeste mezcla de poliéster y cartón piedra, les miró de medio lado con su único ojo y masculló un Buenas mientras terminaba de elevar la puerta metálica y encendía la máquina de tabaco y las tragaperras. Después, también como acostumbraba, fue hasta la barra, conectó el televisor y se puso a zapear de forma compulsiva a la espera de clientes.

Eladio Monroy entró, como casi siempre, a las doce. Pidió un cortado y se sentó a leer el periódico en una de las dos mesas de chapa galvanizada. Alto, corpulento, con la cabeza rasurada, una letra K tatuada en el antebrazo izquierdo y un chirlo en la mejilla derecha, dejaba que sus ojos castaños y cansados merodearan por las páginas, paseando letra arriba ilustración abajo, todavía demasiado aletargado para entender a fondo las informaciones que le ofrecía el matutino. Casimiro vino hasta la mesa y le puso delante el cortado, en un vaso castigado por años y años de servicio.

—¿Algo nuevo? —preguntó Casimiro, más por oír una voz humana, aunque sólo fuera la propia, que por otra cosa.

Monroy le respondió sin alzar la vista:

—Sí. La comisión del 11-M cierra por vacaciones y hace un calor de la hostia.

—Entonces, como siempre —repuso Casimiro, volviéndose a la barra.

—Pues sí.

Mientras el bar iba llenándose de parroquianos que venían a tomar la cerveza de antes de comer y de taxistas que llegaban para gastarse la recaudación jodiendo con el ruido de las dichas tragaperras, Monroy se tragó enteritos los artículos de fondo, olisqueó los titulares, echó un vistazo a la cartelera y saboreó, como postre, el chiste de Forges, que para eso está. El Chapi entró justo en ese momento, con su mono grasiento, las gafas de montura de pasta llenas de huellas, sus uñas negras y su hedor habitual.

—Buenos días, caballeros y caballeras... Casi, ponme un carajillo, que me invita Monroy... —gritó desde la puerta antes de sentarse junto a Eladio—. ¿Qué tal, bichillo?

—Aquí, echando días para atrás... Oye, ¿a ti quién te ha dicho que te voy a invitar el cortado?

Los ojos miopes del Chapi le miraron con suficiencia. Se llevó el índice a la punta de su enorme nariz antes de contestar.

—Mi intuición... Porque después del bisnes que te he conseguido, lo mínimo es un cortado...

—No sé... Habrá que ver de qué va el bisnes.

El Chapi se limpió las manos en el mono (con lo cual, probablemente, sólo consiguió ensuciárselas más) y sacó del bolsillo del pecho una tarjeta, tendiéndosela a Monroy.

Monroy leyó la tarjeta mientras Casimiro servía el carajillo del Chapi, en un vaso aún más castigado que el anterior.

—Gerardo, el del rentacar, me preguntó si conocía a alguien de confianza para esto —dijo el Chapi, sacudiendo el sobre de azúcar—. Mira, esta tarde llamas a Gerardo a ese teléfono, porque viene un tío de Madrid, que es representante o no sé qué ocho cuartos y viene a hacer un negocio, pero, ni

conoce esto ni se fía demasiado... —sin preocuparse de la grasa que le cubría la piel de las manos, se echó hacia atrás el pelo, descuidado y lacio—. Llego mañana, creo. El tipo va a estar aquí un día o así. Tú lo recoges en el aeropuerto, lo llevas en coche a hacer sus gestiones, te pasas el día por ahí con él y lo acompañas otra vez al aeropuerto. Y te ganas veinte billetes. ¿Qué te parece?

—¿Dónde está la pega?

—No hay pega.

—Y una mierda. No me van a regalar veinte talegos por la cara.

—Que no, Monroy, que no hay pega. El tipo nunca ha estado en Las Palmas. Conoce a Gerardo por teléfono, porque cuando mandan a algún empleado le alquilan los coches a él. Pero el nota debe venir a hacer algún negocio importante, con mercancía valiosa, o vete tú a saber... Y quiere a alguien que lo lleve y lo traiga.

—Gerardo hace servicios con chófer, ¿no?

—Sí, pero el tío no sólo quiere un chófer. También quiere que el que sea le cubra un poco las espaldas.

Monroy apuntó a la frente del Chapi con su dedo índice:

—Y ahí está la pega.

—Que no es pega, joder...

—Seguro que es algo sucio...

—Que no, coño... Que es un tío legal...

—O peligroso. ¿Qué mercancía...?

—¿Y yo qué cojones sé, Monroy? Yo sé lo que te estoy diciendo. Joder, tanta desconfianza... Yo sólo te estoy intentando hacer un favor... Si te interesa el trabajo, bien... Si no, me das la tarjeta, busco a otro y, a ti, que te frian un paraguas...

El Chapi extendió la mano, pero Monroy no se la devolvió. Se quedó pensando un momento, mirando alternativamente al Chapi y a la tarjeta. Al fin, dijo:

—Está bien... Aunque sé que si yo me llevo veinte trompos seguro que tú te llevas por lo menos diez...

—Que no, coño... Además, te vas a pasar todo el día por ahí con un Audi... Con la misma, hasta mojas y todo.

—Como si me hiciera falta a mí un Audi para mojar...

—Joder, pues nadie lo diría, con la mala follá que te gastas,...

—Vete a la mierda.

—A eso voy —dijo el Chapi levantándose—. Me piro, porque dejé al pibe preparándome un coche para darle el pistolazo y seguro que ahora me lo encuentro escaqueado.

—¿El pibe nuevo? ¿Qué pasa, que no se mueve mucho?

—¿Mucho? Ése trabaja menos que la Gallina Caponata, que estuvo tres

temporadas y no puso ni un huevo.

Monroy soltó una sonrisa mientras el Chapi se iba al taller, despidiéndose a voz en cuello de la concurrencia del Casablanca y del resto de los bares desde allí hasta el Paseo de Lugo.

En pocos minutos, los clientes fueron desapareciendo, rumbo al trabajo o al potaje de lentejas. Monroy vio pasar a los yonquis, discutiendo a gritos sobre quién había recaudado más dinero, mientras uno de ellos hacía tintinear en su mano el montoncito miserable de monedas que habían logrado acumular aparcando coches. Caminaban con prisa, en dirección al Polvorín, por lo cual Monroy calculó que debían ser ya casi la una menos cuarto, así que decidió subir a casa a preparar el almuerzo. Dejó dos euros sobre la barra de zinc y le hizo un gesto de despedida a Casimiro, afanado en la plancha.

—Hasta la tarde, viejo...

—Nos vemos, Monroy...

Salió al mediodía ardiente y ruidoso de la calle León y Castillo y caminó lentamente en dirección a la Plaza de La Feria. Allí, un par de jóvenes combinaban la capoeira, el skate board y el cannabis en proporciones desiguales. Se paró un momento a observarles desde lejos y logró reconocer al hijo de Roquito, el luchador, que liaba un porro con singular destreza y rapidez. Continuó caminando un par de calles más y subió la calle Murga hasta su portal. Entró y llamó al ascensor pensando en el negocio que el Chapi le había propuesto. No era nada que no hubiera hecho antes. No era la primera vez que hacía de chófer o le tocaba guardarle las espaldas a alguien o llevar un paquete de un lado a otro o suplir a algún conocido en la puerta de una discoteca. Aquellos trabajos le permitían llevar una vida bastante cómoda, complementando su pensión. Monroy no tenía un físico de gimnasio y los años comenzaban a pesar sobre sus energías. Sin embargo, era un hombre duro. Eso se adivinaba con su sola mirada. Por si cabía alguna duda, el chirlo de su mejilla y el tatuaje de su antebrazo hablaban por sí mismos. Y, de cualquier forma, era lo suficientemente conocido en los ambientes adecuados como para que casi todos supiesen que con él no convenía bromear.

No obstante, como a los leones cuando están saciados, le gustaba vivir y dejar vivir, y no tenía (al menos que él supiese) demasiados enemigos.

El ascensor llegó hasta el cuarto piso y Monroy salió. Tocó en la puerta de la izquierda con los nudillos y esperó a oír el arrastrar de pantuflas para gritar:

—Matías, soy yo.

Matías entreabrió la puerta y asomó su cabeza de cabellos blancos y enormes bolsas bajo las dos lucecitas cansadas de sus ojos. Como siempre a esa hora, aún no llevaba la dentadura postiza (se la pondría media hora más tarde, cuando su hija le trajera el almuerzo). Por la rendija abierta, Monroy le tendió el periódico ya leído.

—No te pierdas el chiste de hoy —le aconsejó.

Matías sonrió, y mostró la lupa en la otra mano.

—Te estaba esperando... ¿Cómo va lo de la comisión del 11-M?

—Se van de vacaciones.

—Me lo imaginaba... Hijos de puta...

—Ya ves... —dijo Monroy dando media vuelta y sacando la llave de su casa

—. Si te hace falta algo, ya sabes dónde estamos.

—Nada, tranquilo. Mi hija viene luego... Gracias, Monroy.

—Échaselas al gato, viejo —dijo Monroy, entrando en casa.

Matías se quedó un momento mirando la puerta cerrada del 4º derecha. Meneó la cabeza sonriendo y, cerrando a su vez, encendió la luz del salón para leer el periódico.

Monroy dejó sobre la mesilla de la entrada la cartera, las llaves, el reloj, el paquete de cigarrillos, el mechero y el bolígrafo. Siempre llevaba en el bolsillo un bolígrafo metálico de resorte, por si acaso.

En el contestador había varios mensajes. El primero era de Hanif, que con su español deplorable y su voz de Gallo Claudio, dijo: «Hola, Monroy. Soy Hanif Viram. Pásate por tienda, porque tengo cámaras de vídeo, las que encargaste tú. Pero tenemos que revisar precio, porque ahora están más caras. De todas formas, yo hago a ti precio de amigo. Estoy toda la tarde en tienda. Hasta luego» .

Pensó que esa tarde le tocaría moverse hasta la calle Ripoché y regatear con Hanif, que era un amigo y siempre se había portado bien con él, pero se había dado cuenta de que él había colocado rápidamente la mercancía anterior. Y siendo como era Hanif fundador y presidente de la Real Orden del Puño Cerrado a Monroy le iba a costar mucho conseguir que mantuviera el precio.

El siguiente mensaje era, cosa sorprendente, de su ex mujer, con aquel tono serio de ingrésame-la-pensión-o-tendrás-noticias-de-mis-abogados: «Eladio, soy yo, Ana Mari. Necesito hablar contigo. Llámame, por favor. Es importante» . Monroy se preguntó en silencio qué tripa se le habría roto. Y, como no se le ocurrió respuesta alguna, dijo en voz alta:

—Pues, ya ves, no te voy a llamar hasta por lo menos dentro de un par de días. No por nada. Sólo por joder.

El tercer mensaje era de Gloria. «¿Eladio? Supongo que estarás todavía en lo de Casimiro... Es para avisarte de que voy a pasar por ahí... Y si te apetece invitarme a comer, enróllate y hazme unos calamares compuestos. Los dejé descongelándose esta mañana, antes de irme a trabajar... Un beso, cielo» .

Monroy se dijo, esta vez sin pronunciar palabra, que a lo mejor Gloria se estaba acostumbrando demasiado a estar en su casa, cuando tenía la suya propia sólo dos pisos más arriba. Pero le halagaba que le gustasen sus calamares compuestos. Así que se resignó. La compañía de Gloria no estaba tan mal.

Escogió entre sus cedés el *Blue Vallantine* y escuchó a Tom Waits arañar con su voz de tigre morfinómano el «Somewhere» mientras se ponía shorts, camiseta y sandalias. Después entró en la cocina y se puso a limpiar los calamares para cortarlos, tarareando algo de seguro completamente distinto a lo que oía, porque era de conocimiento general entre sus familiares, amigos y conocidos, que si algo caracterizaba realmente a Monroy era poseer buenos gustos musicales pero, al mismo tiempo, tener un oído enfrente del otro.

Una vez cortados los calamares, picó cebolla, ajos y pimientos y los puso a sofreír con aceite de oliva y laurel. Mientras los dejaba atontar a fuego lento, empezó a cortar unos tomates, preguntándose para qué leches le querría su ex. Llevaban sin hablar más de dos años, desde que Paula cumplió los dieciocho y Ana Mari dio por finalizada su pequeña «relación comercial». Nada le ataba a ellas. Por suerte en el último caso; por desgracia en el primero. Desde que tenía diez años, no había visto a Paula arriba de seis o siete veces, y esos encuentros siempre habían resultado bastante incómodos para ambos. La culpa: un poco de las edades que tenía la niña en cada ocasión, otro poco de él mismo y de su dificultad para comunicarse con ella y un mucho de Ana Mari y del régimen espartano de visitas que había sacado en su momento al Juzgado de Familia. Y, en ese asunto, pese a sentir afecto por Paula, Monroy, se dejó comer el terreno cada vez más y cada vez de forma más irremediable, a lo largo de aquellos años. Al fin y al cabo, qué pintaba él, un pobre jefe de máquinas retirado, un muerto de hambre, en la vida de Paula, criada en un chalé de Santa Brígida.

Monroy escuchó un par de golpes a la puerta. No necesitaba abrir para saber que era Gloria, pero lo hizo. Y, en efecto, era Gloria, con una barra de pan y un paquete que, Monroy adivinó con horror, contenía libros.

Gloria entró, le dio un beso en los labios, avanzó hasta la puerta de la cocina, olisqueó y dejó que su rostro regordete se iluminara.

—Amooooor —dijo con el mismo tono y cadencia del bello silbido de una bomba de napalm que se dispone a caer sobre una aldea vietnamita.

—Amorfo —declaró Monroy hoscamente volviéndose a la cocina para remover el sofrito.

Gloria no tardó nada en empezar a revolotear de un lado a otro, dejando el pan en el comedor y el paquete sobre el poyo y comenzando a poner la mesa. Su cuerpo menudo y apetitoso se movía con soltura y su voz de soprano no cesaba de oírse por toda la casa, abrumando a paredes y muebles.

—Vaya diita, mi niño... No he parado de despachar Barcos de Vapor y cosas por el estilo. Como si los críos fueran a pasar de la piscina para leer algo... Oye, eso estará pronto, ¿no?... Es que tengo que recoger el pedido de Troquel, porque en verano no reparten por la tarde y Manolo está malo... Qué calor, cielo... La librería era un horno... No se podía ni estar... Por cierto, te traje un par de libros...

Monroy, afanado en cocinar, le había permitido explayarse, encajándole algún monosilabo de vez en cuando; ahora se paró en seco, sintiéndose amenazado por algún *best seller* armado con letales adjetivos previsibles y afilados lugares comunes demasiado frecuentados.

—¿Cuáles son? —preguntó, temiendo lo que se le avecinaba.

—Ah, el último de Pérez Reverte, que me han dicho que está muy bien... Y *Los pilares de la tierra*, a ver si te lo lees de una vez...

—Pues sí que... —murmuró Eladio.

—¿Qué?

—No, nada, que muchas gracias, mujer... Pero no deberías molestarte...

—Sabes que me encanta regalarte libros... Ya me contarás, ya... Ya verás que está muy bien...

En ese momento, Monroy creyó oportuno utilizar esa frase que concede un poco de tiempo al lector frente a la insistencia de los leedores:

—En cuanto me acabe el que estoy leyendo, me lo empiezo.

—¿Y cuál te estás leyendo?

—62, *Modelo para armar*.

—Cómo te gusta un rollo, hijo mío de mi vida...

Monroy no respondió, porque nunca había sabido cómo explicarle a Gloria que ambos tenían ideas muy diferentes de lo que era la literatura y que, aunque ella viviese de vender libros y supiese qué era lo que mejor se vendía, ello no quería decir que él no pudiese disfrutar con libros descatalogados comprados en cochambrosas librerías de segunda mano.

—¿Y de quién era ése? —dijo Gloria, intentando hacer memoria.

Él contestó mientras destapaba el pimentón:

—De Cortázar.

—¿Cortázar?

—Sí. Alguien que anda por ahí.

Hay secretos que se guardan por delicadeza, más que por engañar

Antes de salir a ver a Hanif, telefoneó a Gerardo y se citó con él en la oficina de la casa de alquiler de coches, que también estaba en la zona Puerto.

Decidió no llevar su coche, por si le daban ya las llaves del Audi. Así que dejó el viejo Fiat 124 aparcado ante su casa y tomó la guagua hacia el Puerto.

Ocupó el trayecto leyendo el libro de Cortázar, dejándose llevar por las oscuras relaciones de Juan y Heléne y Polanco y Feuille Morte mientras la guagua abarrotada de bañistas recorría la avenida Marítima y pasaba ante el Muelle Deportivo, la Playa de Alcaravaneras, el Club Náutico y la Base Naval. Antes de que se introdujese en el vientre de la Estación Intercambiadora, Monroy echó un vistazo desdeñoso al nuevo centro comercial, un horrible paralelepípedo de cristal y cemento que vedaba el cielo, el mar y los muelles justo en medio de una perspectiva que a él siempre le había gustado especialmente, por lo cual el edificio le entristecía, le jodía y le indignaba a partes iguales. Había jurado no poner jamás un solo pie en su interior.

Pequeño, con el pelo gris peinado sólidamente con raya a un lado, Hanif acababa de encender los ventiladores en aquel caos con olor a sándalo y plástico de embalar que era el Bazar Vidam cuando Monroy entró abriéndose paso entre los dos hombres jóvenes que discutían algo (que de seguro tenía que ver con precios) en algún idioma híbrido entre el hindi y el inglés. Cuando se percató de la presencia de Eladio, Hanif salió del mostrador y alzó su voz sobre la de ellos, endilgándoles lo que se evidenció como una soberana bronca, porque uno de ellos se fue rápidamente a la trastienda y el otro se fue a la calle tras coger un bloc de albaranes de encima del mostrador y dar las buenas tardes de forma extremadamente respetuosa a Monroy.

—Bienvenido. Perdona, Monroy, amigo —dijo Hanif, inclinando la cabeza, avergonzado—. Chicos de hoy día no respetan nada... Tú conocías ya mi hijo —añadió señalando a la puerta de la trastienda, donde el primero de los jóvenes se había perdido—, pero no a mi sobrino Ran. Hijo de mi primo... Buen chico, pero falta educar...

—No te preocupes, Hanif... ¿Cómo te va todo?

Hanif se encogió de hombros, alzó las cejas y mostró las palmas de las manos en hipócrita actitud:

—No puedo quejar, Monroy... Pero mucho trabajo... Mucho trabajo...

Estuvieron un buen rato mareando la perdiz. Hanif aprovechó para enseñarle un nuevo teléfono móvil con cámara de fotos, juegos, conexión a Internet, convertidor de euros y calendario incorporados. El artefacto, además, permitía telefonar. Monroy, a su vez, se interesó por unos prismáticos. Cuando se hubieron agotado los temas de conversación inútil (porque ni Hanif quería venderle un móvil a Monroy ni éste tenía la más mínima intención de comprar unos prismáticos) comenzaron, de repente, el regateo con el precio de las cámaras, las miradas al cielo de Hanif, implorando justicia divina, las negativas de Monroy a dejarse estafar y los amagos de irse de la tienda. En el último de estos alardes, Monroy aprovechó un descuido y puso pie en la calle, momento en el cual Viram salió desde detrás del mostrador diciendo:

—Está bien. Está bien. No voy a romper amistad por bobería. Yo pierdo pero hago a ti mismo precio. Pero no podrás ser otra vez. Ésta sola. Esta vez sola.

Monroy se dejó conducir de nuevo al interior, reprimiendo una sonrisa y pensó que Hanif se merecía que, por esta vez, se dejase estafar un poco y le compró los prismáticos. Antes de abandonar el bazar, ya había acordado con Viram que su hijo le llevaría las cámaras a casa en la furgoneta el lunes por la tarde.

Salió de la tienda al bochorno vespertino de la calle Ripoche y la paseó hasta la sombra del final, donde se adivinaba ya la brisa procedente de la playa. Camino de Las Canteras, se cruzó con el ajetreo diario de dominicanos, cubanos, indios, colombianos, nigerianos, marroquíes, mauritanos y quién sabe cuántas clases distintas de metecos más. Entre ellos, apareció de repente Dudú, que paseaba sus cincuenta kilos de huesos recubiertos de reluciente piel negra. El senegalés, al verle, alzó los brazos y dejó ver su descuidada dentadura hasta las encías.

—¿Qué pasa, Monroy, hermano? —gritó en medio de la calle mientras se abría paso entre los transeúntes para venir a darle un abrazo.

—Coño, Dudú, ¿qué tal? —saludó Monroy respondiendo al abrazo.

—¿Cómo está tú, hermano?

—Bien, haciendo recados, como siempre.

—Ah, tú sí que vive bien, hermano.

—¿Y tú? ¿Qué tal?

El senegalés se encogió de hombros y sonrió, como disculpándose:

—Bueno, no puedo quejar. Estoy trabajando ahora, pintando casa por aquí.

Monroy se fijó entonces en las salpicaduras de pintura plástica que le estampaban la camisa de sintético y los vaqueros. En su pelo rizado y corto se adivinaban también, aquí y allá, rastros que la presumible gorra no había podido evitar. Además, Dudú, por lo común bastante oloroso, apestaba hoy a ese hedor especialísimo, entre el orín y la descomposición de una rata, producido por la

mezcla del sudor y el caniplast.

—¿Tú solo?

—No, no. Me llamó Felo, el del Lugo, para trabajá con él.

Cruzaron una mirada maliciosa. Eso quería decir que Felo, como casi siempre, había llamado al negro para hacerle trabajar como tal y pagarle de igual forma, aprovechando que la situación de aquél no estaba regularizada. Como casi todos, paradójicamente los mismos, que se quejaban de eso que denominaban los « males de la inmigración » .

—Te está sacando el cuero, supongo.

Dudú hizo un mohín de hastío.

—Hasta la polla, Monroy. Pero ¿qué hace y o? Yo no papele, yo nada. Y tene que pagá alquilé. Tú sabe, yo mecánico bueno. Pero no puedo trabajá.

—Ya. —Eladio pensó un momento y luego dijo—: Espera, que se me acaba de ocurrir una cosa. Aguanta un poco con éste. Yo voy a hablar con un amigo que tiene un taller, a ver qué se puede hacer. ¿Vale?

—Tú, buena gente, Monroy. Tú, buena gente.

—Venga, hermano, que se nos va la tarde aquí. Pásate mañana por el bar de Casimiro y yo te dejo recado allí. ¿De acuerdo?

—Tú, buena gente, Monroy.

Dudú le estrujó un par de veces más antes de seguir camino cagándose de risa, como siempre. Monroy, por su parte, continuó andando en dirección a la avenida de la playa, pensando que Dudú era como la hiena, que con la vida de miseria que lleva, nadie sabe de qué diantres se ríe. Una calle antes de llegar dobló a la derecha y siguió andando hasta llegar al rentacar.

* * *

Entró en la pequeña sala, iluminada por fluorescentes y decorada en blanco y azul pastel. Había allí un mostrador y una mesa frente a un tresillo y una mesita plagada de revistas del motor, formularios y octavillas de ofertas de alquileres y agencias de viajes. Más allá, dos puertas conducían respectivamente a las oficinas y a los garajes, que tendrían, con toda probabilidad, una salida a la calle adyacente. Una azafata rubia entrada en la treintena y uniformada con un traje sastre azul que obligaba a pensar en ella sin él, le recibió desde detrás del mostrador con cordialidad y educación, pese a que algo en sus gestos evidenciaba que había adivinado que Monroy no era un cliente.

—Estoy citado con Gerardo Galván.

La rubia hizo memoria dejando que sus ojos verdes vagasen por el falso techo unos segundos y dibujó con los labios un beso que en realidad pretendía ser un fruncido.

—¿Usted es Eladio Monroy?

—Ajá.

La azafata salió del mostrador y le pidió con un gesto que la siguiera mientras se dirigía a una de las puertas laterales y la abría.

—Gerardo está en el garaje. Vendrá enseguida. Será mejor que lo espere en el despacho.

Monroy entró en la oficina y dejó que la rubia cerrase la puerta con un Como en su casa demasiado profesional para sonar sincero. Echó un vistazo a la oficina, también de paredes blancas y muebles azules. Bastante desordenada pero limpia. La mesa, plagada de papeles, posits pegados por todas partes, calendarios, agendas, plannings y vasos con bolígrafos publicitarios que casi ocultaban el teclado, el ratón y la pantalla del ordenador. En una de las paredes, se abría una ventana de cristal que daba a los garajes. Ante la ventana había un estor de tejido en crudo. Monroy atisbó por entre el borde del estor y el marco y vio al que seguramente era Gerardo Galván arengando a un mecánico, el cual se defendía con aspavientos de la bronca ante un Twingo que aparentaba haber sido maltratado por un escuadrón entero de *hooligans* en plena fase de euforia éflica.

El tal Galván era un individuo de mediana estatura y gran perímetro abdominal, con varias entradas en sus cabellos castaños, adheridos al cráneo merced a algún tipo de fijador especialmente grasiento. Su camisa blanca, su corbata y los pantalones de pinza de color azul marino contribuían de manera decisiva a otorgarle aquel aire de cobrador de guaguas retirado, inútil en un mundo donde los cobradores de guaguas habían dejado de existir como gremio hacía más de veinte años.

Monroy decidió que no le apetecía ver cómo Galván seguía abroncando al empleado y tomó asiento en una de las sillas destinadas a la clientela, frente a la mesa. Abrió su libro y asesinó unos minutos leyendo. Por fin se abrió la puerta y Gerardo Galván entró sonriente, con aire ajetreado y tendiéndole una mano sudorosa de manicura reciente y sin un solo callo.

—¿Eladio? —dijo mientras avanzaba hasta su asiento tras la mesa—. Espero no haberte hecho esperar demasiado. Esto es un follón increíble en verano. Sólo me quedan un par de coches y me acaban de devolver uno hecho una chatarra. Y, para colmo, al mejor mecánico lo tengo de baja. En un momento como éste... Así que voy a tener que mandarlo al taller del Chapi, lo cual se me sale completamente de presupuesto. Y todo porque ése inútil de ahí fuera dice que no puede quedarse un par de horas más... En resumen, un lío de cojones...

—Es lo que tienen los derechos laborales —se limitó a observar Monroy, apoyando los codos sobre el borde de la mesa.

Un ángel gordo y aerofágico pasó entre ellos mientras Galván intentaba entender del todo lo que Eladio había dicho y éste sostenía la mirada clavada en aquel sucedáneo de *yuppie*.

—Bueno —dijo Galván, echando a la mar unos pelillos que no le sobran—,

Bonifacio te habrá puesto en antecedentes.

—¿Bonifacio? —preguntó Monroy sin saber en absoluto a qué se refería Galván.

—Sí, Bonifacio. El Chapi.

—Ah —repuso Monroy frotándose las manos al pensar en el cachondeo general que iba a haber en el Casablanca cuando Casimiro, Roquito y Juan, el del Pescado, se enterasen del nombre del Chapi—. Bueno, por encima. Sólo por encima.

—Es cosa sencilla. —Galván se hizo adelante en el asiento y tomó entre las manos una tarjeta de visita que había ante él—. Hay una empresa de la península que tiene negocios aquí. Cosa de inmobiliarias y constructoras, no sé bien. Ni me interesa. Ellos nos contratan regularmente. Pagan bien y sin preguntar. Bueno, la cosa es que el gran jefe de esa empresa tiene que hacer un viaje relámpago a Las Palmas —de pronto paró de hablar, como si se le hubiera olvidado decir algo y, haciendo un gran aspaviento, aclaró con solemnidad—. Estamos hablando de gente muy importante, ¿nos entendemos?

Eladio asintió.

—Pues resulta que este hombre me llamó personalmente anteayer y me pidió que buscara a alguien que lo acompañara mientras estuviera aquí. Alguien de confianza, ¿me explico? No un simple chófer. Alguien que, no sólo conociera la ciudad, sino que pudiera hacer también de una especie de escolta y que, además, fuera persona discreta. A esa persona, por acompañarle durante un día, está dispuesta a pagarle doscientos euros más una gratificación en caso de que se diera alguna situación... —Galván buscó con los ojos la palabra que le faltaba alrededor del fluorescente y a todo lo largo de la superficie del techo. Al fin pareció encontrarla en el rincón más cercano a la puerta—. Alguna situación molesta...

Eladio, mientras verificaba mentalmente que doscientos euros eran bastante más de veinte mil pesetas, se prometió a sí mismo cagarse en la madre de Bonifacio. Después hizo un mohín que Galván debió advertir al instante, porque paró en seco y preguntó si había algún problema.

Monroy, por su parte, se humedeció los labios y preguntó:

—¿Sabes? Esto no es muy normal. Me refiero a que, por un lado, ese tipo de personas que necesita acompañante —y subrayó la palabra esbozando en el aire unas comillas con los dedos índice y corazón de ambas manos—, cuando viaja, suele llevar a alguien de confianza o a algún escolta. Pero el cliente decide no traerla. Prefiere contratar a alguien de la zona que, además, le haga de chófer. Y, por otro lado, se habla de la posibilidad de una situación molesta...

—No se pagan doscientos euros por nada...

—Lo que quiero saber es si hay algo ilegal...

Galván se hizo rápida y convincentemente el ofendido.

—Por favor... Yo nunca me metería en algo ilegal... Se trata de una empresa muy seria... Hombre, tú supondrás que en las altas finanzas nada está nunca limpio del todo... Sobre todo si hablamos del negocio de la construcción... Yo no sé de qué va la cosa... Pero no creo que se trate de nada que te pueda buscar un problema... A lo mejor el tipo viene con una carpeta llena de cheques al portador. Vete tú a saber... Pero no me lo imagino con joyas robadas ni nada de eso... A lo más, supongo que viene a verse con una querida, o algo así...

—Ya —dijo Monroy, pensando que eso explicaría por qué no traía a su escolta personal.

—Bueno, ¿qué te parece? Me han hablado muy bien de ti, y pienso que eres la persona más adecuada para el trabajo. Pero, si no te interesa, hay otras que...

—¿Quién? —preguntó Monroy a bocajarro.

—¿Qué personas?

—No. ¿Quién te ha hablado bien de mí, además del Chapi?

Galván buscó algo por el suelo. No lo encontró, así que se vio obligado a enfrentarse nuevamente a la mirada de Monroy, que ahora se había clavado en él como un carámbano de hielo afilado, muy afilado.

—Bueno, un amigo. Viera. Comercial de joyería.

Galván asintió con lentitud, un poco más tranquilo.

—Dice que eres un tipo de conviene tener cerca en determinadas ocasiones. Tranquilo, sin aspavientos, pero con los nervios templados cuando hace falta. Y dice, además, que eres discreto. Como tú comprenderás, eso es importante.

Monroy alzó una mano pidiéndole silencio.

—Está bien —dijo—. Haré el trabajo. Pero con una condición: en cuanto algo me huela a chamusquina, le doy un plano de la ciudad y un bono guagua al ricachón ése y me voy a casa.

—Y dale... Está bien... Pero estoy seguro de que no es nada ilegal. Por otro lado, no me irás a decir que viviendo de lo que vives tú, no has estado nunca metido en nada turbio.

Monroy sonrió con cinismo, le miró de reojo y contestó lentamente:

—Por supuesto. Pero sólo con gente de confianza. Gente del barrio, ¿nos entendemos?

Galván soltó una risita tan estúpida como falsa.

—Está bien, hermano.

—Dame los detalles.

—Se trata de que estés mañana a las diez en el aeropuerto para recibirle. Se vuelve a Madrid pasado mañana a las nueve. Durante ese tiempo tendrás que estar a su disposición. El tipo no quiere que haya nadie con un cartel con su nombre, así que llevarás uno con el logo del rentacar. Ésta es la tarjeta de visita del elemento —le tendió la tarjeta, que no había soltado en ningún momento de la conversación—. Mañana a las ocho de la mañana te tendremos preparado un

Audi A4 con el depósito lleno. Por supuesto, si tienes que volver a echarle algo, me traes la factura y yo te la abono. Ponte algo elegante pero discreto, por favor.

—¿Me vas a hacer llevar americana con el calor que está haciendo?

—Hombre, tampoco es necesario. Con unos pantalones de pinzas y una camisa sin estampados es suficiente. Me refiero a...

—Ya te entiendo. Bien... ¿Algo más?

—Necesito una fotocopia de tu carné. Ya sabes...

—Cero problema.

—Oye, y una cosa...

—A ver...

—No comentes esto con nadie... El tipo me llamó personalmente, sin pasar por la secretaria. Primera vez en la vida. Y, luego, insistió mucho en eso de la discreción...

—El tipo viene de putas, fijo...

—No lo sé. Cuando le pregunté por qué, ¿sabes qué dijo?

—¿Qué?

—Me dijo algo así como que hay secretos que se guardan por delicadeza, más que por engañar.

Mi patria es mi pequeñez y mi pobreza

La noche fue cayendo pesadamente con su canícula y su humedad, que hacía del aire una masa plúmbea y compacta que se dejaba respirar con la misma facilidad que el confeti. Esa misma noche, una vez caída, fue vigilando los pasos de Monroy, que entró en el bar Casablanca y descubrió al Chapi, aún más sucio que por la mañana, bebiendo cerveza apoyado en la barra de chapa, salpicada aquí y allá de migas de pan, gotas de aceite, huellas de vasos y borrachos más o menos locuaces. A esa hora, los fluorescentes que iluminaban el local dejaban al descubierto el paisaje tras la batalla que era el suelo, plagado de servilletas usadas y colillas, de ceniza y mendrugos. En algún rincón, había un trozo de papa arrugada, que alguien no había podido soportar en la boca.

—¿Qué hay, hermano? —preguntó El Chapi, señalando su botellín vacío y haciendo una señal a Casimiro. El ojo de éste, que estaba arreglando el bajante del fregadero, le odió mientras el viejo se limpiaba las manos en un paño y se quedaba parado frente a las cámaras, intentando recordar dónde estaban ubicados los botellines—. ¿Fuiste a hablar con Gerardo?

—Eres un cabrón —dijo Monroy con voz baja y tranquila. Luego, apoyándose junto a él en la barra, ni siquiera volvió a mirarle mientras decía a Casimiro—: Que sean dos, querido.

El Chapi se había quedado mirando a Eladio, comenzando a comprender.

—¿Qué pasa? ¿Te consigo un curro y encima soy un cabrón?

—Pasa que me parece muy razonable que te llesves una comisión. Pero, más de la mitad de la pasta, no te la llevas ni de coña.

—Bueno, está bien, pero algo me caerá, ¿no?

—Supongo, Boni.

—¿Eh?

Esta vez Monroy sí giró lentamente el rostro hacia él para mirarle, reprimiendo una carcajada.

—Boni... Si, hombre. Bonifacio. ¿No te llamas Bonifacio?

El Chapi miró alrededor y reparó en Casimiro que, botellines en mano, se rompía el pecho de risa.

—Joder —decía el tuerto—. Y yo que pensaba que tenía un nombre feo.

—Váyanse los dos a tomar por culo. Cabrones.

La carcajada fue contagiándose por el bar, por lo menos a Roquito, a Juan el del Pescado y al resto de la clientela que conocía al Chapi. Este intentó sobrellevar la situación bebiendo de dos tragos su botellín y soltando algún insulto aquí y allá.

—Pues no sé de qué coño te ríes tú. Porque llamarse Eladio tampoco es como para hacer fiestas.

La tormenta de risas fue dando paso al murmullo habitual del bar a esas horas, roto de cuando en cuando, por alguna palabrota extemporánea o por la musiquita compulsiva de las tragaperras. Monroy se acordó del asunto de Dudú y se lo comentó al Chapi.

Éste, aún un poco mosca, contestó que a él qué coño le importaba un negro sin trabajo.

—Joder —respondió Monroy—, Chapi, está claro. Tú estás hasta los huevos del aprendiz. Dudú está hasta los huevos de que lo exploten. Tú necesitas un buen currante en el taller y Dudú es un buen currante y se dedica precisamente a lo tuyo. Blanco y en botella es leche.

—O negro.

—O una mierda pa ti. Bueno, ¿qué le digo?

—¿Seguro que el negro es de fiar?

—Yo me hago responsable. Lo que quiere es currar para arreglarse los papeles y traerse a la parienta y a los hijos.

El Chapi lo pensó un rato. Hacía cuentas mientras observaba a Casimiro pelearse a cuchillazo limpio con una pata de jamón que estaba más seca que la compresa de un drag queen. Al fin, mirando al techo y haciéndose el interesante, respondió:

—Bueno, venga, que se pase a verme por el taller. Pero no le prometo nada.

* * *

Cuando salió del ascensor, con tres botellines y medio paquete de cigarrillos entre pecho y espalda, Monroy se paró un momento antes de entrar, el tiempo suficiente para comprobar que Matías tenía la tele encendida. Se oían tiros e insultos, signos de que estaba viendo alguna película en vídeo. Y eso quería decir que el viejo estaba bien. Luego sacó su llave, pero antes de introducirla en la cerradura observó que se veía luz por debajo de la puerta.

Examinó la cerradura y comprobó que no había sido forzada. De todas formas, se guardó el libro en el bolsillo trasero del pantalón, se preparó mentalmente para cualquier encuentro, introdujo la llave con sigilo y abrió de golpe, dispuesto a aplastarle el cráneo al yonqui de turno.

Lo que vio inmediatamente después fue a Gloria con la boca abierta como si se le hubieran subido las bragas hasta el cuello, con una fuente de ensalada en

una mano y un vaso en la otra. Al parecer la había sorprendido llevando la ensalada hasta la mesa del comedor desde la cocina.

—¡Qué susto me has dado, maricón!

—Joder, y tú a mí... —dijo Monroy cerrando la puerta a sus espaldas—. Me podías haber avisado de que ibas a venir...

—Lo siento. Se me ocurrió que podía darte una sorpresa. Estaba en casa y pensé que igual te apetecía que cenáramos juntos...

—Vengo cenado —mintió Monroy.

—Bueno, pues estar juntos un rato... No sé... —repuso Gloria. Se estaba dejando poblar el rostro por la desilusión, cosa que, Monroy sabía, podía acabar bastante mal.

—Vaya, esto tiene buena pinta —rectificó—. Supongo que todavía me cabe algo más. Pero tenías que haberme avisado.

—¿Por qué? ¿Habías quedado con alguien? Sabes que eres muy libre de hacerlo...

—Lo sé —atajó él—. Pero no es por eso. Ya sabes: me han robado un par de veces. Pensaba que iba a entrar y a encontrarme un par de yonquis buscando el calcetín debajo del colchón.

Gloria reflexionó un momento y luego se le acercó mimosa.

—Perdona, churri. Lo siento... Es que te quería dar una sorpresita... Te portas tan bien conmigo.

A Monroy los labios de Gloria le supieron mejor de lo que esperaba. También la forma de su talle y sus nalgas le parecieron al tacto más cálidos, firmes y carnosos de lo que solían aparentar.

Gloria respondió a sus caricias. Siempre respondía. Se convertía, entonces, en algo totalmente distinto a lo que era normalmente. Aquella mujer amable y bonachona, sonriente y alegre, un tanto atolondrada y bastante generosa, se transformaba en un animal bello y peligroso, que susurraba entre dientes y rabiaba entre jadeos la ávida lujuria que exhalaban sus poros. Su cuerpo se endurecía al contacto de las manos de Eladio y sus propias expertas manos buscaban los lugares, secretos y no tan secretos, que provocaban la puesta en marcha de los mecanismos amatorios de aquel hombre, normalmente tan independiente y frío, que se convertía en un adolescente inexperto entre ellas. Tal y como ella misma había dicho en una ocasión, después de hacer el amor con él, mientras el humo de los cigarrillos se mezclaba con la pasión derramada, hay gente que sabe y hay gente que no sabe encontrar los resortes y hacer que funcionen como deben. Y, ahora, mientras desde la casa del vecino, se escuchaba a Bruce Willis llamar hijoputa a un terrorista de la Europa del Este, en el salón de la casa de Monroy, los resortes comenzaron a funcionar.

Una vez pasadas las ceremonias de aquella pasión tranquila que había entre ellos, cuando el olor a semen y a sudor se había disipado por el dormitorio con el humo de sus cigarrillos y la risita ahogada provocada por algún chiste íntimo, Gloria decidió que tenía hambre y se levantó para dar cuenta de la ensalada, la cual se aburría en el comedor. Eladio, desde la cama, observó el espectáculo de aquella mujer que sólo llevaba puestas las bragas y las gafas, buscando las zapatillas por el suelo y calzándose las para luego venir hasta él, y darle un beso en los labios antes de marcharse en pos de la ensalada.

Cuando él mismo salió del dormitorio se preguntó en qué dirección se movía todo aquello. Más arriba, en el mismo edificio, estaba la vivienda de Gloria, con sus libros, sus discos, sus tortuguitas de cerámica, sus ropas y su colección de abanicos. Pero ella estaba allí, en su casa, entre sus discos y sus películas en devedé. A dos pasos de su biblioteca y con sus zapatillas puestas, justo en medio del territorio de su intimidad que, años antes, se había jurado a sí mismo que nadie invadiría. Y lo peor de todo era que, pese a que Gloria no se había cansado de expresar su intención de no volver a tener una relación fija con nadie, pese a que él, aunque no lo expresara, no dejaba de demostrar parecidas inclinaciones, de hecho, la frecuencia de sus contactos había aumentado hasta rozar lo diario, sin que a ninguno le molestara realmente.

Monroy encendió un nuevo cigarrillo, se levantó y fue al salón. Miró a Gloria, quien, sin percatarse de su presencia, le ofrecía su perfil, sentada a la mesa y comiendo. Y decidió que le gustaba aquel perfil. Que aquellas caderas, un tanto llenitas, eran, en ese preciso instante, lo que más le gustaba de todo el salón y que aquel seno que se le ofrecía a la vista, con su pezón de color ciruela, era más apetecible que diez mil fuentes de ensalada como la que había ante él (ante el pezón).

Se sentó en el sofá y Gloria reparó en él.

—¿Seguro que no quieres ensalada, cariño?

—Ya picaré algo luego.

—¿Vas a hacer ese trabajo?

—Sí. Mañana tengo que madrugar. Olvídate de mí durante veinticuatro horas.

Ella asintió. Después pareció recordar algo.

—Ah, cielo. Se me había olvidado. Parece que tienes un mensaje en el contestador.

—¿Y eso?

—Yo estaba aquí cuando llamaron, pero no me pareció adecuado contestar.

—¿De trabajo? —preguntó él dirigiéndose a la mesilla del teléfono.

—Personal, más bien —respondió ella con un retintín que no le gustó nada a Monroy—. Una tal Ana Mari.

—Tranquila, es mi ex.

Gloria procuró que no se notara su suspiro de alivio, pero se notó. Monroy

imaginó entonces que ella no se había olvidado del recado en ningún momento, y que, simplemente, había estado toda la velada buscando las fuerzas y la fórmula adecuada para dárselo. Sonriendo, comprensivo, conectó el contestador para escuchar a Ana Mari, bastante más cabreada que a mediodía, decir: «Eladio. Soy yo otra vez. Ana Mari. Oye, no sé dónde andarás, pero necesito que me llames. Te necesito urgentemente. Ya no sé... Ya... Bueno, llámame en cuanto puedas. Es importante. A cualquier hora» .

—Pues se va a joder un poco más —dijo Eladio apagando el cigarrillo y yendo a sentarse a la mesa. Luego, mientras se servía la ensalada, añadió—. Por lo menos hasta pasado mañana.

—¿Qué querrá?

—Seguramente se habrá acordado de que le debo la cuenta del panadero de 1989. Ana Mari es así: generosa y desprendida como Mister Scrooge.

—Nunca me has hablado de ella.

—No hay mucho que contar. Aquello, en los últimos años, era un putito infierno. Así que cogí los bártulos y me largué. Punto y final.

—¿Y tu hija?

—A mi hija la educó Ana Mari. Y supongo que se habrá convertido en una digna hija de su madre. Lleva años sin llamarme. Seguro que si la veo ahora mismo, no la reconozco a la primera.

—Es una pena, ¿no?

—Pues sí. Pero qué se le va a hacer.

Gloria le acarició una mano.

—¿Y no te gustaría verla?

—Claro. Aunque me parece que es demasiado tarde. O demasiado pronto. A lo mejor un día se casa y tiene un crío y le dan remordimientos y me llama. Quién sabe. La vida da muchas vueltas.

—Ajá.

Se quedaron un rato en silencio. Él, comiendo. Ella, que ya parecía haber terminado, mirándole comer y acariciando, de vez en cuando, aquella mano que se dejaba acariciar, reposando al borde de la mesa.

—¿Y ese trabajo de mañana? ¿De qué va?

—De chófer.

—¿De chófer?

—Sí. Tengo que hacer de chófer para un tío que viene a hacer unos negocios.

—No te imagino con el uniforme y la gorra.

—No es exactamente así.

—¿No?

—No.

—Pero, cuéntame algo, hombre. Explicame.

—A lo mejor te lo explico pasado mañana.

Monroy, en pie junto a la puerta, volvió a leer el nombre en la tarjeta: José Luis Ortiz de Guzmán. Era, al parecer, el director general de MACOINSA. Sus números de teléfono estaban también en la tarjeta. Monroy volvió a comprobar que la carpeta, con la enorme pegatina del rentacar, se veía a la perfección desde la salida de la terminal. El vuelo de Ortiz acababa de llegar, y Monroy le imaginó entre turistas que llegaban y turistas que volvían esperando el equipaje a pie de cinta mientras encendía un deseado cigarrillo. Decidió que él también se merecía uno, aunque sólo fuese por estar allí haciendo el gilipollas carpeta en ristre, vestido con pantalones de algodón negros y camisa de seda lavada gris en plena ola de calor, en lugar de estar despertándose y yendo a leer el periódico en el Casablanca.

Cuando sacaba el mechero, un dedo tocó su hombro izquierdo y Eladio se volvió en esa dirección. Ante él había un hombre de unos cincuenta y tantos años, de escaso pelo blanco y rostro bronceado artificialmente. El individuo, un tanto grueso, debía medir casi metro noventa y le miraba con ojos fríos y una sonrisa de suficiencia que hicieron que Monroy le odiase automáticamente.

—¿Le envía Gerardo? —preguntó con una voz demasiado hermosa y varonil para él y un acento cántabro que, de seguro, le producía lesiones bucales.

—En efecto —dijo Monroy bajando la carpeta y dejando de buscar el mechero. Miró a las manos y alrededor del otro, buscando algún equipaje que no fuese el maletín que aquél portaba en la diestra—. ¿No trae maletas?

—Todo lo que necesito está aquí —alzó la mano que llevaba el maletín, orgulloso como si fuese el único maletín del mundo. Tras comprobar la indiferencia de Monroy, se lo cambió a la otra mano y le ofreció la derecha—. Soy José Luis.

—Eladio —correspondió Monroy estrechándosela. Sintió una vaga repugnancia ante aquella mano limpia y sin callosidades, de uñas impecables, impersonal y espeluznante como la mano de parafina de un icono religioso—. Tengo el coche en la zona de recogida.

El muy guarro no se ha traído ni una muda. Pues con el calorcito que hace, mañana va a oler de maravilla, pensaba Monroy mientras le cedía el paso y le indicaba el camino hasta el coche.

Ortiz no se dejó abrir la puerta. Lo hizo él mismo y, mientras se sentaba en el puesto del acompañante, le dijo a Monroy que prescindiera de ceremonias.

—Nada de eso es necesario —comentó, campechano—. Yo soy un tipo sencillo, Eladio. No se preocupe.

Aquella sencillez, lejos de hacerle caer simpático, predispuso aún más a Eladio contra él. Sabía que esas confianzas, cuando proceden de los poderosos, obedecen más a sus propios complejos que a ese placer, que sólo conocen los

pobres, de hacer que los demás se sientan bien.

—Bueno, usted dirá —dijo tras poner en marcha el motor, que ronroneó con dulzura.

—¿Hotel Reina Isabel? —recitó Ortiz tras buscar unos segundos en la memoria.

—Allá vamos.

Cuando tomaban la autovía comenzaron las preguntas y Monroy pudo comprobar que el tal Ortiz no se hubiera callado ni debajo del agua. Él, sin dejar de conducir, procuraba adoptar modelos de respuesta que no cortaran la conversación pero no le obligaran a implicarse en ella excesivamente.

—Hace mucho calor, ¿no?

—Terrible.

—Y humedad.

—Sí.

—¿Se dedica a esto habitualmente?

—No.

—Yo nunca he estado en Las Palmas.

—Lo sé.

—Tengo que hacer algunas visitas.

—Ya.

—Y me daba cosa ir solo. Además, conduciendo, soy un desastre. Tengo carné, pero soy muy inseguro. Prefiero que conduzca otro.

—Ajá.

—Normalmente hubiera venido conmigo Ernesto, mi ayudante. Pero no ha podido ser.

—Ya veo.

—Úlcera perforada —explicó Ortiz sin que nadie se lo pidiera—. Parece mentira, hoy día, con el omeoprazol. Entró en quirófano hace cuatro días. Por eso decidí hablar con Gerardo, para ver si conocía a alguien.

—Ya.

—Y le conocía a usted.

—Sí.

El habitual atasco a la entrada de la ciudad por la zona del cruce de La Laja le dio a Monroy la oportunidad de mirar a la cara a Ortiz y preguntarle:

—¿Qué es lo que tengo que saber?

Ortiz se sintió intimidado de pronto. Miró las manos de Eladio, fijas en el volante.

—No entiendo su pregunta.

—¿Tengo que saber algo? ¿Hay algo que deba proteger? ¿Algún inconveniente?

El otro miró instintivamente el maletín que llevaba sobre las rodillas y

Monroy se percató.

—¿Su cepillo de dientes?

—Más o menos. Para cualquiera, no tendría valor alguno. Pero no debería caer en malas manos. Documentación importante. Cosas de negocios.

—Ya —en aquel momento, el tapón se disolvió y Monroy, medianamente satisfecha su curiosidad, volvió a su anterior actitud de teescuchoporquemepagas.

—¿Sabe que la entrada a la ciudad no es muy bonita que digamos?

—Sí, pero luego tiene su encanto.

—¿En qué sentido?

—Bueno, si a uno le gusta conocer gente, está bien.

—¿Y eso, por qué?

—Es como una pequeña sucursal de las Naciones Unidas. Pero sin países con derecho de veto.

—Pero me han dicho que ustedes tienen problemas con los del resto de España, los peninsulares. ¿Cómo nos llaman? ¿Godos?

Monroy soltó una risita ahogada.

—No, señor. Está usted equivocado. El godo es un tipo especial de peninsular, un tipo muy determinado.

—¿De qué tipo?

—Del que viene y no para de hacer preguntas, como si el mundo aquí fuera totalmente diferente y, por descontado, peor que en su tierra de él. O del que viene con maletines llenos de pasta o de cheques o de documentos a hacer negocios inmobiliarios.

—Bueno, lamento si le he ofendido, pero yo...

—No me ha ofendido —le atajó Monroy—. No me ofendo con facilidad. Sólo le pongo al corriente. Aquí hay mucha mezcla, en todo caso: portugueses, ingleses, franceses, africanos, venezolanos, peninsulares de todos lados... Muchos gallegos, por cierto... Sin contar con los que han llegado en los últimos años y que no paran de hacer chiquillos. No queda absolutamente nada de lo aborigen. Ni cultural ni genéticamente. Y, personalmente, pienso que es una suerte, porque todo lo que se intenta conservar puro está condenado a la debilidad. Cualquiera que sea medianamente inteligente, estará orgulloso de esa mezcla. Así que al que le venga con el rollo del guanche, basta con que le pregunte cuáles son sus apellidos y acabada la cuestión.

—¿Y usted, de dónde se considera? ¿Es canario? ¿Es español?

—Como decían los cínicos, mi patria es mi pequeñez y mi pobreza.

Los dioses no tienen sentimientos

Recorriendo la ciudad en dirección a Las Canteras, entre el tráfico y el calor, iba respondiendo a las preguntas que le hacía Ortiz, el cual sentía curiosidad por casi todo lo que veía. Además, Monroy sabía que le había caído bien al pasiego (probablemente por su pequeño discurso sobre el cosmopolitismo) y que intentaba hacer méritos para sentirse correspondido.

—Pues tenía usted razón —dijo cuando pasaban por la zona del Muelle Deportivo y el sol chocaba contra la superficie del mar entre los yates y rebotaba hacia sus ojos con su alegría insultante—; es una ciudad bonita.

Monroy disimuló su orgullo de lugareño con un comentario sobre la mala planificación. Aún no había acabado de decirlo cuando recordó a qué se dedicaba Ortiz. La verdad es que hoy estás sembrado, hijo mío, se dijo mientras el otro reponía:

—Y bien, pero eso suele ocurrir. No se puede poner puertas al campo. La gente construye dónde y cómo le interesa.

—Sí, la gente persigue sus intereses. Pero la autoridad está para evitar que los intereses de algunos jodan los de la comunidad, supongo.

Ortiz soltó una risita de suficiencia.

—Perdóneme, pero eso me parece un poco ingenuo. Porque la autoridad también tiene intereses.

—La autoridad no. Las personas que detentan la autoridad, en todo caso. La autoridad es poder institucionalizado. Y las instituciones son impersonales. Lo que está podrido no es la política, sino los políticos.

El empresario le mostró su mejor mueca de hastío.

—Yo creo que ese esquema se ha quedado viejo. Pensar que los políticos son quienes detentan el poder es como creer en los Reyes Magos. El mercado se mueve como se mueve. Y ahí, los políticos, o se unen a la tropa o sucumben. Y, en cuanto a la comunidad... La comunidad ya no existe. Incluso habría que preguntarse si ha existido alguna vez...

Monroy se mordió la lengua durante un rato, mientras pasaban ante la Base Naval y continuaban a lo largo de la costa para introducirse, más tarde, en el túnel que les permitiría el giro a la izquierda a la altura del Parque de Santa Catalina. Las nubes seguían ausentes del cielo. La brisa, también. Como al

descuido, Monroy aumentó la potencia del aire acondicionado.

—¿Sabe usted? Me cae bien —dijo, de pronto, el cántabro.

—¿Por qué? —preguntó Monroy—. Que yo sepa no he hecho nada para caerle simpático.

—Quizá por eso mismo —repuso Ortiz, con aire interesante—. Verá: en un puesto como el mío, uno está rodeado de gente que procura caerle bien a uno. Desde el primer conserje hasta el último consejero delegado. Saben que es uno quien amasa el pastel y todos quieren conseguir un trozo.

—La soledad del emperador.

—¿Cómo dice?

—La soledad del emperador. Los emperadores se sienten solos porque no saben en quién pueden confiar. No pueden distinguir entre los aduladores y los amigos fieles, si los hay.

—Sí. Se trata de algo así. Pero usted tiene sus propias ideas. Y no se vende.

—Eso no es cierto. De hecho, estoy trabajando para usted.

—Está haciendo el trabajo por el que se le paga. Pero no renuncia, si se le da oportunidad, a decir lo que piensa, aunque eso me pueda molestar.

Monroy le concedió la razón con un movimiento de cabeza.

—Tengo pocas oportunidades de tratar con personas así. Y la verdad es que da gusto.

—Pues disfrútelo y no rompa la magia —dijo Monroy a pesar de que se había prometido a sí mismo ser correcto.

Contra todo pronóstico, Ortiz soltó una carcajada y meneó la cabeza con la ocurrencia. La carcajada se le fue contagiando a Monroy y luego volvió a pasárselo nuevamente al empresario. Así continuó hasta que, al llegar al aparcamiento del hotel, desde fuera del auto se les oía a los dos cagándose de risa.

En el vestíbulo, Ortiz rellenó la ficha y tomó la llave de su habitación.

—Voy a subir a refrescarme un poco —dijo—. Tenemos una cita para almorzar. Puede esperarme tomando algo. Cárguelo a mi habitación, por supuesto.

—Le espero en el Reina Garden. Es la terraza del hotel que da a la playa.

El cántabro se fue hacia los ascensores. Monroy, por su parte, salió por el acceso a los aparcamientos, rodeó la manzana del hotel y llegó a la avenida de Las Canteras, que era un enorme trasiego de gente de todos los tipos y en todas direcciones. Echó un vistazo a la playa, donde no parecía que cupiese una toalla más. Sin embargo, él sabía que hubiera bastado con bajar a la arena para encontrar algún lugar donde tumbarse. Siempre hay hueco para uno más.

Pero no era el día ni la ocasión, aunque el cuerpo le estuviera pidiendo a gritos un baño con su posterior reposo al sol. Compró la prensa en el quiosco adyacente al Reina Garden, traspuso la valla que separaba la terraza del paseo y

tomó una mesa. Pidió un café con hielo y esperó a que se lo trajesen fumando un cigarrillo y contemplando la playa.

No le apetecía leer. Había comprado el periódico más bien por costumbre. Por la avenida pasaban parejas y pensionistas, bañistas y practicantes de *footing* con más voluntad que pulmones, bandas de adolescentes gritones, rasurados y tatuados que no lograban disimular ni por un instante que su agresividad escondía un feroz miedo al mundo que, bien se sabía, acabaría por devorarlos de un golpe de riñón. Dos policías municipales de playa pasaron a bordo de un cochecito eléctrico.

Sólo les faltan los palos de golf, pensó Monroy, mientras endulzaba el café y lo vertía en el vaso con hielo.

Pensó en lo que había querido decir Ortiz. Quizá era sincero. Lo cierto es que aquel fenómeno de la soledad del emperador siempre le había interesado. Recordó alguna novela de García Márquez, leída en una sala de máquinas, como muchos de los libros que había leído. ¿Y la soledad del jefe de máquinas? No era tan novelable como la soledad del poderoso. Pero sí era, acaso, más cierta. Recordaba las largas horas de guardia, junto a motores enervantes que, tras los primeros días, se habían convertido en uno de esos ruidos permanentes que ya casi no se advierten, como los latidos del propio corazón, el compás del pulso propio en las sienes.

Reparó en otras soledades más literarias. La del mediodonista, por ejemplo. Si alguien había convertido la soledad de un corredor en materia literaria, ¿por qué no iba a ser novelable la del jefe de máquinas? La de los capitanes. Eso sí que había dado literatura. Desde Homero a Conrad. Y en medio, Stevenson, Melville. Quién sabe cuántos más. Pero el maquinista... La soledad de Lear. La del astronauta. Una versión de la del capitán. Más espectacular. Pero luego, la soledad de Hölderlin. La soledad de Pessoa. La de Mishima. La soledad de José K. La soledad de Mersault. La de Roquentin. La soledad de Giovanni Drogo. La de Morel. Eso eran verdaderas soledades, reales o de ficción (la realidad y la verdad a veces no guardan una relación unívoca), pero verdaderas soledades. Decidió que no se dejaría engañar por las lágrimas de cocodrilo del director general. Ningún poderoso es inocente. Lear, por ejemplo, no lo era. Nadie es inocente. Pero, mucho menos, el poderoso. Aunque se disfrazara de persona agradable. Con el rico y el poderoso, hay que ser orgulloso, decía el proverbio. Aunque se pusieran pieles de cordero, no dejaban de ser lobos. Peor que los lobos. Porque los lobos sólo son implacables cuando tienen hambre. Así que, tras pensarlo un poco más, determinó que el tal Ortiz de Guzmán seguía cayéndose soberanamente mal. Como una patada en las ingles, para ser exactos. Daba igual que conversaran o se rieran juntos. Una cosa es andar entre la mierda y otra muy distinta es revolcarse en ella.

Iba por el segundo café cuando Ortiz se sentó a su lado y pidió un vermouth.

—Creo que tenemos tiempo.

—¿Adónde tenemos que ir?

—Luego miramos la dirección en mi agenda. La persona con la que me he citado dice que es en una zona que se llama Ciudad Jardín.

—Ah, en un momento nos ponemos allí. Pero no hay muchas oficinas por allá.

—No. Es en su casa.

—¿Se quedará a almorzar allí?

—Creo que sí.

—¿Tendré que entrar con usted?

—No. No creo que haga falta. Es gente de confianza.

Guardaron un silencio cansado. Ortiz echó un largo vistazo al paisaje.

—Tiene muy buena pinta esta playa.

—Como playa urbana, de las mejores.

—Tenía que haberme venido un par de días más. Bueno, ya tendré oportunidad.

Eran dos. Y no estaban allí antes de que Ortiz bajara de la habitación. Dos hombres jóvenes, vestidos con polos y bermudas de colores claros. Calzados con náuticos. Armados con una cámara con la que sacaban fotos al paisaje de la avenida desde una mesa cercana a la de ellos. Los turistas perfectos. Solo que demasiado perfectos. Mientras charlaban, Monroy se percató de su presencia. Uno, con melena negra recogida en una coleta, hacía comentarios al otro, que era quien manejaba la cámara, como si le instruyese en el manejo de la misma o le indicara hacia dónde tenía que apuntar el objetivo. Pero daba la casualidad de que su mesa estaba situada de forma que Ortiz y Monroy entraban perfectamente en su campo de visión. Se llamó a sí mismo paranoico durante unos segundos. Luego volvió a echarles un vistazo y les fichó como debía. El que manejaba la cámara, debía pasar de los treinta. Corpulento y bajo, con la cabeza rasurada en las que unas gafas de sol de Calvin Klein hacían de diadema en terreno yermo, sonreía a cada comentario que el de la coleta le hacía en voz baja, como si hubieran acordado que cada indicación debía parecer, desde lejos, como un chiste. El otro no paraba de hablar. Y éste no cesaba de disparar la cámara.

—Las playas del Mediterráneo también tienen su encanto. ¿Ha estado en la Costa Brava? —decía, mientras tanto, Ortiz—. Yo tengo una casa allí. En L'Startit. Hay algunas calitas que...

—José Luis... —le interrumpió Monroy, sin alzar la voz, con aparente tranquilidad, pero en tono serio, mirando hacia el horizonte.

Ortiz se percató enseguida de que algo ocurría y cortó con el tema del litoral gerundense.

—¿Algún problema?

—A lo mejor es una tontería. En todo caso, no mire alrededor y hable con tranquilidad, como si estuviéramos comentando cualquier chorrada —tras decir esto, Monroy le mostró la más amplia de sus sonrisas.

—De acuerdo.

—Respóndame.

—¿Sí?

—¿Hay alguien que le pueda estar siguiendo?

—Sí —dijo el otro alzando las cejas—. Ya lo creo que sí.

—¿Quién puede ser?

—Cualquiera. Periodistas, detectives privados.

—Detectives privados pagados por quién.

—Casi por cualquiera. Partidos políticos, competencia... Incluso puede que por alguno de mis socios...

—Joder, Ortiz... Pero ¿qué coño lleva en ese maletín?

—Algo que puede reportarme muchos beneficios, si no sale a la luz.

—Bueno, pues entonces, llame a su amigo y dígame que se va a retrasar un poco.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre?

—No mire directamente, pero hay dos tipos en esa mesa de ahí al lado que nos están haciendo un reportaje fotográfico que ni el National Geographic.

Ortiz se bebió su vermouth de un trago y se giró para hacerle una señal al camarero de que le trajera otro.

—¿Los ha visto?

—Sí.

—¿Los conoce?

—Uno de ellos me suena.

—¿Cuál?

—El de pelo largo. Le vi en Barajas. Se parece a Steven Seagal.

—Pero seguro que es bastante más inteligente. Me juego lo que sea a que vino en el mismo vuelo que usted.

—En el avión no le vi.

—¿Voló en primera?

—Siempre vuelo en Clase Business —respondió Ortiz.

—Pues éste debió volar en turista. Llame a su amigo.

Ortiz sacó su teléfono móvil. Monroy le miró con reprobación.

—Pero, ¿qué coño hace, hombre? Ni se le ocurra. No sé en qué anda metido, pero si los que pagan a esos dos tienen tanta pasta como usted, no se habrán cortado en pagar a otro más para que le controle el teléfono.

—Eso sólo pasa en las películas —dijo Ortiz, guardando, no obstante, el móvil.

—Verá, en mi barrio hay un tipo que es radioaficionado. ¿Sabe cómo se entretiene los domingos? Pues tiene una emisora de ésas de mano, de

sesentaypocos canales. De las pequeñas. Se dedica a escuchar las conversaciones de todos los móviles de la zona. Y eso, por jugar. Imagínese lo que puede hacer un profesional con un buen equipo.

—¿Y entonces?

Monroy puso una moneda sobre la mesa.

—Salga a la avenida y camine hacia la izquierda. Allí se encontrará con una cosa que parece una máquina tragaperras pero con auricular. Se llama cabina telefónica. Quedan pocas, pero la mayoría funciona.

Ortiz cogió la moneda y salió a la avenida. Casi inmediatamente después, el imitador de Steven Seagal salió también de la terraza como quien quiere tomar el aire. Llegó hasta la barandilla y se apoyó en ella. Monroy sabía que, desde donde estaba el sucedáneo de regatista, se divisaba perfectamente la cabina a la que había enviado al empresario. Ya no le cupo duda alguna. Estaban controlándole. Sonrió, satisfecho (aunque no supo bien de qué lo estaba) y encendió un cigarrillo.

Cuando Ortiz volvió, el tipo se quedó allí, mirando a la arena. El otro, que consultaba lo que parecía una guía turística, había dejado la cámara al borde de la mesa. Monroy los midió en silencio. El de la coleta debía ser el más peligroso. Era alto y de cuerpo fibroso y flexible. El tipo de musculatura de alguien que practica artes marciales. Debía ser bastante ágil y buen contendiente. El calvo era otra cosa. Algo grueso. Seguramente más grasa y mala leche que otra cosa. En todo caso, sería mejor manejar la situación de manera que no fuese necesario llegar a las manos. Ni siquiera a un enfrentamiento verbal.

—¿Qué piensa? —preguntó Ortiz, que comenzaba a impacientarse—. ¿Qué vamos a hacer?

—Se me está ocurriendo algo, pero primero tengo que comprobar una cosa. Voy a irme un momento. Mientras estoy fuera, llame al camarero y pídale la cuenta o que se lo cargue a la habitación —paró de hablar un momento para consultar su reloj—. O lo que sea, pero que quede claro que vamos a irnos. Y observe bien qué hacen los amiguetes. ¿De acuerdo?

Monroy se levantó, le tendió la mano a Ortiz, que le siguió la corriente, y salió del bar en dirección al interior del hotel. Se paseó durante un rato por el vestíbulo, parándose un segundo a mirar las largas y torneadas piernas de una turista que leía *Der Spiegel* sentada en uno de los sillones. Por algo así, vale la pena madrugar, pensó mientras miraba el reloj para comprobar si ya llevaba dentro un par de minutos. Cuando regresó a la terraza, sus dos nuevos amigos continuaban en sus sitios, sin moverse.

—Creo que nos olvidábamos de algo. Ese recado, lo podríamos hacer juntos —le dijo a Ortiz sin sentarse, hablando lo suficientemente alto para que los otros pudieran oírle—. Y, ya puestos, primero podríamos ir a comer a un sitio que conozco.

Ortiz, que tenía una rara expresión de cachorro abandonado, le mostró una amplia y de seguro sincera sonrisa y se levantó.

—La cuenta ya está saldada.

Volvieron a entrar al hotel, para atravesarlo y salir a los aparcamientos. En algún momento, Monroy tomó a su cliente del brazo y le dijo entre dientes:

—Tranquilo. No se dé prisa... No quiero que nos pierdan la pista...

Una vez dentro del coche, Eladio encendió el motor y esperó innecesariamente unos minutos a que se calentara y a que la parejita llegara al aparcamiento y entrase en su propio auto, a la sazón un Opel Corsa también alquilado pero con mucho menos dinero. Cuando estuvo seguro de que aquéllos estaban en disposición de arrancar, se puso en marcha en dirección a la salida del Norte de la ciudad.

—Pensaba que lo iba a dejar tirado, ¿verdad? —preguntó Monroy tras dar un vistazo por el retrovisor.

Ortiz dudó unos segundos antes de contestar.

—Bueno, si quiere que le sea sincero, hubo algún momento en el que se me pasó por la cabeza. ¿Adónde vamos?

—Le voy a enseñar un bonito mirador. Está en la montaña de Arucas. Se domina todo el Norte de la isla. Ya verá... Para decirlo en plan fino: es como si uno estuviera cerca de los dioses.

—Y el plan será que a los dioses les dé pena de nosotros y a esos dos les parta un rayo, ¿no?

—Si existen, los dioses no tienen sentimientos.

Como si la vergüenza debiera sobrevivirle

Hicieron el trayecto sin apresurarse en ningún momento, respetando cada semáforo, cada stop, cada paso de cebra. No tomaron la carretera que ascendía al mirador hasta que no estuvieron a la vista del Corsa. Una vez en la cima, buscaron una plaza libre en el aparcamiento del restaurante y se apearon.

—Eche un vistazo, Ortiz —dijo Monroy señalando la terraza—. Quiero ver dónde aparcan. Luego hacemos justo lo que le expliqué por el camino.

Se dirigieron al lado que dominaba la ciudad de Arucas.

—Ésa es la catedral que hemos visto al cruzar la ciudad... Gótica, ¿no? Es raro ver una catedral así aquí... Se me hace extraño...

—No es una catedral. Sólo una basílica. La catedral es la de Las Palmas. Y ésta es de estilo Neogótico. De todas formas, eso no es lo mejor de Arucas.

—¿Y qué es lo mejor de Arucas?

—El ron. Hacen un ron cojonudo.

—Bueno es saberlo.

Mientras hablaban, habían escuchado el ruido del auto que llegaba, aparcaba, paraba el motor. Después, las portezuelas cerrándose, los náuticos pisando la gravilla del aparcamiento, ocupando otro lugar en la barandilla, más allá, junto a la puerta del restaurante. Quizá Ortiz no supo interpretar los sonidos, pero Monroy sí. Comenzó a caminar hacia ellos y el cántabro le siguió.

—¿Podré comprar un par de botellas para llevármelas?

—En cualquier supermercado —dijo Monroy justamente cuando pasaban ante los falsos turistas—. Aunque me parece que en Madrid también se consigue.

Consiguieron mesa enseguida. El restaurante, al contrario que el mirador, estaba medio vacío, porque los días laborables sólo llegaban hasta allí los turistas de mapa, bocadillo de tortilla y botellín de agua. El camarero comenzó a hacer la cuenta de cabeza nada más ver la pinta de Ortiz.

Estaban tranquilos. El plan elaborado por Monroy, que se lo había contado a Ortiz por el camino, era un buen plan. Limpio, tranquilo, sin violencia, seguro, tenía, pese a todo, un talón de Aquiles: la posibilidad de que Hernández y Fernández no entraran en el restaurante.

Ahora, mientras leían la carta, Monroy, que se había situado de frente a la puerta, se dejó preocupar por aquella posibilidad. ¿Qué haría en ese caso? Bueno,

en principio, almorzar tranquilamente y pensar en otra cosa. Por el momento se propuso no traicionar las expectativas del camarero, que dejaba flotar por el comedor su mejor sonrisa profesional, sobre todo teniendo en cuenta que pagaba Ortiz. Así que comenzó por pedir Ribera del Duero, gambas de Huelva y solomillo a la pimienta.

El camarero acababa de darles a catar el vino cuando la parejita entró y se sentó en una mesa cercana a la puerta.

Bueno, ya estamos todos, ahora podemos comer tranquilos, pensó Monroy haciendo un guiño a su cliente.

—Vamos a comer con serenidad. Como si no estuvieran.

—De acuerdo. Por ahora, parece que sabe lo que hace. Es divertido, en el fondo, todo esto. Quiero decir, es como jugar a los espías, ¿no?

—Yo no suelo ser jugador.

—¿Por qué no?

—Porque no suelo tener para cubrir las pérdidas. Y casi nunca se gana.

—Usted siempre ve la botella medio vacía, ¿verdad? A mí me gusta verla medio llena.

—Se lo puede permitir.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Ortiz.

Monroy le regaló su sonrisa más sarcástica.

—Quiero decir que, por lo menos, usted tiene botella.

Por primera vez, Ortiz pareció algo picado.

—Esos comentarios se hacen desde la envidia.

—Es muy posible... Aunque, no sé... Uno envidia lo que desea... Yo no deseo nada de lo que tiene usted... De hecho, no me gustaría nada ser como usted... Dedicarse a lo que se dedica...

—¿Y usted qué sabe? ¿Sabe realmente a qué me dedico?

—He visto suficientes tipos como usted como para hacerme una idea... Tipos que van emperchados, con la agenda electrónica llena de citas, que están todo el día al móvil haciendo tejemanejes... Los veo dirigiendo bancos y financieras, recomprando deudas para hacerse ricos con los intereses... Montando cadenas de negocios en los que juegan con la precariedad laboral... Los veo especulando con terrenos inmobiliarios en ciudades que tienen campamentos de chabolas...

—Yo me dedico a negocios honrados...

—Claro... Por eso contrata «guías turísticos» —Monroy no se privó de señalar en el aire la figura de las comillas enmarcando esa expresión con ayuda de ambos dedos índice y corazón—. Por eso alguien le paga una pasta a Steven Seagal y a Dani De Vito para que lo espíen ¿verdad? Claro... Lo que lleva en el maletín es la cura contra el SIDA y se la va a entregar a la OMS para que la reparta gratuitamente en África, ¿no?

—Me parece que no nos entendemos...

—Se equivoca. Nos entendemos perfectamente... Pero no me joda, amigo... Yo estoy aquí para hacer un trabajo y lo voy a hacer... Depositaré su culo paliducho sano y salvo en el hotel o en el avión de vuelta o donde cojones haga falta. Y, a poco que yo pueda, nada le va a pasar mientras esté en la isla... Pero haga el favor de no insultar mi inteligencia haciéndome creer que es un «honrado comerciante», porque los términos mercantilismo y honradez hace siglos que se contradicen mutuamente. A mí me gusta llamar al pan pan y al vino vino...

—Le dije esta mañana y le repito ahora, que no estoy haciendo nada al margen de la ley...

—Eso no quiere decir que no esté haciendo nada inmoral... Además, ya sabemos cómo están las leyes...

—¿Y cómo están?

—Están de tal manera que consagran cosas como la usura y la explotación laboral... Lo sabe usted tan bien como yo. O mejor, porque seguro que una u otra le aumentan el margen de beneficios...

—Claro, usted es muy idealista... Pero a la primera de cambio se ha pedido un Ribera del Duero.

—Por supuesto... No pensaré que soy gilipollas y que pienso pagar yo la cuenta, ¿no?

—Pues también puedo no pagarla.

—Está bien... No la pague... Pago yo, me dice dónde es esa cita tan importante y le llevo directamente...

—Ese no era el trato...

—Nos salimos del trato en cuanto usted se dejó pisar los talones por esos dos... Bueno, ¿qué? ¿Paga usted o pago yo?

Poco a poco se habían ido acalorando y, aunque ninguno de los dos hubiese alzado la voz en ningún momento, se notaba de lejos que discutían. La última pregunta de Monroy se quedó flotando sobre la mesa y Ortiz no tuvo más remedio que claudicar. Y lo hizo con una enorme carcajada que atrajo la atención de camareros y clientes.

—Es usted un hijo de puta maravilloso...

—Y usted un hijo de puta a secas —respondió Eladio trinchando el solomillo que acababan de servirle, con una media sonrisa.

Ortiz volvió a reírse, algo más discretamente, mientras probaba su sama a la espalda.

—Está visto que me tocará pagar a mí... Pero, en serio, ¿usted cree que soy tan malo?

—Ortiz, si sigue preguntando gilipolladas vamos a terminar cabreados... Me parece que ya le he ofendido bastante...

—Es usted un jodido cabezota, Monroy... Pero da que pensar... Hay que

reconocerlo. ¿A qué universidad fue? ¿Qué fue lo que estudió?

—Veinte años en la marina mercante. Jefe de máquinas.

—Está hecho todo un Corto Maltés.

—Muy halagador.

Por primera vez en todo el almuerzo, brindaron. Después, siguieron comiendo. Steven Seagal y Dani De Vito habían pedido también el almuerzo.

Monroy y Ortiz acabaron sus platos y pidieron postre. Ese fue el momento que Monroy eligió para levantarse.

—Voy a la máquina de tabaco —dijo una vez en pie—. Estaba en la puerta, ¿no?

—Sí, creo que sí.

Monroy se dirigió tranquilamente hacia la puerta sacando unas monedas del bolsillo y contándolas. Pasó ante los sabuesos, que fingían charlar sobre cine o que quizá charlaban realmente mientras hacían tiempo. Mientras tanto el camarero se dedicaba a recoger el servicio y preparar la mesa para los postres. No se percató, sin embargo, de que faltaba un cuchillo de carne.

Una vez en la terraza, Eladio se aseguró de que no podían verle desde su mesa y se dirigió rápidamente al aparcamiento. Llegó hasta donde estaba aparcado el Opel, echó un vistazo a su alrededor (los únicos que estaban en la explanada eran unos turistas sacando fotos al paisaje que se divisaba desde el mirador) y se agachó rápidamente. Se sacó de la manga el cuchillo de carne y se aplicó, con rapidez pero con serenidad, a la tarea de pinchar los dos neumáticos traseros del auto. Seguidamente se subió al Audi y lo cambió a una plaza que estaba junto a la salida.

Cuando volvió a entrar en el restaurante, Ortiz, tal y como habían acordado, estaba en la barra pagando la cuenta. El de la coleta, acababa también de pedir la suya desde la mesa.

—¿Qué tal? —preguntó Ortiz cogiendo el cambio.

—Perfecto. Lo único que me jode es que el postre se quede ahí.

—Luego le compro un cucurucho.

Salieron nuevamente al aparcamiento. Cuando ya llegaban al coche, Monroy vio cómo los sabuesos salían del restaurante y se daban cuenta de que el Audi estaba junto a la carretera y, por tanto, las cosas no andaban en su sitio. Monroy y Ortiz subieron al auto mientras los otros se apresuraban en llegar al suyo. Arrancaron, pero Monroy se empeñó en esperar con el auto en marcha a que aquéllos salieran maldiciendo del Opel para comprobar que habían perdido por la mano.

La risa de Ortiz se oía en toda la falda de la montaña mientras practicaban el descenso. Monroy, con los ojos puestos en la carretera, tampoco dejaba de sonreír.

—Es usted cojonudo, Monroy. Hay que quitarse el sombrero. ¿Ha visto la

cara que ha puesto el Steven Seagal?

—Me jode que no se puede evitar lo de las fotos...

—Bah, es igual... Yo debo tener un par de *books* hechos, ya.

—Sí. Usted sí. Pero yo no.

—Tranquilo. Le pagaré aparte la sesión de fotos...

* * *

Las señas que Ortiz le había dado se correspondían con la casa de jardín enorme y tapia alta en medio de la Ciudad Inglesa, el barrio residencial del centro de la ciudad, donde comandancias, consulados, hospitales y chalés se alternaban con viejos caserones, vestigios de la época de predominio comercial británico en la isla. En la misma calle había varios consulados y un colegio para hijos de gente bien, por eso no podía asegurarse si los autos camuflados protegían esa casa concreta o algún otro edificio. Pero Eladio Monroy (como las tres cuartas partes del resto de la población de la ciudad) sabía perfectamente quién vivía allí, así que era muy plausible que alguno de esas unidades perteneciese a un grupo de seguridad privada o, simplemente, a la policía.

Cuando aparcó y Ortiz se apeó del auto, él también bajó, se apoyó en la portezuela y encendió un cigarrillo.

—¿Prefiere que le espere aquí o que me dé una vuelta?

Ortiz meditó un instante y, después, respondió:

—No sé qué decirle. No tengo ni idea de cuánto voy a tardar.

—Le espero aquí, entonces.

—Muy bien. Gracias.

—No hay de qué... —después de decir esto, volvió a sentarse ante el volante, cogió su libro y empezó a leer.

No se percató de aquella presencia hasta que no estuvo a la altura de su ventanilla. O, para ser más exactos, escuchó los pasos, pero pensó que eran los de cualquier transeúnte. En todo caso, primero escuchó la voz somnolienta de hombre joven que le daba los buenos días y le pedía su documentación, de forma educada pero fría, y, sólo después, reparó en el tipo de los tejanos y la cazadora de cuero, plantado junto a él, guardando una distancia prudencial. Era un hombre efectivamente joven, corpulento, de cabello rapado y semblante pálido. Sus ojos, seguramente hinchados por una mala noche, se ocultaban tras unas gafas de sol.

Con lentitud, con serenidad, Eladio cerró el libro y lo dejó sobre el salpicadero; extendió las manos sobre el volante y dijo:

—No tengo inconveniente, si se identifica usted primero.

—Yo no tengo por qué.

—Entonces, y o tampoco —repuso Monroy.

—Será mejor que salga del vehículo, por favor.

Monroy ni siquiera le miró. Se quitó el reloj de la muñeca y lo arrojó sobre el asiento del acompañante. Se apeó muy lentamente y se encaró con el joven.

—Si es usted policía, no tengo inconveniente en identificarme. Si no, no voy a hacerlo.

—Muéstreme su documentación y asunto concluido.

—Primero la suya.

—No me gustan los chulitos.

—No me faltes al respeto, chiquitín, que podría ser tu padre.

El otro inició un movimiento impreciso, pero Monroy decidió no esperar a averiguar qué pensaba hacer. Basculó hacia la izquierda décimas de segundo antes de propinarle un derechazo en la base del oído y, cuando comprobó que el golpe había afectado el equilibrio de su contrincante le dio un sencillo empujón que hizo que aquél se desplomase. El ruido de la caída se mezcló con el de la carrera de varias personas que se acercaban desde distintas direcciones y con la voz que le llamaba por su nombre desde la otra acera.

—¡Eladio! ¡Para, tío, para!

Monroy tardó unos segundos en reconocer la voz de Silva. De cualquier manera se puso en guardia. En un momento se había visto rodeado por tres hombres. Uno de ellos, un joven de pelo rizado y negro, también de cazadora y vaqueros, acudía en auxilio del caído, que siguió un rato en el suelo, porque ni podía levantarse solo ni se dejaba ayudar. Los otros dos guardaron una distancia de un metro a cada lado de Monroy, hasta que Silva llegó a donde estaba armado el belén.

—Tranquilos, tranquilos —decía Silva. Al escucharle, los otros descansaron y fueron también a ayudar al primero. Silva, por su parte, se encaró con él, tendiéndole la mano—. Joder, Eladio, no se te puede dar una broma.

Monroy miró a los jóvenes, miró a Silva y comenzó a comprender.

—Mierda, Silva, si a ti te parece que esto son bromas para dar...

—Lo siento, tío... No contaba con que se me fuera de las manos... Estos muchachos están conmigo.

El primero ya había recuperado la compostura. La dignidad le costaría, calculó Monroy, un poco más, pues no dejaba de mirarle de reojo.

Silva los presentó a todos. El único nombre que Monroy retuvo fue el de su contendiente: Ulises. Cuando le tendió la mano, tardó bastante en aceptarla.

—Lo siento, Ulises —dijo Monroy para animarle—. No sabía de qué iba la cosa. Un fallo.

—Ya. No hay problema —se limitó a decir el otro estrechando su mano con algo menos de fuerza de lo habitual.

—Bueno —dijo Silva a sus compañeros—, cada uno a su puesto, antes de que algún pez gordo asome el hocico por la ventana.

Los otros volvieron a sus puestos, situados en sendos coches aparcados a lo

largo de la calle. Ulises se quedó junto a ellos. Monroy supuso que hacía pareja con Silva.

Silva, cercano a los sesenta, continuaba siendo el hombretón de siempre, casi cien kilos de grasa y músculos. Algo más alto que Monroy, con una enorme cabezota calva, ojos saltones, nariz de boxeador y menos cuello que un muñeco de nieve, su aspecto era pavoroso, cosa que a él le gustaba fomentar porque venía de perlas en su trabajo. De cualquier forma, era hombre de carcajada fácil, amigo de contar chistes y bromear y (eso lo sabía bien Monroy) marido y padre abnegado y abuelo dulcísimo para sus dos nietas que le hacían babear irremediablemente.

—Coño, Silva, ¿cómo se te ocurre?

—Yo qué sé —dijo el otro, avergonzado, sacando un paquete de cigarrillos y ofreciéndolos a los otros—. Te vi y pensé que te podía dar una bromilla... Hace tiempo que no te veía, hombre... Debe ser que te estás portando bien...

—No. Sigo portándome igual de mal —bromeó Monroy.

—¿Y qué coño haces tú aparcado precisamente ahí? —inquirió Silva señalando con la mirada primero al coche, luego a la casa que él y sus «muchachos» parecían custodiar.

—Estoy de chófer.

—¿De chófer?

—Bueno, de chófer, acompañante, niñera... Un poco de todo.

Silva echó un vistazo a su alrededor. Era un gesto típico en él, cosa de deformación profesional, como si siempre hubiese alguien al acecho.

—El tipo ése con el que viniste ¿va a tardar mucho en salir?

—Un buen rato, supongo.

—Coño, pues vamos a echarnos un cafecito.

—No, hombre. Tengo que esperarlo.

—No hay problema. Los pibes me avisan por la emisora.

Eladio lo pensó un momento, fue hasta el coche y cerró las puertas.

* * *

Cinco minutos más tarde, Silva y Monroy compartían mesa, café y cigarrillos en una cafetería desierta.

—Tienes que venirte un día por casa, coño. Que todavía no la has visto.

—Sí, es verdad.

—Me llamas al móvil y te vienes.

—Hombre, pues sí. Una cosa por otra, al final no la hemos inaugurado.

—Pues llevamos allí un montón de tiempo. Este fin de semana, o el que viene, te vienes y hacemos un asaderito. Para que veas a las nietillas. Raquel nos las trae todos los domingos. La pequeña ya camina y todo.

—¿Y Maribel, cómo está?

—Como siempre: con el ombligo entre las tetas y una mala hostia de cojones.

—No te quejes: a ver qué tía te hubiera aguantado a ti treinta años.

—No, si la verdad, no me puedo quejar. Pero es que ahora, con el rollo de que me cantó el colesterol y que si tengo que hacer dieta y que si para arriba y que si para abajo, me tiene que no me deja vivir.

—¿Tienes colesterol?

—Sí —respondió Silva, resignado.

—Eso debe ser la pila.

—¿Qué pila?

—La pila de años, hombre.

—Sí. Los años no pasan en cubo, amigo mío.

—Pues a cuidarse, abuelo.

Hubo una pausa en la conversación, que Silva aprovechó para comprobar si su emisora tenía buena recepción dentro del local. Eladio le observó en silencio, pensando que Silva ya estaba mayor para aquellos trotes.

—Oye, viejo —le dijo—, ¿cómo es que hay montado todo este operativo?

—Hombre, es una autoridad.

—Sí, pero provincial. Tampoco es un ministro, como para tener a cuatro policías controlándole la calle.

Silva le miró un momento sin comprender. Después, cuando entendió lo que Eladio pensaba, rompió en carcajadas.

—¿De qué te ríes, gilipollas?

—No, el gilipollas eres tú, que no te enteras de nada.

—A ver, explícate.

—Yo ya no estoy en el cuerpo.

—¿Qué me estás contando?

—Lo que oyes: llevo ya fuera más de un año. Bueno, por mis cuentas, hago un año y medio el mes que viene.

—¿Entonces? —preguntó Monroy señalando con la cabeza en dirección a la calle de la que habían venido.

—Seguridad Ceys. Seguridad privada, escolta personal, sistemas de vigilancia. Lo que se vaya terciando. Se cobra mejor y se trabaja bastante menos. Y, además, si me dices que en la Península... Pero aquí es un trabajo bastante tranquilo.

—O sea, que el amiguete se paga su propio ejército privado...

—Hombre, tampoco es eso. Sólo aseguramos la zona por la que se mueve. Lo seguimos de lejos. De todas formas, hoy estamos cubriendo a unos compañeros, que tenían una despedida de soltero anoche y ya sabían cómo iban a terminar. Con este equipo, normalmente, hacemos otros servicios. Yo, de hecho, la mayoría de las tareas que hago son de supervisión.

—¿Supervisión?

—Sí. Discotecas, centros comerciales, todo eso... También a alguna personalidad. Les diseño los cuadros.

—Ya. Entiendo. De todas formas, lo del consejero éste es un poco como de película, ¿no?

—Hombre, pues sí. Aquí, entre nosotros, a mí me parece que es un poquito paranoico... Pero ya sabes cómo son estos tíos... Oye, ¿y el tuyo? ¿Se dedica a la política?

—Casi tan malo: a los negocios. Inmobiliarias y construcciones...

—Eso es una mafia...

—Lo mismo pienso yo...

—Hay que joderse. Desde que estoy en esto, veo cada cosa...

Después de decir esto, la mirada de Silva se perdió en el fondo del cenicero, donde terminaba de expirar el cigarrillo de Eladio. Éste supuso que se refería al cliente de la calle cercana.

—¿Quieres decir con este cliente?

Silva pareció salir de un ensimismamiento ante esa pregunta.

—Ah —dijo mirando un momento a Monroy—. Ah, no. No me refería a este tío. Dentro de lo que cabe, parece un tipo decente... Bueno, no te voy a decir que no veo pasar maletines en una dirección y en otra por debajo de la mesa. Pero, dentro de lo que cabe, hace lo que hace todo el mundo en este país... No. Me refiero a... A otras cosas. Esta empresa hace todo tipo de servicios. Te daría asco, Eladio. Conociéndote como te conozco te daría asco hacer las cosas que yo he hecho... Acompañar a tipos más viejos que yo, viejos asquerosos, para protegerles mientras se montan orgías con chiquitas jovencitas... Joder, Eladio, que podrían ser sus hijas... Tú sabes que yo he visto de todo ya. Pero desde otro punto de vista... No he tenido que ser... Cómplice... Eso es... Un cómplice de toda esa basura... A mi edad, no sé si tengo estómago para aguantarlo...

—¿Y por qué aguantas, viejo?

—Por lo que aguanta todo el mundo... Porque hay que pagar la hipoteca y la letra del coche y el plan de pensiones y el apartamento en el Sur... Bueno, ¿qué más te voy a contar? Uno vive como si fuera un perro.

El silencio que se quedó flotando entre ambos se hubiera podido cortar con un cuchillo. De su interior hubiera brotado un montón de bilis negra que hubiese caído sobre la mesa del café. Pero ninguno de los dos sacó ese hipotético cuchillo. Fue la emisora la que lo disipó. El cliente de Monroy acababa de salir de la casa.

Mientras Silva pedía la cuenta, Eladio Monroy pensó en la última frase que aquél le había dicho. «Uno vive como si fuera un perro». Eso le recordó una novela de Kafka. Y completó, mentalmente, la cita: «Era como si la vergüenza debiera sobrevivirle».

La prudencia debería contar siempre con lo imprevisto

José Luis Ortiz de Guzmán esperaba en la acera junto al coche, acompañado por Ulises, que fumaba un cigarrillo y miraba alrededor como si hubiera una amenaza en marcha. Mientras avanzaban hasta ellos, a Eladio se le ocurrió que el tal Ulises había pasado la adolescencia viendo películas de boinas verdes enloquecidos. Debía haber sido uno de esos jovencitos que se van de acampada con un cuchillo de supervivencia que al final no sirve para nada que no sea presumir de cuchillo.

Cuando llegaron, Ortiz le sonrió con esa sonrisa de Te he pillado en falta pero no importa porque soy buena gente y no voy a echártelo en cara. Monroy asumió esa sonrisa y correspondió presentándole a Silva.

El viejo y el empresario se estrecharon las manos.

—Lamento habérselo secuestrado —dijo Silva—. Eladio es un buen amigo y hace mucho que no lo veía.

—No se preocupe —repuso Ortiz—. En realidad, acabo de salir. No he esperado ni dos minutos. Además, este joven me ha hecho compañía.

Ulises, con un moratón en el lado izquierdo del cuello, se mantenía aparte mientras los demás hablaban, fumando sin parar.

—Bueno —cortó Monroy—. Va a ser mejor que nos vayamos.

Se despidieron de Ulises y de Silva, quien le arrancó a Eladio la promesa de ir un domingo a su casa a comer, y arrancaron nuevamente. Una vez en medio del tráfico de León y Castillo, Monroy preguntó adónde tenían que ir.

—Pues, no sé —contestó el pasiego—. Mis obligaciones han terminado. Si quiere, podemos ver un poco la ciudad, antes de ir al hotel. Proponga un sitio.

—Propongo Vegueta. Es la ciudad antigua. Lo más bonito.

—Perfecto.

—Parece que le han ido bien los negocios, ¿no?

Ortiz no pudo evitar una sonrisa de satisfacción.

—No puedo decir lo contrario. Estoy contento. Muy contento. De hecho estoy tan contento, que le invito a cenar donde usted quiera.

—En Vegueta hay un par de sitios agradables. Podemos dejar el coche por allí y dar un paseo.

—¿Y qué hay?

—De todo un poco: museos, zonas comerciales, bares y restaurantes para parar un tren... Arquitectónicamente es interesante.

—Pues no se hable más.

Monroy tomó la desviación hacia la Avenida Marítima, en dirección Sur.

* * *

A medianoche, después de haber pasado la tarde viendo la zona antigua de la ciudad, después de haber cenado en un restaurante de la calle Mendizábal y de haber tomado copas en varios locales de aquella misma calle, Monroy depositó a Ortiz en el mismo vestíbulo del hotel. Allí, sentados en un rincón, estaban Steven Seagal y Dani De Vito, ya sin disimulos y con cara de pocos amigos. Cuando les vieron entrar, el alto hizo ademán de levantarse, pero el otro le frenó con un gesto de la mano.

Ortiz, que, como él, se había percatado enseguida de la situación, le preguntó entre dientes qué iban a hacer.

—Tranquilo —dijo Monroy—. Ya suponía algo así. Ya veremos lo que pasa.

—Pero, ¿y si se ponen violentos?

—Cruzaremos ese puente cuando lleguemos a él.

—Sí, pero, ¿si se ponen violentos? —insistió Ortiz, comenzando a ponerse verdaderamente nervioso.

Monroy le mostró su más amplia sonrisa y dijo con extremada serenidad:

—En mi barrio suele decirse que nadie se come a nadie.

—¿Por qué no coge una habitación? Me sentiría más tranquilo si se quedara aquí.

—No creo que haga falta —atajó Monroy—. Le diré lo que vamos a hacer: lo acompaño a su habitación y me voy a casa. Yo vivo a quince minutos en coche. Si nota algo extraño, me llama y vengo. No creo que estos gilipollas se pongan violentos, porque si a alguien le da por llamar a la policía, iban a tener que explicar quiénes son. Y eso, a quien los contrata, no les iba a hacer mucha gracia. ¿Entiende?

Ortiz pareció no entenderlo del todo. O, si lo entendió, no dio la impresión de que lo entendido le gustase demasiado. En todo caso, Monroy no le dio la oportunidad de intentar convencerle. Se limitó a tomar el camino del ascensor. Una vez arriba, se citaron para las ocho de la mañana y Monroy esperó hasta que Ortiz cerrara la puerta.

Al salir del ascensor en el vestíbulo, los falsos turistas continuaban allí sentados. Avanzó hasta la puerta pero, justo antes de salir, volvió sobre sus pasos y se encaró con ellos, que le miraban, más apáticos que airados, con el rencoroso aburrimiento del equipo perdedor.

—Ya no va a salir más esta noche —les soltó a bocajarro.

—¿Cómo dice? —intentó disimular el calvo.

—Digo que ya no va a salir más esta noche —insistió Monroy, obviando disimulos—. Y mañana, en cuanto se levante, le llevo al aeropuerto.

—¿Y, a nosotros, qué nos cuenta, amigo? —dijo Steven Seagal.

—No, nada. Lo digo porque me da pena que se pasen la noche en vela para nada. Será mejor que se vayan a dormir. Yo voy a hacer lo mismo.

El más alto, entonces, se levantó y se encaró con él.

—Tú, lo que eres, es un hijo de puta.

Eladio ni se inmutó. Se limitó a asentir con la cabeza. Luego, con serenidad, respondió:

—Muy probablemente. Pero, cuando pierdo, soy un buen perdedor.

El otro turista también se levantó y puso la mano sobre el hombro de su compañero. Pese a lo que había pensado en el primer momento, el calvo era quien llevaba la voz cantante.

—Me parece que tiene razón, Manolo —dijo—. Aquí, el amiguete, nos ha ganado por la mano. Las cosas como son.

Manolo Seagal miró alternativamente a Monroy y al calvo varias veces. Finalmente, se relajó.

—Sí —dijo—. Igual es mejor que nos vayamos a dormir.

Monroy dio por zanjado el asunto. Dio las buenas noches y se volvió.

—Hay que reconocer que tiene usted cojones —escuchó decir al calvo.

—Como todo el mundo, supongo —respondió.

—Cuidese, amigo.

—Ustedes también —repuso dirigiéndose a la puerta.

* * *

Una vez en casa, despojado de la ropa de calle, Eladio sacó una cerveza del refrigerador y se dispuso a disfrutar de los últimos momentos de la jornada. Decidió que descansaría un poco del libro que estaba leyendo. Por varios motivos. El primero, que se trataba de una relectura. Lo había leído hacía años y, en los últimos días, como tenía cuerpo de Cortázar, le había dado por echarle un vistazo. El segundo, quizá el principal, era que, con el ajeteo de aquel día, no confiaba en tener la suficiente concentración requerida para sumergirse en el universo que Cortázar planteaba en esa novela.

Ante las estanterías de su biblioteca, buscó algo más ligero (por supuesto, ni se le ocurrió tocar los libros que le había regalado Gloria). Dejó vagar su mirada arriba y abajo por los anaqueles durante un rato. Finalmente, se decidió por Chesterton y los cuentos del Padre Brown. Cogió el libro, encendió la lámpara de pie del salón, se sirvió la cerveza, encendió un cigarrillo y comenzó a leer. De pronto, se acordó de su contestador. Lo conectó y escuchó los mensajes.

Sólo había uno, con la voz titubeante y ronca de una mujer que debía haber llorado: «Eladio: Soy yo, Ana Mari. Ya no sé qué hacer. Tengo que hablar contigo lo antes posible. Llámame, por favor... No es para pedirte dinero, ni nada por el estilo... Tengo un problema muy gordo y ya no sé a quién recurrir...». Seguía una pausa larga, y Monroy imaginó a Ana Mari haciendo esa pausa, buscando palabras que la ayudaran a salvar su último resto de dignidad. Por último, venía una despedida: «Por favor, no dejes de llamarme... Necesito hablar contigo. En serio... Hasta luego».

Ana Mari pidiéndole ayuda: eso sí que era una novedad. Definitivamente, tendría que llamarla. Debía tratarse de algo serio de verdad. Consultó el reloj y vio que eran la una y media. Así que esperaría hasta el día siguiente. Después de entregar el coche, le daría un telefonazo.

Volvió a sentarse en el sofá, abrió el libro y se dejó interesar por la carrera del ladrón Flambeau, perseguido hasta Inglaterra por Valentin, jefe de la policía parisiense. El sueño fue cercándole. Poco antes de dormirse, antes de quedar inerte con el libro entre las manos, sentado, con la cabeza caída sobre el hombro, sin saber hasta qué punto aquella suponía para él una especie de premonición, leyó en el libro que la prudencia debería contar siempre con lo imprevisto.

La basura nunca miente

En dos días recibiría un ingreso en su cuenta corriente. Ortiz se había despedido de él en el aeropuerto con un fuerte apretón de manos, dándole las gracias y deseando que volvieran a verse pronto. Le dijo, además, que se le abonaría algo más de lo previsto, por las molestias, y que, si algún día quería pasarse por Madrid, podía contar con él para lo que fuera. Gerardo, el del rentacar, se mostró satisfecho. El cliente le había telefoneado a primera hora de la mañana, mostrándose muy contento. Si Eladio quería, volvería a llamarle para otros trabajos. Eladio no sabía si quería, pero no se lo dijo. Se limitó a decir Como fluya; ya veremos, y a despedirse.

Cogió la guagua hasta su barrio y subió a casa a cambiarse de ropa. Se puso algo más cómodo. Unos vaqueros, una camisa de algodón blanca, cuyos faldones se dejó, como solía, por fuera. Luego telefoneó a Ana María. Ella debió reconocer su número de teléfono.

—Eladio... Gracias a Dios —en su voz había desesperación y descanso a un mismo tiempo, como si una luz se hubiese encendido en medio de las tinieblas. Por ese mismo tono, Eladio empezó a temer que algo terrible hubiese ocurrido y Ana Mari comenzó a confirmarlo con sus siguientes palabras—. Tienes que venir, Eladio. Te necesito.

—Bueno —respondió él—, para un momento. Cuéntame qué ha pasado.

—No te lo puedo contar por teléfono, Eladio. Lo siento, pero no puedo.

—Coño, pero no me acojones. ¿Le pasa algo a Paula?

—¿A Paula? No, Eladio. Gracias a Dios, no. Pero necesito que me ayudes con un problema gordísimo que tengo. Si no, puede que sí le ocurra. Eso es precisamente lo que más miedo me da.

—No me jodas. ¿Está metida en algún problema?

—No, Eladio. Ella no. ¿Quieres venir de una vez?

—Joder, Ana Mari, cómo me lo pones. Pasas meses sin llamar y ahora, de repente, me necesitas para que te solucione un problema.

—Te recompensaré, Eladio. Te recompensaré. Eres el único en el que puedo confiar.

Monroy reflexionó un momento. No podía imaginarse qué extraña conjunción astral había hecho que aquella mujer, que le había denostado hasta el

vómito, le hablara hoy en esos términos. Así que le pudo más la curiosidad que el instinto de autoprotección.

—Mira, Ana Mari, voy a ir más porque me tienes intrigado que por otra cosa.

—Por lo que sea, Eladio, por curiosidad o por lo que sea. Y, si no, hazlo por tu hija...

—¿Mi hija? —pensó que podía permitirse la pequeña mezquindad de aprovechar aquel momento bajo para herirla—. Ya no es mi hija. Ya te has ocupado tú de que no sea mi hija.

—Lo que quieras, Eladio. Eso también podemos hablarlo. Haremos lo que quieras, pero ven, por favor.

En ese momento, la voz de Ana Mari se quebró. Monroy pensó que ya estaba bien. Le podía más la curiosidad que el rencor.

—Está bien. Voy para allá. Pero tendrás que darme la dirección.

* * *

Cuando llegó ante la casa, ni siquiera tuvo que apearse del coche. Se dio cuenta de que Ana María le había indicado la dirección de una puerta de servicio, una entrada de vehículos, porque había una taquilla. A su lado, el buzón de la casa, una alarma y el escudo de una empresa de seguridad. La puerta metálica de la entrada de autos se elevó automáticamente. No se trataba de un hecho mágico. Más bien, de un vigilante jurado que hacía bien su trabajo y le esperaba en una casetilla tras la puerta. Le había visto llegar por una cámara de circuito cerrado. El vigilante, que había nacido bastante antes de que se inventaran las cámaras de circuito cerrado y, probablemente, muy poco después de que se inventaran los circuitos, comprobó su nombre en un papel.

—¿Eladio Monroy?

—Sí.

—Baje la rampa. Abajo tiene sitio para aparcar.

El coche avanzó unos diez metros y giró a la izquierda. Efectivamente había sitio, en la explanada existente junto al garaje, para un coche, además del Saab negro y el Kadett gris que ya se encontraban allí. Monroy aparcó junto al Saab y salió del coche. Más allá, flanqueado por una tapia que vendría, seguramente, a dar a la finca adyacente, se extendía un jardín con terraza y una piscina, que le separaban de la casa de dos plantas. La planta baja del lado que daba a la piscina estaba ocupada por el salón que se adivinaba tras las cristaleras. Ante esas mismas cristaleras, en pie, luciendo una sonrisa hipócrita, le esperaba Ana Mari.

Alta, vestida con unos vaqueros perfectamente ajustados a sus caderas, que continuaban siendo torneadas y aparentemente firmes, y una camisa de seda gris pálido (seguramente de algún modisto caro) cuyos botones se abrían hasta el nacimiento de unos senos demasiado rotundos para ser los suyos. Llevaba el pelo

a la altura de los hombros, teñido de rubio y peinado con raya, como decía el manual que debían llevarlo ahora las chicas de la obra. Las patas de gallo aún no habían hecho demasiados estragos en aquellos ojos marrones y almendrados, de largas pestañas que eran lo que primero le había gustado de ella cuando se conocieron. Sus labios, seguramente ya inyectados de botox alguna vez, lucían un carmín perfecto. Hay que reconocer que todavía tiene un revolcón, pensó Eladio mientras avanzaba hasta ella.

Ana Mari le recibió con uno de esos besos de compromiso social, lanzados al aire mientras se mira a la oreja del destinatario, antes de hacerle pasar al salón. Le hizo sentar en el sofá y fue a la cocina a buscar café. Eladio miró a su alrededor y odió minuciosamente todo lo que veía, desde el televisor con equipo de *home cinema* al mueble bar adosado en un nicho de mampostería al fondo de la estancia. La mesa baja de cristal, de casi dos por uno, no le pareció demasiado odiosa, porque sirvió, de entrada, para que Ana Mari depositara la bandeja con la cafetera, un plato de pastas, tazas y azucareros. Después de servirle, Ana Mari se sentó en una mecedora que había a la izquierda del sofá.

—Gracias por venir, Eladio —dijo para empezar.

Eladio frunció los labios y miró hacia su taza.

—Sé que las cosas no han andado muy bien entre nosotros, así que supongo que te habrá sorprendido que te llamara pidiéndote ayuda.

—Vamos a dejarnos de preámbulos —repuso él consultando el reloj—. Preferiría que entraras al tema. Hay gente que trabaja, Ana Mari.

Molesta, pero conteniéndose, Ana Mari asintió.

—Lo sé perfectamente. Enseguida te explico. Pero, ya que sacas el tema, no pretendo que me ayudes gratis.

Aquello daba un nuevo aire a la situación. Sin embargo, Monroy decidió continuar haciéndose el difícil.

—De cualquier forma, todavía no te he dicho que te vaya a ayudar. Primero quiero ver de qué se trata.

Ella hizo una pausa, pensando por dónde debía empezar.

—Para « entrar al tema » ... Necesito que me hagas un recado.

Una sonrisa cínica apareció en el rostro de Monroy.

—¿Todo esto para que te vaya a hacer la compra? Inténtalo de nuevo.

—Está bien. Necesito que entregues un sobre a un tipo.

—Un sobre con dinero, supongo.

—Evidentemente.

—¿Y en concepto de qué?

—Eso es un asunto privado.

Eladio imitó la sirena de error de los concursos televisivos.

—Respuesta equivocada —añadió antes de levantarse.

Ana Mari le miró sin comprender.

—¿Qué pasa?

—Pasa que no acostumbro a hacer ese tipo de recados. Sobre todo cuando no sé en qué ando metido.

—Eladio... Que soy yo, Ana Mari... A mí no me la das con el toco mocho de la honestidad.

Ahora había comenzado a surgir la verdadera Ana María, la que le había amargado la existencia, la que él conocía.

—Mira, querida, si no me piensas contar de qué va la cosa, ya puedes ir llamando a un servicio de mensajería.

—Está bien. Te lo cuento. Pero siéntate, por favor. Vamos a comportarnos como gente civilizada, ¿te parece?

Monroy dejó pasar unos segundos, volvió a sentarse y le indicó, con un gesto de la mano, que la escuchaba.

—El sobre hay que dárselo a un hijo de puta que me está extorsionando.

—¿Extorsionando? Qué palabra tan fea, ¿no?

—Me están chantajeando, Eladio. Desde hace meses. Me han sacado ya un pastón.

—Tenía que haber imaginado que se trataba de algo así. —Monroy dijo esto antes de tomar un sorbo de café. Después, mientras lo saboreaba, volvió a dejar la taza en la bandeja—. ¿Cuánto llevas pagado?

—Mucho. Unos doce mil, por el momento. El sueldo de un año de un empleado normal, más o menos. A pellizcos. Pero algo así.

—¿Conoces al elemento en cuestión?

—Sí. Bueno —se corrigió—, sé quién es.

—¿Y está solo?

—Eso es lo que no sé.

—Bueno, a ver si me hago una idea. Hay un tipo que sabe algo sobre ti y que te está pidiendo dinero. Hasta ahora, te ha dado unos cuantos sablazos. Tampoco es demasiado. Si lo que te saca es el sueldo de uno de los tipos que se matan en la obra levantando tabiques o sirviendo comidas para la empresa de tu marido, no entiendo cuál es el problema. Mi consejo es que le sigas pagando y en paz. Te haces a la idea de que tiene un asalariado más y te aseguras de que tu marido no se entere de ese secretillo tuyo, sea cual sea.

—Mi mujer no tiene secretos para mí, señor Monroy.

La voz aflautada y serena a un tiempo procedía de la puerta cristalera que daba a la piscina, justo a espaldas de Monroy. Este se levantó y, al volverse, quedó frente a aquel rostro, lo bastante popular en la isla para que no se le reconociese a la primera, aunque no se hubiese tratado del actual marido de una ex. Ocasionalmente, Eladio había visto aquella cara en las páginas de economía o en los informativos locales: era la cara de Ernesto García Medina. Propietario de Garciasa Construcciones. Además, en los últimos años, García Medina había

invertido en los más variados sectores, sobre todo en el de servicios: hoteles en Marruecos y en Cabo Verde, cadenas de vídeo clubes, caterings... Cualquier cosa que hiciese dinero podía ser asociada al nombre de aquel hombrecillo que avanzaba hacia él tendiéndole la mano. Vestía una camisa a cuadros y unos chinos de color gris. Con el pelo casi totalmente blanco y los pequeños ojos hundidos tras unas gafas de monturas al aire, lucía una barba de tres días con la que seguramente pretendía adoptar un aspecto bohemio que su dinero le vedaba. En todo caso, se mostró pulcramente amable con Monroy, estrechándole la mano e invitándole a sentarse nuevamente. Él mismo lo hizo, tras servirse café, al otro lado del sofá, el más cercano a la mecedora que ocupaba Ana María.

—Me alegro mucho de conocerle, Eladio. He oído hablar mucho de usted.

—Mal, supongo —dijo Monroy mirando a Ana María de reojo.

García Medina soltó una risita hipócrita.

—Bueno, uno siempre sabe adivinar la verdad que se esconde tras las palabras que se pronuncian desde el rencor. —Eladio se preguntó de qué novela había salido aquel pico de oro—. Y es fácil adivinar que es usted un hombre muy interesante, amigo de la acción y con el ánimo templado. Por eso tuvimos la idea de hablar con usted para pedirle...

—¿Así que la idea fue de los dos? —le interrumpió Monroy, asombrado del mutismo que se había apoderado de Ana María desde que Ernesto hiciese su aparición. Ella se limitaba a escuchar y asentir ante cada frase de su marido. Al fin has dado con uno que te pone firme, amorcito, le dijo con la mirada.

—En esta casa nadie decide nada por su cuenta —aclaró el hombrecillo, poniendo, castamente, una mano sobre la rodilla de su mujer—. Pero, vayamos al asunto. Supongo que su tiempo, como el de todos hoy día, es valioso. Efectivamente, hasta ahora hemos sido víctimas de un chantajista.

—Bastante cutre, por cierto —añadió Ana María.

—Sí, pero, ¿cuál es el objeto? Quiero decir, ¿qué es lo que tiene ese tipo contra ustedes?

—Documentos... Sí, digamos que ciertos documentos filmados... Una filmación de hechos... Actos poco decorosos, digamos...

—Digamos que se les ve follando —le interrumpió Eladio, ahorrándole unos cuantos eslabones en aquella cadena de eufemismos.

El hombrecillo meneó la cabeza, buscando una aclaración.

—Sí... Sí y no.

—¿Follando con una muñeca inflable? ¿Con más gente? ¿Follando con una cabra? —indagó Monroy, regodeándose todo lo posible.

—Pues... Pues sí... Seamos claros... Se nos ve con otra persona...

Eladio contuvo la risa que estaba a punto de estallar desde el mismo centro de su abdomen y continuó preguntando.

—Vale, pero... Bueno... Ustedes son un matrimonio... Ya no estamos en

otras épocas... La gente es libre de hacer en la cama lo que quiera y con quien quiera...

—Sí, pero, en mi actual situación, no sé si puedo permitirlo.

—¿Su actual situación?

—¿No lee usted la prensa, Eladio?

—Sólo prensa nacional.

García Medina cruzó una mirada de comprensión con su mujer.

—Ya entiendo... Pues, verá, Monroy... Precisamente ahora estoy siendo promocionado en las filas de un partido político. Y, probablemente, en las próximas elecciones municipales me presente como segundo de la lista por ese partido. Eso será sólo un comienzo.

—Ya... Me imagino a qué partido se refiere.

—A ese mismo en el que usted está pensando. Comprenda usted que, en este momento, si ese vídeo saliera a la luz sería un verdadero problema para mí. Creo que todo esto ha sido una trampa, Eladio.

—¿Y quién se la ha tendido?

—Por supuesto, el mismo que nos proporcionaba esos... esos servicios de compañía. Aunque yo soy de la opinión de que hay alguien más.

—Será mejor que volvamos a empezar por el principio, Ernesto.

—Muy bien —repuso aquél, encendiendo un cigarrillo—. Si tiene unos minutos, se lo contaré todo —sin embargo, no empezó a contar. Al contrario, hizo una pausa y se dirigió a su mujer—. Querida, yo pienso que es mejor que el señor Monroy se quede a comer. ¿No podrías preparar esos macarrones con setas que te salen tan bien?

Ana María se levantó inmediatamente, cogió la bandeja del café y se dirigió a la cocina diciendo que tendría que ponerse a prepararlos ya.

Después de haberse quitado de en medio a su mujer, el hombrecillo prosiguió:

—Evidentemente, todo esto es muy desagradable para ella, pobrecilla...

Eladio asintió, reservándose la opinión de que Ana Mari se merecía todo lo que de desagradable pudiera ocurrirle. García Medina se miró un instante la punta de los pies y después clavó su mirada en Eladio, mostrándole una sonrisa meliflua.

—Sé que es usted un hombre de mundo, Eladio. También sé que es inteligente y una persona bastante culta. Aunque piense que ella sólo habla mal de usted, nunca ha dejado de reconocer sus virtudes. Por lo tanto, supongo que no tiene prejuicios. Le digo todo esto porque me gustaría dejarme de rodeos e ir al grano. Lo que quiero decir es que el vínculo que le une a Ana Mari, y, por lo tanto a mí, no será, supongo, inconveniente para que hablemos claro. ¿Me equivoco? ¿Tiene algún problema en este sentido?

—Al grano —dijo Eladio, cada vez más convencido de que García Medina

era un millonario de los de manual, como sacado de una novela policiaca de los años treinta. Sólo le faltaban la bata de seda, la pitillera de oro macizo y una boquilla en la que encasquetar su Marlboro Medium.

—Muy bien. Verá, Eladio: todos tenemos nuestros pequeños vicios. Yo soy una persona templada, en general. Pero hay momentos en los que me gusta, como a todo el mundo cruzar ciertas fronteras. Como a todo el mundo —reiteró el hombrecillo—. Más que nada, para sentir que estoy vivo. En ese sentido, todos somos iguales. Necesitamos placeres para curarnos del trabajo, de la sociedad, de lo cotidiano...

—Del aburrimiento.

—Efectivamente, del aburrimiento. En cuanto a la diferencia entre los placeres que busque cada uno, ya es una cuestión de grados y cuestión de lo que cada uno pueda permitirse. Sucede, por otro lado, que... ¿No le importara que haga una alusión a su intimidad con Ana Mari, verdad?

A Eladio no le importaba. Lo indicó con un gesto de la mano.

—Pues sucede que, como usted muy bien sabe, yo tengo la suerte de estar con una mujer a la que le gusta mucho el sexo. Que es, digamos, liberal. —Eladio asintió, haciendo memoria y comprendiendo exactamente a qué aludía García Medina cuando hablaba de la liberalidad de Ana Mari—. En eso coincido con ella. Y si a eso añadimos que nos podemos permitir ciertos lujos, económicamente hablando... Quiero decir, que a usted no le extrañará que nuestros hábitos sexuales sean... Sean, digamos, un poco excéntricos.

—La verdad es que me da igual lo que hagan ustedes en la cama, Ernesto.

—Hombre, así debe ser. Pero, dado el caso, tengo que explicárselo. Verá, Ana Mari y yo nos hemos permitido, durante algún tiempo, ciertos juegos... A veces viajábamos a algún otro sitio y participamos en fiestas de parejas... Ya sabe. En otras ocasiones, contratábamos los servicios de una agencia.

—¿Una agencia de contactos?

—No. Más bien de servicios de compañía. Llamábamos a una señorita. Ya sabe.

—¿Qué agencia?

—Cuarenta Grados. ¿La conoce?

—No. No consumo ese tipo de servicios.

—Bueno. Parecía un negocio serio y discreto. Tienen un club en la zona Puerto.

—¿Iban por allí?

—No lo he pisado en mi vida.

—¿Y cómo funcionaba la cosa?

—Era sencillo. Telefoneábamos y nos enviaban a una señorita. Le pagábamos a ella, en metálico.

—Aquí.

García Medina dio un respingo.

—No, hombre, no. En una casita que tengo en la zona de San José del Álamo. Aquí hay servicio. Está el vigilante y viene una asistenta. Además, Paula, en esa época, todavía no se había ido.

Monroy se sintió intrigado.

—¿Paula ya no vive aquí?

—Cuando está en Las Palmas, sí. Vendrá dentro de poco —paró un momento de hablar, comprendiendo que Eladio no sabía nada de su hija desde hacía años —. Está estudiando fuera. En Salamanca.

—¿Qué estudia?

—Le dio por las Humanidades. Yo pensé que, si quería estudiar ese tipo de carrera, Salamanca era ideal. Está en segundo curso. Estamos muy contentos con ella, la verdad. Puede estar orgulloso.

Monroy reprimió las ganas de escupirle a la cara a García Medina. Le resultó fácil hacerlo: le bastó con cerrar la boca y apretar fuertemente los labios.

—Pero, bueno, sigamos con el asunto. Cuando llamábamos, siempre nos atendía la misma persona. Un tal Paco.

—¿Paco qué?

—Paco. Simplemente Paco.

—¿Y las... las señoritas eran siempre distintas?

—Al principio sí. Pero luego le tomamos el gusto a una en concreto. Bueno, supongo que eso da lo mismo.

—No da. No da lo mismo —le apostrofó Monroy.

El hombrecillo dio un pequeño suspiro, como si se resignara a subir una cuesta indeseable.

—Está bien. Las últimas veces preguntábamos por una chica que nos gustó en especial. Era eslovena, creo. Muy guapa y agradable.

—¿Cómo se llamaba?

—Decía llamarse Loreto. Pero en esos ambientes, ya se sabe.

—¿Se vieron muchas veces con ella?

—Bastantes. A lo largo de cuatro o cinco meses.

—¿Y después?

—Después decidimos tomarnos un descanso. Estuvimos de viaje un par de semanas. Fuimos a Grecia. ¿Conoce usted Grecia?

A modo de respuesta, Monroy enarcó las cejas con evidente impaciencia y el otro decidió que era mejor proseguir.

—Luego, cuando volvimos, sencillamente nos dedicamos a otras cosas. Lo cierto es que en total pasó cerca de un mes sin que llamáramos a la agencia.

—Y, entonces, un día, les dieron un telefonazo a ustedes.

García Medina miró fijamente a Monroy. Le estudió durante unos segundos antes de hablar.

—Exactamente. ¿Cómo lo sabía?

—Siga contando.

—En efecto, me llamó Paco. A mi teléfono móvil. Debí ser en febrero, si no recuerdo mal. Me dijo que tenía un recado en mi correo electrónico. Me había enviado un archivo adjunto. Ya supondrá.

—No, no supondré. ¿Qué había en el archivo?

—Pues un fragmento de un vídeo. Estaba rodado en la casa de San José del Álamo. Viéndolo objetivamente, tenía bastante calidad.

—Pero, ¿cómo lo habían filmado? ¿Loreto?

—No. No creo que la pobre chica fuese capaz de llevar una minicámara. Llamé a la empresa de seguridad y les pedí que inspeccionaran la casa. Puse la excusa del espionaje industrial. Descubrieron que, efectivamente, alguien se había colado y había puesto microcámaras. Los equipos ya no estaban, pero quedaban los orificios. Un trabajo de profesionales, según me dijeron.

—Por supuesto, también miraron aquí.

—Claro. Aquí y en mis oficinas y en el piso que tengo en Las Palmas.

—Y no encontraron nada más.

—No se le escapa una. Pues no, no encontraron nada. Para no cansarle: Paco volvió a llamarme. Me dijo que podíamos llegar a un arreglo, por un módico precio. De entrada, pidió dos mil euros. Me pareció poco dinero, la verdad.

Monroy sonrió. Era todo tan previsible que él mismo hubiera podido acabar la historia. Pero decidió hacer pasar al hombrecillo por la humillación de tener que contarla. Aún así, no se resistió a decir:

—Sólo le estaba tanteando.

García Medina asintió.

—Sí. Era sólo un tanteo. Yo le pedí que me diera el vídeo. Pero, por supuesto, se negó. Dijo que era una especie de seguro. Pensé que no importaba. Que, siempre que se estuviera callado, con cantidades como esas...

—Valía la pena.

—Eso, valía la pena. Un par de semanas después, pidió cinco mil. Y, hace un mes, otros cinco mil. Hasta aquí, todo bien.

—Claro. Todo bien, pero sólo hasta aquí, porque, de repente, Paquito se ha vuelto ambiciosillo.

El hombrecillo volvió a asentir, esta vez con un dejo de tristeza que le confirió una apariencia de barracuda tuerta.

—Muy ambicioso. Nos llamó la semana pasada. Ha pedido un dineral.

—¿Cuánto?

—Sesenta mil euros. Una barbaridad, en mi opinión.

—Unos diez kilos de los de antes —calculó Monroy.

—Ajá. Sí. Unos diez millones. Yo soy un hombre razonable, Eladio. Sé que yo mismo me metí en este lío. Sé que me lo tengo merecido. Así que estaba

dispuesto a pasarle una especie de renta a ese hombre. Por el tiempo que fuese, me daba igual. Pero pensé... Pensamos que si había subido la tarifa tan pronto, esto no llevaba buen camino. Quiero decir que si, de repente, le pago esa cantidad de un día para otro y sin dificultades, el mes que viene vendría piéndome el doble. ¿No le parece?

—Eso de cajón.

—Así que decidí plantarme. Le dije que necesitaba unos días para pensarlo. Después le llamé y le propuse hacerle el pago pero a condición de que me diera el video y todas las copias. Mareó la perdiz un par de días más y, el lunes, me contestó que estaba de acuerdo. Hemos quedado en que mañana le enviaría el dinero. Hay que llevárselo al club.

—¿Cómo se hacían los pagos hasta ahora?

—Ingreso en una cuenta bancaria.

—Eso quiere decir que usted no ha visto nunca al tal Paco.

—Efectivamente. Y tampoco me apetece demasiado verlo.

—Y ahí es donde entro yo.

—Ajá. Hablemos claro. Usted sabe que tengo éxito en mis negocios, Eladio. Y, gran parte de mi secreto consiste en conocer mis propios límites. Usted puede verme: no soy un hombre corpulento. Y me repugna la violencia. No sé manejarme en ciertos ambientes. Necesito a alguien de confianza. Alguien que vaya a ese sitio, le entregue el dinero y se asegure de que Paco cumple con lo pactado. Por eso le hemos llamado, Eladio.

Monroy encendió un cigarrillo y pensó unos momentos.

—¿Por qué no pone el asunto en manos de profesionales? La policía, un detective... Esa empresa de seguridad a la que llamó.

—No me fio, Eladio. ¿Nunca ha visto a dos policías o a dos guardias de seguridad haciendo la ronda? No hacen más que contar chismes. Un día u otro, acabarían por salir a la luz.

—¿Y qué le hace confiar en mí?

—Ya le he dicho que Ana Mari me ha hablado mucho de usted. De hecho, la idea de llamarle ha sido de ella. Dijo que es la única persona de la que se fiaría para un trabajo así. Por supuesto, se le pagará bien. Lo que usted pida. Sólo quiero tener la seguridad de que el asunto se cierra definitivamente.

—Vamos a ver, Ernesto. Déjeme que piense un minuto. Se trata de ir al puticlub, llevar diez millones para dárselos a Paquito y asegurarse de que el muchacho me da el video. ¿No es eso?

—Efectivamente.

—Usted es un poquitín ingenuo, ¿no le parece?

—¿Qué quiere decir?

—Vamos a ver. Le explico el asunto tal y como yo lo veo. Ustedes son clientes habituales de esa agencia...

—Cuarenta Grados.

—Eso, Cuarenta Grados o como se llame. Esa agencia la lleva don Francisco... Que, además, resulta ser una especie de Steven Spielberg y les hace una sesión de vídeo cojonuda.

—Exacto.

—Paco se guarda el vídeo. Es un as en la manga. Pero, en principio, no lo utiliza. Sobre todo porque ustedes deben ser unos clientes de la hostia. Después, de repente, ustedes parecen dar por terminada su pequeña relación comercial y Paco decide que ha llegado el momento de empezar a estrujar la teta. Va subiendo la tasa. Ahora ya anda por los diez kilos. ¿Y usted piensa que, después del trabajo que se ha tomado para realizar su superproducción, le va a dar los derechos en exclusiva por, cuánto, once millones en total?

—Para eso está usted.

—Mire, si hizo el montaje técnico que parece que le hizo en su casa, eso quiere decir que estamos hablando de profesionales, de gente que vive de esto y que conoce bien el oficio. Paco me dará un deudevé o lo que sea y me dirá que ahí está todo. Y luego, dentro de un par de meses, aparecerá con otra copia de lo mismo. O con una sesión de otro día.

—Para eso está usted —repitió García Medina—. Para asegurarse de que eso no ocurra.

—Oiga, Ernesto. Ya sé que ha oído hablar mucho de mí. Pero no soy un vulgar matón.

—Nadie ha dicho que lo sea. Simplemente, debe asegurarse de que le da el vídeo. En un momento dado, si me gustaría que le intimidase en lo posible. Que, de alguna manera, le dé a entender que Ana Mari y yo no estamos solos en esto. Imponerle respeto, sencillamente. Como si hubiera más gente detrás de usted. ¿Entiende?

—Que me marque un farol.

—Podríamos llamarlo así.

Monroy recapacitó unos instantes. Quizá el trabajo, al fin y al cabo, no resultara tan difícil.

—De acuerdo. Eso puedo hacerlo.

García Medina intentó disimular su satisfacción encendiendo un nuevo cigarrillo.

—Bueno, queda hablar de los detalles. Paco ya sabe que no iré yo. Le dije que enviaría a una persona de confianza. Se supone que hay que llevarle el dinero al club. Está en la calle Grau Bassas.

—¿A qué hora han quedado?

—A medianoche. Hay que presentarse allí y preguntarle por él a la camarera de parte de un primo.

—¿De un primo?

—Sí. Esa es la contraseña. Fue él quien la propuso.

—Parece que el tal Paquito es un guasón.

—Supongo. Bueno, mañana por la noche vendrá usted aquí, recogerá el dinero y bajará a Las Palmas para hacer la entrega. Cuando haya hecho la transacción, me dará un telefonazo. Yo le espero aquí y le pago. ¿O prefiere que le haga primero un ingreso en cuenta, por si algo sale mal?

En ese momento, Ana María volvió a entrar en el salón. Llevaba puesto un delantal.

—A la pasta le queda poquito. La está vigilando Teresa, de todas formas —dijo mientras se situaba ante ellos. Una vez plantada en el centro de la estancia, les miró inquisitivamente—. Bueno, ¿cómo va? ¿Hemos llegado a algún acuerdo?

—Eso es precisamente lo único que falta, querida. Averiguar cuál es el precio del señor Monroy.

Monroy se tomó unos momentos para pensar. Se levantó y fue al lado derecho del salón, desde donde las cristaleras daban hacia las faldas de colina sobre la que se erguía la casa. Desde allí, dominaba la caldera de Bandama. Pensó en la ventana de su casa, desde la cual se veía la fachada del edificio de enfrente, manchada de hollín de tráfico y mierda de paloma. Ellos, al levantarse, contemplaban el valle formado por el volcán y flanqueado por las montañas, salpicadas de chalés edificadas con buen gusto. Un poco más a la derecha, los últimos greens de un campo de golf. Ellos veían todo desde lo alto. Y a Eladio le jodía la gente que mira las cosas desde lo alto. A su espalda, su ex mujer y el hombrecillo aguardaban una respuesta. Les vio reflejados en el cristal impoluto. Él, sentado en el sofá, fumando con tranquilidad, con aquella sonrisa odiosa tatuada en el rostro. Ella, en pie, a su lado, con una mano en su hombro, bastante más impaciente e insegura, pero desde esa altivez que la había caracterizado siempre, aun en la época en que no era más que una secretaria.

—¿Cuándo viene Paula? —preguntó. Ni siquiera se volvió para mirarles. Lo preguntó como si se lo preguntara a sí mismo o a aquel paisaje que era el mismo ante el cual había crecido su hija.

—¿Qué? —inquirió Ana María simulando incredulidad.

—Ha preguntado que cuándo viene Paula, cariño —le respondió con naturalidad García Medina, entendiendo a la primera lo que Monroy pretendía y demostrando, así, ser tan buen hombre de negocios como se suponía.

Ana María dudó unos segundos y, al fin, contestó:

—No sé exactamente. Los exámenes terminan dentro de un par de semanas. Luego vendrá, supongo.

Eladio regresó hacia ellos pellizcándose el mentón. Era un gesto familiar para Ana Mari, que sabía que Eladio solía hacerlo cuando se consideraba particularmente dueño de una determinada situación.

—Bueno —dijo Monroy al fin—. Este es el trato: Económicamente, un millón

de los de antes. Seis mil euros, para entendernos.

Ana Mari inició una protesta que el hombrecillo apagó tomándole la mano.

—No, querida —la apostrofó—. Está bien. Es lo justo. Tenemos que pagar por el servicio que va a hacernos. Y, además, tenemos que pagar por su discreción. ¿No es así?

—Sí —respondió Monroy—. Y considerando que lo que pido es el diez por ciento de lo que van a pagarle a Paquito, no me parece excesivo, si logro que se lo quiten de encima.

—Correcto. ¿Y además?

Eladio le miró un segundo, sintiendo, por primera y acaso última vez, una pizca de simpatía por el hombrecillo.

—Además, un pequeño capricho relacionado con Paula.

—Eladio —dijo Ana María, nerviosa—, Paula ya es mayor de edad. Yo no puedo imponerle nada. Y no puedes pelearme por su custodia ni nada por...

—No. No voy a pelearme por ninguna custodia. Sólo voy a pedirte una cena con Paula.

—¿Qué?

—Pues, sencillamente, cuando todo esto se haya solucionado... Cuando Paula vuelva para las vacaciones, tú, una noche, la que prefieras, organizas una cena conmigo y con tu hija.

—¿Y para qué va a servir eso?

—Oh, para nada. Ya lo sé. Probablemente ustedes la habrán convertido en una pija redomada que me va a mirar por encima del hombro. Pero, después de todos estos años, me gustaría tener la oportunidad de darle una explicación. Solo eso.

—¿Y si ella no quiere?

Monroy la miró con sarcasmo:

—Cariño, sé que puedes ser muy persuasiva.

En ese momento, el hombrecillo volvió a ponerle el bozal a su mujer.

—Cielo, creo que lo que pide Eladio es bastante razonable. No creo que sea difícil organizar esa cena —después se volvió a Monroy para añadir:— Y le aseguro, amigo mío, que comprobaré cómo se equivoca en eso de que es una pija. De hecho, si me lo permite, le diré que hay algo en ella que me recuerda a usted. No sé exactamente qué es. Pero hay algo suyo en ella.

Dicho esto, García Medina se levantó y, encarándose con él, le tendió la mano:

—Entonces, ¿trato hecho?

Monroy estrechó la mano que se le tendía. Pasado el trámite, el hombrecillo le pidió que se sentaran nuevamente.

—Ahora sólo quedan un par de detalles —dijo—. Si me da un número de cuenta corriente, subo al despacho y le hago un ingreso por Internet.

—Un ingreso por la mitad del dinero.

—¿Perdón?

—Por la mitad. La otra mitad me la ingresa mañana por la noche. Si la cosa no sale bien, no quiero que se me eche nada en cara.

El hombrecillo se rió.

—Está bien. Por la mitad.

—Otra cosa. Llevaré a un amigo.

—¿Y eso?

—Tranquilo. A esa persona se le pagará para que me acompañe hasta la puerta y para que les avise a ustedes si algo sale mal. No va a saber de qué va la cosa. Y le pago yo. Ustedes no le verán nunca si las cosas van bien. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Me fío de usted.

Eladio le apuntó su número de cuenta corriente y García Medina fue al piso de arriba a hacerle el ingreso. Ana María, por su parte, puso como excusa la preparación del almuerzo para no compartir el mismo aire que él. Así fue como Eladio se quedó solo en aquel salón.

No quiso curiosear. No se acercó a ver las fotos que había en los anaqueles del lado izquierdo. No se paró a contemplar, frente a éstos, el Antonio Padrón de pequeño formato que se aburría en la pared adyacente al pasillo que conducía al resto de la casa. Ni siquiera quiso reparar en los libros de arte, diez o veinte, apilados en una balda adosada a la pared que había tras el televisor. Simplemente, absurda y sencillamente, se quedó allí sentado, fumando y haciéndose una pregunta: ¿por qué no había visto, al entrar, contenedores de basura ante la casa? ¿Por qué tampoco había, en la entrada, ningún cubo? Se contestó que seguramente la doncella o el portero la hacían desaparecer al final de la jornada. La sacaban de allí y la llevaban a un contenedor que había en algún punto de la carretera que llevaba al pueblo. Sin embargo, aquel enigma le inquietó durante el rato que pasó esperando el regreso de García Medina. Porque sabía que el hecho de que no se viese basura no quería decir que no existiera. Es más, cuanta más basura había, más solía ocultársela. Por eso pensó que aquella casa producía mucha. Y pensó que le hubiera gustado verla o sospecharla. Porque la basura nunca miente.

Esa puta del vestido verde

Decorado con pósters enmarcados que reproducían obras de Gustav Klimt, el recibidor del Salón Isadora estaba pensado para parecer cualquier cosa menos lo que realmente era. Situado en el último piso de un edificio de oficinas, hubiera aparentado ser un gabinete más, salvo por el subtítulo «Contactos» que rezaba bajo la pequeña placa de metacrilato que había junto al timbre.

Al entrar, después de haberse citado por teléfono, el visitante era recibido por la propia Isadora, a la sazón Natalia Hernández Muñoz, la Nati para los amigos, y se le invitaba a sentarse en el sofá de cuero. Se le convidaba, además, a una consumición que Isadora (la Nati) preparaba ante el carrito de bebidas que había en el otro extremo de la estancia y, después de alguna pequeña broma para romper el hielo, se le informaba de las tarifas y se le preguntaba por sus preferencias, en caso de tratarse de un nuevo cliente. Si el cliente no era nuevo, la cosa era más sencilla. Bastaba con preguntar si deseaba alguna chica en concreto o si quería probar algo diferente. En ocasiones, había novedades y la Nati (Isadora) ponía al cliente convenientemente al tanto de las mismas.

En el resto del ritual tomaban parte dos o tres de las chicas, que salían al recibidor para ser valoradas por el cliente, quien, finalmente, elegía a una (o dos, dependiendo de gustos y capacidad económica) y se marchaba acompañado pasillo adentro. El resto de las chicas y la propia Isadora (la Nati) regresaban al salón contiguo, a ver la tele, charlar o jugar a las cartas, o iban a la cocina a hacer café, a la espera de la próxima visita.

Esa era la rutina en el Salón Isadora. Cada día. Desde las cinco de la tarde a las cinco de la madrugada. Las chicas no vivían allí. Comenzaban a llegar a partir de las cuatro y media. Dos o tres de ellas hacían jornada completa. Otras, en cambio, iban durante unas horas. Había algunas que sólo se quedaban allí el tiempo suficiente para hacer dos o tres servicios. A Isadora (la Nati) eso le daba exactamente igual, siempre que hicieran bien su trabajo y los clientes repitieran. La Nati (Isadora) era estricta y maternal con sus empleadas. Exigía respeto, higiene, seriedad y amabilidad con las compañeras. Prohibía las drogas duras (El que quiera y onquis que se las busque en la esquina, solía comentar) y las envidias y discusiones entre las chicas. No obstante, de los clientes exigía algo parecido. El Salón Isadora ofrecía todo tipo de servicios con discreción, higiene y seriedad. A

cambio, el cliente debía comportarse como-un-caballero.

Demasiadas barbaridades había visto Isadora (la Nati) desde los veinte años, cuando comenzara a dedicarse a esas actividades. Ahora, a los cincuenta, vivía tranquila con «sus niñas». A veces, en la soledad de su vivienda, adyacente al negocio, se paraba ante el espejo para verse a sí misma y buscar en aquel rostro amenazado por las patas de gallo a la veinteañera que un día había sido. No quedaba casi nada de ella: ni el pelo azabache, que ahora estaba teñido de color zanahoria; ni los ojos marrones, que se ocultaban tras unas lentillas de color violeta; ni los labios carnosos, cuyas comisuras comenzaban a arrugarse. Su cuerpo menudo seguía dibujando las curvas de antaño, pero más amplias, menos firmes, como si, igual que a los árboles, cada año le hubiese añadido una nueva capa adiposa a su contorno.

Así, mirándose en albornoz al espejo del cuarto de baño, la sorprendió el sonido del portero automático. De camino a la cocina, desde la cual se controlaba el portero, consultó el reloj del pasillo, para comprobar que faltaban aún unos minutos para las tres de la tarde. No era un cliente. Sabían que había que tocar al otro portero, el que sonaba en el negocio. Y aún era temprano para las chicas. Encendió la cámara del portero automático y reconoció, deformado por efecto del gran angular de la mini cámara, a Monroy.

Soltó una risita maliciosa y dijo por el intercomunicador:

—Está cerrado, señor.

Eladio sorprendió la broma inmediatamente, cosas de la costumbre. Pero estaba preparado. Alzó una mano en la que llevaba una bandejita de dulces de San Martín, los preferidos de Natalia.

—¿No está la Nati? Qué pena. Yo le traía esto, a ver si me la podía trajinar. Pero, bueno, otra vez será —añadió volviéndose.

—¡No! ¡Espera, maricón! —le detuvo la Nati, accionando el interruptor que abría la puerta.

Diez minutos más tarde, sentados a la mesa de la cocina, ante la bandeja de milhojas francesas y tocinillos de cielo, acompañados con café y Amaretto (únicos vicios conocidos de la anfitriona), la Nati le preguntó a Monroy por qué llevaba tanto tiempo sin ir a verla.

—Ya sabes. Estoy liado. Buscándome la vida, como siempre.

—Tú, lo que eres, es un descastado —se quejó ella—. Joder, tío, que vives a cuatro calles de aquí.

—Sí, Nati, pero yo por la mañana no estoy para hacer visitas. Y tú, por la tarde, no estás para recibirlas. O estás sólo para recibirlas.

Compartieron una sonrisa.

—¿Cómo va todo por aquí?

—Bien. No me puedo quejar, Eladio. Hay trabajo, más o menos, casi todos los días. Tú sabes que esto es como la funeraria: siempre funciona bien. No para

hacerse rico, pero sí para mantenerse. ¿Y tú, qué tal?

—Bueno, ya sabes tú. Un negocio por aquí. Un apaño por allá.

—¿En qué andas ahora?

—Sobre eso quería hablarte —dijo Monroy, aprovechando que ella misma había entrado en el tema—. Te quería preguntar si conocías a una gente.

—A ver.

—Cuarenta Grados. Es un club que hay por ahí, por Grau Bassas.

La Nati frunció el ceño como si alguien se hubiera tirado un pedo.

—¿Andas en tratos con esa gente?

—No. Yo no. Un... Verás: me han encargado un trabajo. No sé por qué, pero últimamente siempre me llaman para que haga de tipo duro.

—Porque lo eres.

—Favor que usted me hace —repuso burlón, haciendo una reverencia—. La cosa es que tengo que ir a ese club y pagar por algo que tienen y que es de los tipos que me han contratado.

—¿Polvo o algo así?

—No. No es nada de eso. Pero hay mucho dinero de por medio. Y no puedo decirte más.

Monroy hizo una pausa para engullir un millojas.

—Bueno, cuéntame algo sobre ese club —añadió después, chupándose los dedos.

La Nati buscó durante unos segundos la palabra adecuada. Después, cuando la hubo encontrado, la soltó:

—Basura. Son basura. Lo peor de lo peor. Dominicanas, colombianas, rumanas, toda esa gente de la Europa del Este... Tú sabes que yo no tengo prejuicios. Ya ves que contrato chicas de todos lados... Pero estos... Bueno, ya sabes cómo es... Las cogen en sus países y las engañan. Luego les quitan los papeles y las tienen ahí, esclavizadas... Tienen negocios por toda la península. También en Lanzarote y Fuerteventura... Lo peor es que luego van y se anuncian como agencias de alto standing.

—Eso, a la gente que tiene negocios como el tuyo, no las beneficia...

—Ya ves... Pero a ver quién tiene huevos de denunciarlos... No te mezcles en eso, Eladio, que son gente muy chungo... Sobre todo el Paco ese.

—¿Qué sabes de ese tío?

—¿El Paco? Ese es un chulo... Vino hace diez o quince años... Es de Badajoz... Un chulo de mierda. Lo conocí en el Lugo, cuando yo estaba en lo de la Teresa. Estuvo un tiempo parando por allí. Después hizo contactos con esa gente (o a lo mejor ya los tenía, no lo sé) y le montaron lo del puerto, eso de Cuarenta Grados... Cuarenta años le echaba yo... Pero ¿quién le pone el cascabel al gato?

Dicho esto, la Nati se quedó mirando amenazadoramente un tocínillo de cielo.

Cuando consideró que ya lo había amedrentado lo suficiente, se abalanzó impudicamente sobre él. El pobre tocinillo opuso toda la resistencia posible, consistente, sobre todo, en quedarse adherido a la cenefa de papel que aparentemente lo protegía, pero, al final, acabó entre sus fauces.

—Humm... Me pueden. Los tocinillos es que me pueden...

Eladio la contempló sonriente.

—Da gusto verte comer, mi niña...

—Tú dirás que me voy a poner como una vaca... Pero, ¿sabes qué te digo? Que me da igual. A estas alturas de la película ya no espero que venga George Clooney a rescatarme.

—Venga, no te hagas la modesta, que estás muy rica...

—No me seas zalamero. Claro, me trajiste dulces para que te informara de lo del Paco, ¿no?

—No. Con llamarte por teléfono hubiera bastado. Pero era una buena excusa para pasarme por aquí...

La Nati hizo una pausa en la escabechina que estaba llevando a cabo entre los dulces. Le miró muy seriamente y dijo:

—Eladio, te lo digo de ley: no te juntes con esa gente. Y, si tienes que hacerlo, cúbrete bien las espaldas. No sólo son peligrosos, sino que, además, tienen muchos contactos. ¿Me entiendes, cariño?

—De acuerdo. Tendré cuidado —la tranquilizó él levantándose—. Bueno, tengo que irme.

—¿Ya? ¿Por qué no te quedas hasta que vengan las niñas? La Tere estuvo preguntando por ti el otro día.

—No, déjalo estar, que después me lío.

Cuando ya se dirigía a la puerta, se volvió un momento.

—Ah, por cierto... Pregunta a las niñas si a alguna le interesa una cámara de vídeo digital a precio arreglado.

—¿Nueva?

—De paquete.

* * *

Los yonquis, sentados a la sombra del balcón de Casimiro, disfrutaban la fumada de mediodía. Pronto se disiparía y comenzarían a buscar dinero. A las cuatro y media de la tarde el bar Casablanca solía estar tan vacío como cuando acababa de abrir. Eladio se sentó en una de las banquetas de la barra. Casimiro, que zapeaba desde la plancha, dejó el mando a distancia y se acercó a él.

—¿Qué pasó, Monroy?

—Nada, Casi... A echar la cervecita.

El tuerto sacó un botellín, limpió el cuello de la botella con una bayeta y lo

puso ante él después de abrirlo.

—Oye, Casí, ¿pasó el senegalés que te dije a coger el recado?

—Sí. Empezó ya a currar con el Chapi. Esta mañana.

—Joder. El Chapi se enrolló, ¿no?

—Ah, el otro pibe lo tenía bastante hartó, supongo.

—¿Y qué tal?

—Pues parece que bien... El Chapi lo trajo hoy a comer y todo...

—Coño, con lo agarrado que es...

—¿Ése? Más agarrado que un pasamanos.

Después de soltar una risita asmática, Casimiro volvió a su mutismo habitual y al zapeo. Monroy siguió allí, mirando a su botellín y pensando.

—¿No ha venido hoy Roquito? —preguntó de repente.

Casimiro dejó vagar su ojo sano por el techo, haciendo memoria.

—No, pero suele venir sobre esta hora, más o menos.

Volvió a hacerse el silencio, roto sólo por las emisiones de los distintos canales de televisión, que Casimiro no mantenía más que uno o dos minutos. Cuando llegaba al final de la parrilla, regresaba al comienzo.

—Déjalo ya en algún canal, hombre, que me vas a volver loco.

—Si es que no echan nada que valga.

—Pues apágala y pon música, joder. Que también tiene un botón para apagarla.

—¿Y si echan algo bueno?

Monroy mantuvo su mirada en el ojo bueno de Casimiro durante unos segundos y decidió darlo por imposible. Algún día cogería aquel mando a distancia y se lo metería por el culo al jodido tuerto. Eso fue lo que estaba diciéndose a sí mismo cuando Roque se situó a su lado y, después de saludar, pidió un John Haig.

—Aquí está. ¿No lo querías ver? —preguntó Casimiro a Eladio.

Roque les miró alternativamente y se quedó esperando explicaciones. Por su parte, Monroy le echó una mirada de arriba abajo, preguntándose si realmente se ajustaba a sus propósitos. Si bien tenía un rostro redondo y bonachón, de piel clara y nariz sonrosada, contaba con la ventaja de ser muy corpulento. Su enorme barriga no hacía pensar que sus cien kilos fueran sólo huesos y grasa. Había sido luchador y, en bermudas, camisilla y chancletas, como estaba ahora, hacía pensar que, en una bronca, uno querría siempre tenerlo a su lado y no enfrente. Por otra parte, era un hombre de carácter apacible, aficionado a la pesca y el ajedrez. Eso era lo que a Eladio le hacía dudar de la capacidad del ex luchador para el trabajo que iba a proponerle. Pero no tenía, por lo demás, tiempo para buscar a alguien más apropiado. Y Roque era buena gente: se merecía un dinerillo.

—¿Y bien? —preguntó Roque, intrigado.

—Vamos a sentarnos —se limitó a decir Eladio dirigiéndose a una de las mesas.

Sentados uno frente al otro, con Roque mirándole con una expectación cada vez mayor, Eladio buscó las palabras apropiadas para empezar.

—¿Cómo te van las cosas, Roquito?

—Tirando, Eladio, tirando.

Monroy sabía perfectamente lo que significaba esa expresión para un parado de más de cuarenta años. Roque hacía chapuzas aquí y allá como albañil, carpintero o fontanero. Pequeños trabajos hechos sin factura, complementando el subsidio de desempleo.

—¿Por qué lo preguntas?

—Mira, te voy a proponer un trabajo.

—Cojonudo.

—No tanto. Primero escucha y luego me dices. Sin compromiso. ¿Vale?

—De acuerdo, pero si es algo ilegal, de entrada, ya te digo que no.

—Ilegal no es, Roque. Pero a lo mejor es peligroso.

—¿Peligroso?

—Se trata de que me cubras las espaldas en un asunto. Mañana por la noche tengo que ir a un sitio a hacer una cosa, llevar un dinero. Pero los tipos con los que tengo que tratar... Bueno, en principio sólo tengo que tratar con uno, pero no creo que esté solo. El caso es que no son de fiar. Y ahí entras tú.

—¿Y qué tendría que hacer? Yo no soy un tío violento, Eladio.

—Ni falta que hace. Tú sólo tienes que estar por allí cerca. Que se te vea. Y, si algo sale mal...

—¿Si algo sale mal...?

Monroy se quedó pensando un momento. No había contado con lo que ocurriría en ese caso. Pero decidió que la carrera política de García Medina no valía ni una cuarta parte que su seguridad o la de Roque.

—Si algo sale mal, te vas cagando leches y llamas a la policía. Simplemente eso.

—Pero, ¿adónde tienes que ir? ¿Al Polvorín?

Eladio soltó una risita al pensar en esa posibilidad.

—No, hombre, no. Es a un puticlub.

Roque se pasó la mano por la franja de pelo gris que le quedaba en la nuca.

—No sé, Eladio, no sé...

—Venga, hombre. Salga como salga, te pago igual. Y, además, es sólo una precaución. Igual luego no hay ningún problema.

—No habrá nada de drogas de por medio, ¿no?

—No, hombre. Tú sabes que yo no me meto en esas movidas.

Nunca sabría exactamente por qué lo hizo, pero, esa tarde, Monroy se presentó en la librería de Gloria con una americana de hilo en color crudo y una invitación para cenar. Gloria, sorprendida, no supo decirle que no.

Eligieron un restaurante vegetariano, bastante tranquilo, de la zona de Vegueta. Allí, ante unas setas a la plancha y unas croquetas de seitán, Gloria decidió preguntarle a qué se debía todo aquello.

—Nada —respondió Monroy—. Pensé que nunca habíamos hecho esto.

—¿Qué? ¿Cenar?

—Nunca te había ido a buscar a la salida del trabajo. Nunca te había invitado a cenar en un restaurante.

Gloria sonrió. Tomó un sorbo de vino blanco y le miró por encima de las gafas.

—Ten cuidado, Eladio Monroy. Corres el riesgo de convertirte en una persona normal.

—Siempre he sido normal.

—Sí. Normal como un gato con seis patas.

Se hizo un silencio de unos segundos, que Monroy empleó en probar las setas.

—Lo que quiero decir —prosiguió ella— es que te estás arriesgando a...

—¿A qué? ¿No te gustó que fuera a buscarte?

—Sí. Sí me gustó. Ahí está el problema. Que me gustó mucho.

Se clavaron las miradas, con una media sonrisa. Se sentían tontos, tremendamente tontos, como si no tuvieran derecho a aquello. Como si hubiesen perdido toda posibilidad de hacer lo que estaban haciendo en aquel mismo instante: estar juntos, frente a frente, hablando a media voz en un restaurante iluminado por la tenue luz de las velas y acariciarse las manos por encima del mantel.

—A lo mejor —aventuró Gloria—, todavía tengo una esperanza. Una esperanza de llevar una vida buena. Y que sea contigo.

—La esperanza —recordó él—. Esa puta del vestido verde.

Nunca entres en un sitio del que no sepas cómo salir

El viernes, a las once y media de la noche, Monroy estaba en el salón de la casa de García Medina, acompañado por su ex mujer, esperando a que el hombrecillo bajara de su despacho con el dinero. Ella procuraba ser agradable, darle conversación. Él, sin embargo, se concentraba en el fondo de la copa de vino que le habían ofrecido al llegar, contestándole con monosílabos, ultimando ciertos detalles de la operación que iba a llevar a cabo en menos de media hora.

Roque le esperaba en el bar Casablanca. Él pasaría, antes de recogerle, por el cajero automático. Pensaba que era mejor pagarle antes de llegar al club, por si acaso. No sabía si la cantidad acordada con él era del todo justa. En todo caso, si había problemas, ya se encargaría de recompensarle. Por otro lado, cien mil pesetas de las de antes por tomarse una copa en un puticlub le parecía un sueldo de ministro.

El asunto se le representaba cada vez más turbio, menos seguro, más plagado de detalles que él no era capaz de controlar. Y cuando había detalles que no controlaba, tendía, pese a que no lo demostrara, a ponerse nervioso.

Ana María explanaba libremente sobre las últimas tendencias en telefonía móvil cuando García Medina regresó, al fin, de su despacho. Monroy, aliviado, se levantó y fue a su encuentro. Ese encuentro se produjo ante el cuadro olvidado de Antonio Padrón.

García Medina, con una amplia sonrisa de confianza, le tendió un neceser.

—Está en billetes grandes —dijo—. Será mejor que lo cuente.

Eladio, que se empezaba a impacientar, estuvo a punto de negarse. Al fin, alzó las cejas y se resignó. Cuando el hombrecillo tenía razón, tenía razón. Volvió a sentarse en el sofá y contó el dinero ante la atenta mirada del matrimonio. Ciento veinte billetes de quinientos euros. Diez millones de pesetas.

—Okey. Está todo —dijo, cerrando nuevamente la cremallera del neceser.

—Muy bien —dijo García Medina—. Entonces quedamos en que usted me llama en cuanto salga de Cuarenta Grados. Desde una cabina, por supuesto. En cuanto me llame le hago el ingreso. Después, viene para acá y me trae el cedé. O los cedés. Me gustaría que se asegurara, en lo posible, de que le dan todas las copias.

—Se intentará.

A Monroy nunca se le había ocurrido que un termómetro pudiera resultar un símbolo fálico evidente. Sin embargo, allí estaba, en el neón de Cuarenta Grados, el termómetro amenazando a dos líneas curvas que representaban a unas nalgas. Durante un instante, se preguntó cuánto eran cuarenta grados Celsius en la escala de Fahrenheit. Al instante siguiente se llamó estúpido. Estaba allí, en una calle sórdida a medianoche, sentado en su coche recién aparcado, con un grandullón despistado en el asiento del acompañante, diez kilos en la guantera y a punto de meterse en aquel sitio para un negocio más que dudoso, y se dedicaba a preguntarse gilipollices.

—¿Salimos? —preguntó Roque tímidamente, con miedo de interrumpir alguna importante deliberación.

Monroy, sin quitarle ojo a la puerta del local que estaba en la acera de enfrente, le respondió que esperara un momento.

—Échate un cigarrito —añadió, acercándole su propio paquete de tabaco y su mechero.

Él se aplicó a la tarea de observar el negocio. La entrada tenía una de esas puertas antipánico. Ante ella, un negro enorme con un esmoquin demasiado estrecho para ser suyo, controlaba la entrada. Eladio observó el resto de la acera. Hacia la derecha había un vídeo club, un bar de copas y la entrada de un edificio de viviendas. En la dirección contraria, una panadería (cerrada, como el vídeo club), la puerta de un garaje y ¡bingo!, otra puerta antipánico. Eso era lo que buscaba su mirada. Señaló la puerta a Roque, diciéndole que aquella debía ser la salida de emergencia. Justo unos segundos después, el Opel Kadett que estaba aparcando allí, decidió no hacerlo y salió, dejando el sitio libre. Eladio volvió a arrancar el auto y lo estacionó en aquel sitio. Roque le preguntó para qué hacía aquello.

—Muy fácil. Las llaves del coche te las quedas tú. Ahora, cuando entremos, te quedas tomándote algo lo más cerca posible de la salida de emergencia. Si pasa algo, que no va a pasar, tranquilo... pero si pasa algo, sales, te metes en el coche y te mandas a mudar. Llamas a la madera y les dices que hay puñaladas aquí.

Roque le miró con los ojos como huevos duros.

—¿Va a haber puñaladas?

—No, hombre, qué va —le tranquilizó Monroy—. Pero la policía no se va a dar mucha prisa para separar a dos borrachos en un bar de putas. Tú dices que hay puñaladas y sangre y todo eso, para que se den prisa. ¿Estamos?

—Estamos.

Monroy soltó un suspiro.

—Bueno, vamos allá.

Roque salió del auto, mientras Monroy sacaba el neceser de la guantera, atestada de folletos, cintas de cassette, libros, agendas, libretas, bolígrafos y todo aquello que a alguien tan descuidado y desordenado como Monroy se le hubiese podido ocurrir meter en la guantera de su viejo Fiat 124. Una vez fuera, cerró las puertas y le lanzó las llaves a Roque, que las cazó al vuelo.

—¿Qué hacemos ahora, cuando entremos? —preguntó Roque mientras se encaminaban al local.

—Nada. Entramos, vamos a la barra y nos pedimos un par de whiskitos.

—Coño, aquí la priva es cara, Eladio.

Eladio le miró sorprendido.

—Joder, Roque, no seas rata. Te acabo de dar cien talegos.

El otro asintió. Sólo se le ocurrió añadir:

—Si mi mujer se entera de que estoy en un puticlub, me mata.

Lo dijo cuando ya casi llegaba a la puerta, por lo cual el portero les escuchó reír. Bien, pensó Monroy mientras se daban las buenas noches de rigor, muy bien: mejor que pienses que somos dos tipos más que están buscando puterío.

Al tiempo que entraba, midió con la mirada al portero. Muy grande, pero no tan fuerte como pudiera parecer. Amedrentable, sentenció, a no ser que luego nos dé una sorpresa.

Al traspasar el umbral, el Cuarenta Grados le pareció una whiskería más. Vista una, vistas todas: las mismas mesas bajas atornilladas al suelo, con sillones forrados de plástico alrededor; la misma exigua pista de baile en el centro para que las chicas pudieran menear el culo ante los indecisos; la misma barra con borde acolchado, rajado aquí y allá; el mismo globo araña lanzando chiribitas por todo el local oscurecido para desorientar a la clientela al ritmo de la misma música caribeña pasada de moda o demasiado de moda. Había dos o tres chicas, seguramente latinas, trabajándose a clientes en las mesas. En la barra, sentadas ante unas coca-colas, otras dos chicas, éstas de apariencia eslava, charlaban animadamente hasta que ellos dos entraron. Cuando esto ocurrió se volvieron para mirarles. Eladio les indicó con la mirada que podían seguir hablando, que luego ya veríamos y ellas continuaron la cháchara sobre novios hechos en el messenger, colores de laca de uñas y otros asuntos de elevada altura intelectual.

Localizó la salida de emergencia, al fondo, más allá de la barra, entre la puerta del office y la de los baños. Disimuladamente, condujo a Roque hasta el extremo de la barra más cercano a aquella puerta y se sentó en una de las banquetas.

La camarera de la barra, entrada en años, era la única nacional. Aunque, con toda seguridad, estaba ya retirada del oficio. Lo reconoció en cuanto se acercó a ellos.

—Eladio Monroy... Cuánto bueno, hombre.

Monroy necesitó unos segundos para quitarle mentalmente la peluca y los

aproximadamente sesenta kilos de maquillaje que llevaba sobre aquel rostro redondo y simple.

—¿Charo?

—La misma.

Se saludaron con un beso en la mejilla por encima de la barra. Después de veinte años en la ciudad, la Charo seguía sin perder su acento madrileño y su aire de chulapa, aunque ya el físico no le daba para tanto contoneo.

—Pensaba que te habías ido a Madrid —le dijo Monroy, que llevaba un par de años sin verla por el Lugo.

—Lo intenté, Eladio. Estuve por allí una temporadita, pero aquello ya no era lo mismo. Me ofrecieron venirme para acá... Y ya ves... Aquí estoy. Controlando a las chicas...

—Es una empresa grande, ¿no?

—Sí. Gente muy gorda. Se está bien. Tranquila. Bueno, ¿qué vais a tomar?

Roque y Eladio se miraron entre sí.

—Bueno —dijo Monroy con malicia—, dos etiquetas negras. Y otro para ti. Hoy paga aquí, mi amigo Roque, que está celebrando el cumpleaños.

Charo se apresuró a servir los whiskis y a darle dos besos a Roque, agradeciéndole la invitación y felicitándole. Roque, odiando a Eladio, disimuló como pudo. Servidas las copas, Charo se apoyó en la barra, frente a ellos.

—¿Quieres que te presente a alguna de las chicas?

—No —contestó Monroy—. No vengo para eso. Quiero que me presentes a Paco.

—¿A Paco? —repuso Charo.

—Sí. Dile que vengo de parte de un primo tuyo.

Charo se puso repentinamente seria. Monroy supuso que no sabía nada del asunto. Demasiado sucio para ella. Pero no descartó la posibilidad de que hiciese de secretaria de confianza para el tal Paco. Le pidió que esperara un momento y llamó por un telefonillo que había en la barra, adosado al botellero empotrado. Habló durante unos momentos y después colgó, volviendo a donde estaba Monroy.

—Entra al office y, al fondo, hay una puerta. Sube las escaleras. Primera puerta a la derecha. Pero tienes que subir solo.

—Tranquila —respondió Monroy mientras se levantaba y abría la puerta del office—. Roque se queda haciéndote compañía.

El office era como cualquier otro, un pequeño fregadero, algunas cajas de cascós de refrescos, dos o tres bayetas y un extintor. Al fondo, la puerta que daba a las escaleras. Unos diez escalones. Sin tramos. Al final, se abría un pasillo, enmoquetado, con nueve o diez puertas repartidas a lo largo del mismo. La última del otro extremo acababa de abrirse y de ella había salido un coreano, de seguro un cliente, que tomó la puerta contraria. La escalera principal,

seguramente. Tal y como Charo le había indicado, Monroy se paró ante la primera puerta a su derecha. Llamó con los nudillos y abrió cuando escuchó la voz que le invitaba a entrar.

Antes de introducirse en la habitación, se tomó unos segundos para echar un vistazo. Ante él había una estancia de unos cuarenta metros cuadrados, al fondo de la cual había un bufete, con sillas, un ordenador y, en la pared de detrás, una ventana. Ante esa ventana, le esperaba el que debía ser Paco, un hombretón con camisa gris perla de seda y vaqueros teñidos de negro. Tenía el pelo castaño minuciosamente peinado hacia atrás a golpe de fijador, nariz de boxeador, sobre la cual unas gafas de montura de pasta ocultaban unos ojillos azules y, dando la última pincelada a aquella especie de hipogrifo humano, una perilla que le iba igual de bien que a un chino un traje de lagarterana. Monroy se dijo que era el chulo más raro que había visto en su vida, pero que nunca, o casi nunca, hay que fiarse de las apariencias. No había nadie más en el despacho, así que se decidió a entrar.

—Pasa, hombre, pasa —insistía cordialmente el proxeneta, haciéndole gestos con las manos. Le trataba como a un amigo de toda la vida.

Monroy cerró la puerta tras de sí. Avanzó hasta el escritorio y se presentó con su propio nombre. Con la Charo en la planta baja ya no podía cumplir con su primera intención de dar un nombre falso.

—Siéntate, hombre, por favor —dijo Paco indicándole una de las dos sillas que había ante el escritorio.

Al principio, tanta amabilidad desorientó un poco a Monroy. Después pensó que, probablemente, el hipogrifo quería solucionar el asunto lo más agradablemente posible. Una de dos: o se lo quería quitar de encima o pretendía darle gato por liebre. Tendría que agudizar los sentidos.

—Perdona que te pidiera que subieras solo. Pero lo entenderás, ¿no?

Monroy le miró con la cara menos amistosa que fue capaz de mostrar y se limitó a asentir. Había decidido dejarlo hablar todo lo posible.

—En estos asuntos, cuanta menos gente, mejor. Y, siempre se corren riesgos. Por otro lado, entiendo que tú necesitas garantías. Yo también. Tú tienes a tu amigo y yo tengo al portero. Así que los dos tenemos las espaldas cubiertas. Pero es mejor que se queden fuera.

Monroy volvió a asentir. El hipogrifo se justificaba de maravilla, con aquel acento tan de extremeño que lleva años de un lado para otro y se contamina con acentos y expresiones de todos los lugares y de ninguno.

—Supongo que lo convenido está ahí —dijo Paco, señalando con la nariz el neceser que Monroy no había soltado en ningún momento.

—Depende —repuso él.

—¿Depende de qué? —preguntó el otro, poniéndose tieso en su asiento, mostrando por primera vez un sí es no es de agresividad en la voz.

—Depende de si tú cumples o no.

—De acuerdo —dijo Paco, iniciando el ordenador—. Vamos a hacer una cosa: Abres la cremallera y me enseñas los billetes. No necesito que los pongas todavía sobre la mesa. Sólo quiero saber si están ahí. Después yo te muestro la mercancía y me dices si hay trato. ¿Te parece bien?

—Por ahora, me parece bien —convino Monroy alzando el neceser. Mostró, tras abrir la cremallera, el fajo de billetes. Luego, siempre muy lentamente, volvió a cerrarla y a bajar el neceser.

El otro orientó la pantalla del ordenador de modo que Monroy pudiera verla.

—El video de tus jefes está en este archivo —dijo el otro abriendo una carpeta del escritorio. Dentro de la misma, había varios archivos de video. Todos llevaban el nombre genérico de «cineduro», seguido de un número. El que Paco seleccionó era el 0016. Eso confirmó las sospechas de Monroy de que el tal Paco se dedicaba habitualmente a aquella actividad.

Paco hizo doble clic sobre el archivo y éste se cargó. Cuando se abrió la pantalla se vio, en plano general, un dormitorio (que debía ser el de la famosa casita de San José del Álamo) en el que entraban Ana María, García Medina y la chica, bastante atractiva y demasiado joven, que debía ser Loreto. En el punto en que aquellos tres comenzaban a besarse, Monroy le dijo a Paco que tenía suficiente.

—¿No te pica la curiosidad? —dijo éste, mientras cerraba el archivo.

—Con comprobar que es el material convenido, tengo suficiente.

—Sí. Quizá sea mejor que no veas más. Aquí entre nosotros, lo de la parejita esa me parece una guarrada.

—Venga, no te hagas el puritano conmigo.

Paco le miró seriamente. Lo siguiente que dijo inquietó a Monroy durante un momento. Más tarde, lamentaría no haber visionado el clip completo en aquel mismo instante. Pero eso, entonces, no lo sabía.

—No soy ningún puritano, Eladio. Pero todo tiene un límite. Y lo de esa gente no es normal.

—Cada palo que aguante su vela.

—Así pienso yo también —repuso Paco, cambiando de registro—. Bueno, entonces ¿qué? ¿Trato hecho? En cuanto me des la pasta, yo aprieto el botón de suprimir y se acabó el problema.

—Aprietas el botón de suprimir, lo borras también de la papelera de reciclaje y me das las copias —aclaró Monroy.

Paco soltó una risita, mientras abría el cajón del escritorio, sacaba unos cuantos cedés y los dejaba sobre el tapete.

—Por supuesto, aquí están las copias. Eso ya lo había hablado con García Medina. Miramos las propiedades del archivo y comprobamos que se han realizado siete copias. Aquí, en disco, tienes seis.

—¿Y la otra?

—La otra es la que le mandé por correo al amigo García Medina.

—Adelante.

Tardaron sólo unos minutos más. Hicieron lo estipulado. Paco permitió que el mismo Monroy realizara la operación informática, mientras él contaba el dinero, volvía a cerrar el neceser y lo metía en el cajón del escritorio.

—¿Tienes una bolsa? —preguntó Monroy, cogiendo los cedés.

—No —contestó Paco—. Si te sirve un sobre de los normales.

Paco sacó un sobre del mismo cajón del que había sacado los cedés. Era un sobre normal, con el membrete de Cuarenta Grados. No abarcaba el diámetro de los discos, pero servía para enfundarlos de alguna manera. Eladio se levantó y se dirigió hacia la puerta, acompañado por el hipogrifo.

—Ha sido un placer hacer negocios contigo, Eladio.

Monroy se volvió y le acercó su rostro.

—No van a volver a tener noticias tuyas, ¿verdad?

Paco sonrió.

—No. No creo. ¿Sabes? En otras circunstancias, hubiera mantenido abierto el negocio durante bastante tiempo. Pero no quiero tratar más con esta gente. Ya te dije que todo tiene un límite.

—Espero que sí, Paco.

—¿Me estás amenazando, Eladio?

—Sí.

Por tercera vez, Paco se puso serio.

—Sólo quería comprobarlo. Está bien. Es tu trabajo. Y lo haces bien. Pero yo también tengo el mío, y tampoco lo hago mal. No tendrás que volver, no te preocupes.

—De acuerdo, hermano —dijo Monroy a modo de despedida.

Pero, de pronto, Paco le puso la mano en el hombro y le dijo:

—Oye, me da la impresión de que realmente no sabes para quién trabajas. ¿Me permites un consejo?

Monroy asintió.

—Nunca entres en un sitio del que no sepas cómo salir.

Únete siempre a los filisteos

Aún extrañado de que todo hubiera sido tan fácil, Monroy dejó a Roque ante su casa. Por la ventanilla, antes de despedirse, el grandullón le preguntó qué habían ido a hacer allí.

—¿Por qué?

—No, nada. Es que me pica la curiosidad. ¿Qué hay en esos cedés?

—Basura. Hoy hemos hecho de basureros. Y, ya sabes, los basureros nunca hablan de lo que se encuentran —repuso Monroy mientras arrancaba.

Conduciendo en dirección a la salida del centro, pensó en los discos y en lo que le había dicho Paco. Chulerías de chulo, pensó mientras buscaba con los ojos una cabina telefónica. Recordó que había unas en la plazoleta de Las Ranas. Allí, a un lado del centro comercial, aparcó un momento.

Tuvo que esperar a que una adolescente con el ombligo al aire terminara de citarse con sus amigas en alguno de los bares de copas de la zona que a esa hora ya estaban a punto de reventar. Después, introdujo veinte céntimos en la cabina y marcó el número de Ana María, que llevaba apuntado en un papel.

—¿Diga? —preguntó la voz del hombrecillo, al segundo timbre de llamada.

—Soy yo —dijo Monroy—. Todo bien.

—¿Vio usted el vídeo?

—Sólo el principio. Para comprobar que era el de ustedes.

—¿Hasta dónde vio?

—Lo quité cuando empezaron los besos. A mí me gustan más las pelis de guerra.

—Muy bien. ¿Viene para acá?

—Estoy a mitad de camino. En un cuarto de hora estoy por ahí.

—Perfecto. Voy haciéndole el ingreso.

* * *

Le esperaban ante la piscina, con los brazos abiertos y la expresión hipócritamente relajada. Monroy metió la mano en la guantera y encontró, palpando, el sobre. Un par de discos se habían Salido con los vaivenes del coche. Los localizó a tientas. Volvió a meterlos en el sobre, salió del auto y se los entregó

a García Medina. Este ni siquiera los miró. Se limitó a guardárselos en el bolsillo del albornoz.

—¿Seguro que todo bien? ¿No volverá a la carga? —insistió el hombrecillo.

—No tenía pinta de eso. Más bien parecía querer borrarse del mapa.

—¿Y su amigo?

—¿Qué amigo?

—El forzado.

—Ya debe estar planchando la oreja. No sabe nada de nada. No se preocupe.

—Bueno, Eladio —dijo el otro tendiéndole la mano—. El ingreso ya lo tiene gestionado. No figura nombre del ordenante, por supuesto. Muchas gracias por todo.

—Todavía tenemos que volver a vernos. Falta la segunda parte del pago.

Ana María y su marido le miraron con desconcierto.

—¿Se habían olvidado de lo de Paula?

Le sonrieron. Sobre todo García Medina.

—Claro. ¿Cómo fue que me olvidé? Será una ocasión mucho más agradable.

Eso seguro.

Ana María le despidió con un beso en la mejilla y la promesa de que en cuanto Paula llegase a Las Palmas le llamaría.

* * *

No habían dado las dos de la madrugada cuando aparcó el coche frente a su edificio. No tenía sueño. Más bien, se hallaba sospechosamente despejado. Miró hacia la fachada y comprobó que, en el sexto las luces aún estaban encendidas. Pensó que no le vendría mal pasar un rato con Gloria. Quizá toda la noche. Entrar, saludarla, charlar un poco, puede que hacer el amor. O jugar al parchís. Daba lo mismo. Pero hacer algo que le quitara aquella sensación de suciedad. Que le librase de aquel olor a podredumbre. La peste a puticlub, a extorsión, a pornografía, a doble moral y vicios capaces de escandalizar a un proxeneta, enmascarados tras una casa grande de cojones y una posición social sólida y envidiada.

En el ascensor, pulsó el botón del sexto, porque, decididamente, no le apetecía estar solo esa noche. Cualquier otra hubiera sido distinto, pero, esa noche, no quería enfrentarse a las imágenes que le acechaban cuando cerraba los párpados, el cuadro de dos cuarentones pagando a una jovencita, que debía tener pocos años más que su propia hija, por bajar hasta el último escalón de una escalera que jamás volvería a ser de subida. Esa noche necesitaba, se lo dijo a sí mismo mientras salía del ascensor y llamaba al timbre, tener cerca a una persona limpia y honesta, alguien que no tuviera dobleces ni vicios inconfesables, ni costumbres vergonzantes.

Gloria abrió la puerta y le contempló un momento. Aunque no supiera a qué se debía, le notó la extrañeza y el mal sabor. Sintió, merced a algún instinto nunca antes percibido, que había algo doloroso en su rostro. Pero no dijo nada. No hizo preguntas. Ni siquiera le saludó. Sencillamente, le atrajo de la mano hacia el interior, cerró la puerta y fue a la cocina a buscar una botella de vino.

* * *

Tardó un poco en recordar dónde estaba. El día había entrado en el dormitorio de Gloria como los marines en Panamá y bañaba toda la estancia con una luz insultante. Habían estado bebiendo vino y haciendo el amor hasta las cuatro o las cinco de la madrugada. Después, exhaustos, se habían dormido. Gloria no estaba, pero él sentía su presencia en cada rincón del cuarto, desde el cartel enmarcado de *El cartero* y *Pablo Neruda* a la colección de tortuguitas de porcelana que atestaban el tocador, todo tan blandamente hogareño. Se levantó y fue a la cocina. Tomaría un café antes de bajar a casa. Se permitiría aquel pequeño lujo. De hecho, Gloria debía haberlo previsto, porque le había dejado una nota sobre la encimera, escrita en una hoja de libreta a cuadros, con su letra redonda y cuidada de quinceañera que copia poemas de Bécquer en las carpetas:

Cariño: La cafetera está preparada. Si te apetece que comamos juntos, llámame a la librería. Si no, ya te llamo por la tarde. Que tengas un buen día. Besos. Muchos. Grandes. Gloria.

Sonrió de oficio y puso la cafetera al fuego. El malestar de la noche comenzaba a mitigarse. Después de todo, él había hecho cosas peores. Se recordó a sí mismo amedrentando a tipos para que pagaran deudas; vendiendo mercancía sisada de contenedores que «se despistaban» en los muelles. ¿En realidad, eran peores esos actos? Probablemente fuesen menos legales. Pero, ¿eran peores? Y, si lo eran, ¿por qué en esas ocasiones no se había sentido como ahora? ¿Sería porque ahora Ana María andaba de por medio? ¿O acaso, y más probablemente, era porque el padre de la criatura era García Medina, precisamente el mismo García Medina que tanto empresario joven de la ciudad tomaba como ejemplo?

No supo contestarse con seguridad, pero se dejó invadir por la sospecha de que los tiros iban por ahí cuando volvió el recuerdo de la chica del vídeo. Loreto. Nombre supuesto, con seguridad. Rubia. Delgada. De rostro anguloso bien dibujado. Nariz respingona. Ojos claros. Un rostro dulce y serio. En algún lugar, aquella chica tenía, o, por lo menos, había tenido, unos padres. Alguien que la

había criado. Unos padres que, presumiblemente, habían puesto en ella su esperanza. La esperanza de que alguna vez ella fuese aquello que ellos no habían podido ser. O quizá no. Pero ellos, hubiesen querido o no, seguramente no habrían podido pagarle una carrera en Salamanca. Eso seguro.

La vida es muy cabrona, se dijo mientras se servía el café, un instante antes de pensar en Paula y preguntarse cómo era posible que Ana Mari no se acordara de ella cuando estaba con aquellas chicas a las que pagaba para que le permitieran robarles, como una moderna Erzbeth Bathory de garrafón, su juventud y su belleza. Muy posiblemente, esa era la causa de su malestar: la identificación del rostro de Loreto con el de Paula. La tristeza de comprobar en un vídeo lo que ya sabía pero se preocupaba en negarse; lo mismo que, ahora, mientras revolvía el café y se sentaba en el sofá, su mente le repetía una y otra y otra vez: La vida es muy cabrona.

* * *

Procuró que el resto de la mañana fuese lo más agradable posible. Bajó a casa, se duchó y se cambió de ropa. Después, salió a la calle, compró la prensa y un paquete de cigarrillos. Dio un uso apropiado a ambos productos en el bar Casablanca hasta mediodía. Al volver a casa, telefoneó a Gloria para citarse con ella y fue a la cocina a preparar algo. Decidió que un revuelto de puerros y una ensalada eran una buena opción. Un almuerzo ligero era lo más apropiado para pasar dignamente aquella canícula que llevaba ya semanas caldeando la ciudad. Justamente al abrir el refrigerador, sonó el timbre.

Se dirigió a la puerta, después de coger el periódico que estaba sobre la mesa del comedor. Pensó que debía ser Matías. Se le había olvidado dejarle el periódico. Pero no era Matías. Cuando abrió, se enfrentó a dos hombres. Ambos llevaban el pelo cortado al dos. Uno de ellos, el más rubio (y también el más joven), debía sacarle a Eladio unos cinco centímetros de altura. Llevaba perilla y un arete de plata en la oreja izquierda. El otro, de unos treinta y tantos, lucía un afeitado de anuncio de wilkinson en un rostro interesante. Parecía bastante más inteligente que su compañero. Los dos vestían con vaqueros y camisetas, además de camisas sueltas. Aquellas camisas, supuso enseguida Eladio, ocultaban las armas y las esposas que debían portar a la cadera, las cuales, en invierno, se ocultarían tras cazadoras bombers. Porque, en cualquiera de los casos, apestaban a policía.

—¿Eladio Monroy Santana? —preguntó el treintañero.

Asintió. No era la primera vez que la policía le requería. Pero nunca le habían visitado agentes de paisano. De hecho, en otros tiempos, simplemente recibía una llamada de Silva o algún otro inspector, para que se pasara por comisaría a declarar. La vieja guardia le conocía. Pero éstos eran de la nueva hornada. Por

eso, desde el mismo instante en que los agentes mostraron sus identificaciones, comenzó a hacer rápidamente memoria de sus actividades, para averiguar cuál de ellas había provocado la presencia ante su puerta de Starsky y Hutch. ¿Habrá algo feo en los pedidos de Viram?

—Pasen ustedes —dijo franqueándoles el paso e invitándoles con la mano a sentarse en el sofá.

Rehusaron la invitación. Se quedaron allí, en pie, en medio del recibidor, mientras Eladio cerraba la puerta barruntando que la cosa debía ser más seria.

—Ustedes dirán.

—Necesitamos que nos acompañe a comisaría —dijo el rubio.

—¿Para?

—Tenemos que hacerle unas preguntas.

—¿Sobre qué?

—Sobre Francisco Ruiz Sepúlveda.

—¿Francisco Ruiz Sepúlveda? Me parece que no lo conozco.

—A nosotros nos parece que sí —dijo el del apurado perfecto—. De hecho, le hizo una visita anoche.

—Ah, claro... Ya sé. ¿He hecho algo malo?

—Eso ya lo veremos.

El rubio comenzaba a impacientarse.

—Bueno, ¿va a acompañarnos por las buenas o tendremos que...?

—Claro. Por supuesto que voy —le apostrofó Monroy para evitar que las cosas se complicaran—. Pero, ¿pasa algo con ese hombre?

—Pasa que está en el depósito de cadáveres.

* * *

Una mesa. Tres sillas. Y, seguramente, una cámara disimulada tras un espejo. Eso es todo cuanto había en la pequeña habitación rectangular, insonorizada y pintada de amarillo pastel, en la que Monroy llevaba ya una hora hablando con los dos agentes, que habían resultado llamarse Alonso y Pérez.

Alonso, el rubio, hacía de poli malo. Hablaba lo menos posible. Se limitaba a mirarle fijamente, sentado en un rincón. Y, cuando aprovechaba algún silencio para decir algo, sus palabras implicaban siempre una más o menos velada amenaza.

Pérez, en cambio, hablaba a media voz, sonriendo con frecuencia y asintiendo comprensivamente a cada respuesta de Monroy. Sin embargo, continuaba sentado a medias sobre la mesa, manteniendo así una simbólica superioridad sobre él. Monroy, por su parte, se limitaba a responder con toda la claridad posible a sus preguntas. Omitiendo, porque sabía que eso complicaría las cosas, cualquier referencia al asunto del chantaje.

—Bueno —decía Pérez en ese momento—. Vamos a recapitular. Dice usted que fue a Cuarenta Grados a celebrar el cumpleaños de un amigo.

—Exacto.

—Y que aprovechó para hablar con Ruiz de un negocio.

—Sí señor.

—Que habló con él durante cinco o diez minutos y que luego bajó de nuevo al bar y se marcharon.

—Exactamente.

—¿Sobre qué hablaron?

—Yo quería venderle una cámara de video.

—¿Una cámara de vídeo?

—Sí. De vez en cuando hago algún negocio para ganarme un dinerillo. Acabo de comprarle a un mayorista una partida de cámaras digitales. Y tengo que colocalas.

—Mercancía robada, ¿no? —inquirió Alonso.

—No señor. Mercancía legal, de paquete y con su factura. De hecho, si le interesa una cámara digital de última generación a buen precio, podemos hablar del asunto.

—No se haga el payasete conmigo, Eladio.

—No tengo esa costumbre, señor Alonso —respondió Monroy, pronunciando el «señor» lenta, muy lentamente—. No soy ningún criminal. Y lo puedo demostrar cuando haga falta.

—¿De qué se conocían?

—De nada. Bueno, de oídas. Me habían contado que a ese hombre le interesaba ese tipo de juguetes.

—¿Quién?

—Ahora mismo no sabría decirle. Igual lo oí comentar en el mismo club, alguna vez. O en el Lugo. Él paraba antes por allí. Ya saben cómo es la cosa.

—No. No lo sabemos —dijo Alonso—. ¿Por qué no nos lo explica?

—Con mucho gusto. La cosa es que uno escucha rumores. A veces ni te lo dicen a ti directamente. Simplemente, estás tomándote una cerveza en el bar y oyes hablar a dos tipos que hay al lado. Y, esos dos, hablan de un tío que tiene un puticlub en Grau Bassas y que se gasta millonadas en cualquier cacharro que tenga botones. Y, como da la casualidad de que tú tienes que colocar cacharros de ese estilo... Pues, claro, blanco y en botella es leche.

—¿Y dónde están esas cámaras?

—Me llegan el lunes.

—¿Y la factura?

—En mi casa.

—¿Y a quién se las ha comprado? —volvió a retomar el hilo Pérez, que debía notar que su compañero iba por mal camino.

—Si me prometen no ir a pisarme el negocio, se lo digo.

Pérez no pudo reprimir un amago de carcajada.

—Es que me hace muy buen precio —aclaró Monroy—. Hanif Viram. Se llama Hanif Viram. Un honrado comerciante indio que lleva más de veinte años establecido en la calle Ripoché —dijo esta última frase regodeándose en cada una de sus sílabas, un poco teatralmente, pero sin quitarle ojo a Alonso, que comenzaba a odiarle más allá de toda exigencia profesional y en cualquier momento podía soltarle una galleta.

—Vale —dijo Pérez—. Eso ya lo comprobaremos. Ahora, dígame una cosa. ¿Le vendió algo?

—No. El tipo decía que acababa de comprarse un equipazo. Que no le interesaba. Yo qué sé. Igual no se fiaba de mí.

—¿Por qué no? —preguntó el rubio, mostrando nuevamente los colmillos.

—Ya le dije que no nos conocíamos.

Se hizo un silencio espeso, durante el cual Pérez miró a su compañero. Aquél le devolvió la mirada, reconociendo que, en aquella dirección, no iban a ninguna parte.

—¿A qué hora se fue de allí?

Monroy hizo memoria.

—Podrían ser las doce y media o la una de la madrugada.

—¿Y después?

—Después nos marchamos. Dejé a mi amigo en su casa y me fui a la mía.

—Claro —tomó de nuevo la palabra Alonso—. Se fue a dormir usted solito y no tiene más testigo que su osito de peluche, ¿no?

—No exactamente. No llegué a entrar en casa. Subí a casa de Gloria Bolaños. Vive en mi mismo edificio. En el 6° A —a Monroy no le gustó meter a Gloria en todo aquel asunto, pero necesitaba mostrar su coartada, pues, con toda seguridad, Starsky y Hutch no tenían más sospechoso que él.

—¿Y hasta qué hora se quedó? —preguntó Pérez.

—Toda la noche. Me desperté sobre las diez de la mañana.

—Entonces, llegó a casa de... ¿Gloria Bolaños?

—Sí. Eso es. Gloria Bolaños.

—Llegó a su casa, digamos, ¿a la una y media?

—Algo así. Una y media, dos menos cuarto.

—¿Dónde podemos localizar a esa mujer?

Eladio consultó su reloj.

—Bueno, ya le dije su dirección. Pero puede que ahora mismo esté en mi casa preguntándose por qué no estoy allí. Debe haber llamado ya a todas las clínicas. A ustedes les llamará dentro de un rato.

Los policías se miraron entre sí. Luego Alonso se levantó, dirigiéndose hacia la puerta.

—Vamos a ver si es verdad.

—¿Quiere que le apunte mi número? —preguntó Monroy.

—No, no hace falta, gracias —respondió el otro antes de dar un portazo.

Pérez se levantó de la mesa y se sentó en una silla frente a Monroy. Sacó un paquete de cigarrillos y le ofreció uno.

—No, gracias —dijo Monroy, sacando los suyos—. Prefiero mi marca. ¿Le apetece uno de estos?

El policía negó con la cabeza, pero sonrió.

—¿Sabe? A esta hora, la policía científica está comparando sus huellas digitales con las que había en la oficina de Ruiz.

—Ah. Si quieren, se lo ahorro. Van a encontrar huellas mías en la puerta, en una silla, sobre la mesa y en el ordenador. —Monroy no dijo nada sobre el neceser. Sabía que el neceser no aparecería por ningún lado.

—¿Por qué en el ordenador?

—Porque el amigo Ruiz, que en paz descanse, se empeñó en enseñarme lo bien que le funcionaba un nuevo software de tratamiento de imagen que se había conseguido.

—No se le ve muy impresionado por la muerte de Ruiz —observó Pérez con suspicacia.

—Bueno, tampoco es que fuéramos íntimos, ¿no? Además, cuando llegue usted a mi edad, ya verá cómo la muerte no le impresiona tanto.

Todo quedó nuevamente en silencio. Monroy, pese a la incomodidad que suponía aquella situación, se sentía tranquilo. Conocía los procedimientos policiales. Sabía que no podrían acusarle. Su curiosidad se movía en otras direcciones. En varias al mismo tiempo. Quizá, sondeando convenientemente al policía, podría satisfacerla en alguna de ellas.

—¿Cómo murió? —preguntó Monroy.

El policía arqueó las cejas.

—¿No lo sabe usted?

—Vale. Asesinado. Pero, ¿cómo lo hicieron?

Eres listo. Eres muy listo. Pero yo soy más listo que tú. Exactamente ésas fueron las palabras que Pérez le decía con los ojos mientras le contestaba que aún no conocían el resultado de la autopsia.

—Fue la Charo quien les dijo que yo había estado allí, ¿no? —preguntó Monroy.

El otro no dijo nada. Se quedó inmóvil. Demasiado inmóvil. Había sido la Charo quien le había nombrado a la policía.

—Ese amigo que le acompañó, ¿está localizable?

—Sí, claro. Es un amigo del bar Casablanca, en León y Castillo. Está allí cada tarde. Es un ex luchador. Roque, se llama. No sé el apellido. Pero es un tipo honrado. Si se lo pueden evitar, me gustaría que no lo molestaran. De hecho, la

idea de ir a la whiskería fue mía.

—¿Y eso?

—Él nunca había pisado un puticlub. Estábamos celebrando su cumpleaños. Yo me empeñé. En cuanto bajé de hablar con Ruiz, me dijo que quería irse a casa con su señora. Un tipo serio.

—Pobre pero honrado, ¿no?

—Algo así.

Alonso tardó unos diez minutos en volver. Entró con una carpeta de dossier en la mano. Se la entregó a su compañero, que leyó su contenido mientras él hablaba.

—He hablado con Gloria Bolaños. Por cierto —añadió volviéndose hacia Monroy—, viene para acá. Y, por lo que dice, va a movilizar a todo el colegio de abogados. Una mujer de armas tomar, amigo Monroy.

Monroy asintió, encogiéndose de hombros.

—Pero no creo que haga falta ningún abogado —dijo Pérez, levantando la vista del dossier.

—No. No creo —añadió Alonso.

Monroy les consultó con la mirada. Pérez, levantándose, le tendió la mano.

—Lamentamos mucho las molestias, señor Monroy. Parece ser que todo está en orden.

—Sí, su declaración encaja —dijo Alonso, con un tono algo más amable—. Lo siento, usted comprenderá...

—Por supuesto —dijo Monroy aceptándole el apretón de manos mientras se levantaba.

En ese momento, se abrió la puerta y entró Déniz. El comisario Déniz. Con un sufrido traje azul marino de Hugo Boss, corbata gris y camisa de mil rayas, que no encajaba con su ralo pelo gris, siempre desordenado, su frente sudorosa y su barba de tres días. Entró en el cuarto de interrogatorios como un elefante en una cacharrería, dándole un abrazo a Monroy ante la mirada atónita de los dos agentes.

—Coño, Monroy —dijo Déniz—. Lamento todo esto, hombre. Me acabo de enterar. Entré de turno hace un rato —entonces, volviéndose hacia los agentes, les miró con severidad—. Nosotros, ya hablaremos. Podían haber consultado antes, supongo.

—Bueno, la cosa era bastante evidente, comisario —se defendió Alonso.

—Pues ya ven que no —repuso su jefe, señalando el dossier, aún en las manos de Pérez.

—Bueno, Déniz, da igual. No pasa nada —intercedió Monroy.

—Oye, Eladio, ¿cómo viniste? ¿Trajiste el coche?

—No. Me trajeron ellos.

—Bueno, pues te llevan ellos a casa, entonces.

—No. No hace falta, Déniz. Una amiga va a venir a buscarme.

—Pues entonces esperas en mi despacho, ¿vale? —Déniz se volvió nuevamente hacia sus subordinados—. Que nos avisen cuando llegue la amiga del señor Monroy.

Déniz le condujo del brazo fuera de la sala de interrogatorios. Los dos policías se quedaron allí, asombrados, mirándose entre sí.

—Hay que joderse con el puto viejo —dijo Pérez estrujando entre las manos la carpeta de dossier que contenía el resultado de la autopsia de Ruiz.

* * *

En las paredes del despacho de Déniz se alternaban los títulos, los diplomas, las condecoraciones y las fotografías con dos Paco Sánchez de pequeño formato que representaban harimaguadas. Monroy no conocía aquel despacho. Sí había estado en el que Déniz ocupaba años antes en la comisaría de Doctor Miguel Rosas. Pero desde que había sido trasladado a este distrito, había tenido el placer de no verse obligado a visitarlo. Junto al bufete del comisario, había un monitor de vídeo, cuya presencia acabó de convencerle de que Déniz no se había perdido ni una coma del interrogatorio y ahora estaba haciendo todo lo posible por quedar como un caballero para evitarse una demanda. De hecho, los cafés que pidió formaban parte de aquella comedia.

—Joder, Eladio —decía el comisario, alisándose inútilmente el cabello mientras con la otra sostenía un palmero recién encendido—. No sé cómo recompensarte. Me dijeron que iban a interrogar a un sospechoso. Y, cuando paso al lado de Alonso y le oigo nombrarte... Estaba hablando con tu amiga, por lo visto... Qué vergüenza, hombre... Pero, bueno, tú sabes que a veces pasan estas cosas.

—Ya. No te preocupes, Déniz —dijo Monroy, decidido a sacar ventaja de la nueva situación—. De todas formas, soy, de alguna manera un testigo, supongo.

—Hombre, yo no descarto que te llamen a declarar.

—Ningún problema, Déniz. Lo que haga falta. Pero, ¿cómo fue lo de ese tipo? ¿Quién puede haberlo hecho?

El comisario se encogió de hombros antes de contestar.

—Aquí, entre nosotros, por el momento no tengo ni puta idea. Debe haber sido un robo. Aunque, quien lo hizo, debía estar buscando algo más.

Monroy le preguntó con la mirada. Déniz miró a la puerta, en previsión simbólica de alguna posibilidad de intrusión. Después acercó su asiento a la mesa, para acortar la distancia y poder hablar a media voz.

—Al tal Ruiz se lo cargaron entre las cinco y media y las seis de la mañana. Lo ataron a la silla del despacho y le estuvieron dando hostias hasta reventarlo. Quienquiera que fuese, no estaba buscando sólo dinero. Por supuesto, le sacaron

a galletas la combinación de la caja fuerte. Y le vaciaron los cajones. Pero, también machacaron el ordenador. Lo destrozaron. Buscaban algo ahí. No sé. — Déniz se quedó con cara de oler a cuesco durante unos segundos y, después, como si se le hubiese ocurrido en ese mismo momento, dijo—: Oye, Monroy, tú estuviste manejando ese ordenador un par de horas antes. ¿Se te ocurre qué podían andar buscando?

—Ni puta idea, Déniz. La verdad es que ni puta idea. A mí, el tipo me estuvo enseñando un programa de vídeo, que no pixeliza o no sé qué narices. Tú sabes que yo, de informática, lo justo.

—No sé. Bueno, los de delitos informáticos están analizando el disco duro. Por lo que se pueda encontrar. Supongo que habrá un montón de pornografía. De basura, ¿no?

—Hombre, a mí lo que me enseñó fue un vídeo porno, la verdad.

—Tienes que tener cuidado de con quién te mezclas, Eladio. Deberías buscarte un trabajo serio.

Monroy se encogió de hombros.

—Ya estoy viejo para hacerme policía, Déniz. Total, hago chapucillas para completar la pensión.

—Sí, Eladio. Pero reconoce que tus chapucillas, no es que sean ilegales, pero —y meneó la mano extendida para acompañar sus palabras— por ahí se andan, ¿eh? Que por lo de las cámaras te coge Hacienda y te mete un paquete.

—Bueno, para ti la perra gorda. Pero, ¿qué puedo hacer? ¿Qué quieres? ¿Que me dedique a guardarles las espaldas a los ricachones, como el amigo Silva?

Déniz abrió mucho los ojos.

—Ah, ya te has enterado... Pues, mira, no es mal trabajo. Yo, hasta me lo he pensado.

—A ti no te interesa. Tú has llegado a comisario, hombre. Es distinto.

—La verdad es que me promocioné mejor. Pero fue a golpe de estudiar, Eladio. De estudiar y trabajar duro. Ya lo sabes. Que mientras Silva estaba de juerga contigo yo estaba quemándome las pestañas en la biblioteca de la Universidad a distancia. Eso no hay quién me lo quite.

—Vale, para ti otra perra gorda. Y el perrito piloto y la chochona. Pero ahora tienes una seguridad. La pensión te la tienes currada.

—Eso sí. Pero mi trabajito me ha costado... Oye, Eladio, en serio, cambiando de tercio: ¿seguro que no tenías nada más que ver con ese hombre?

—Palabra, Déniz. No lo había visto en mi vida.

—Sabes que si me cuentas algo, va a quedar entre nosotros. Necesito algún hilo del que tirar. ¿No viste nada raro? ¿Algún tipo extraño en el local, o algo así?

—No sé, Déniz. Cuando estuvimos allí, estaban el portero, las fulanas y tres o cuatro clientes, tomando copas. Ah, sí: y cuando yo subía a la oficina de Ruiz, un coreano se iba de una de las habitaciones. Pero no tenía pinta rara. El típico

marinero.

El comisario dio un bufido.

—Pues estamos in albis.

—¿Qué han logrado averiguar?

—Lo que te decía. La señora de la limpieza llamó al 112 a las ocho de la mañana. Lo estuvieron torturando. No hay más huellas que las tuyas, las del mismo Ruiz y las de una de las chicas, que le hacía trabajitos de becaria. De todas formas, eran varios. Tuvieron que ser varios. Porque el tipo era fuerte. Buscaban algo y no pudieron encontrarlo. Colaboró. Si no, no hubieran podido abrir la caja fuerte. Tuvo que colaborar. Pero no pudo darles lo que iban buscando. Entonces, se cabrearon y se les fue la mano.

—¿Y nadie vio nada?

—No. El local cierra a las cuatro y media. A las cinco salió la última camarera, una tal Charo. El portero la acompañó a su casa. Están liados, por lo visto.

—Vaya estómago que tiene el negro —comentó Monroy con gesto de asco.

—Pues sí, más bien —correspondió Déniz.

—¿Y forzaron la puerta?

—No. O los conocía o le inspiraban confianza. Debieron llamar afuera y el tipo les abrió y los hizo pasar a la oficina. Ya ves, todo muy raro. Yo creo que los conocía.

—Tal vez la Charo y el portero. Después de todo, trabajaban allí.

Monroy no creyó que las cosas fueran en esa dirección, pero decidió que el chismorreó de la Charo se merecía una pequeña venganza, aunque ésta sólo consistiese en tenerla allí un par de horas con Starsky y Hutch.

—No sé. El negro es un guineano sin papeles. No creo que se buscara el odio de esa manera. Demasiado evidente, ¿no?

En ese momento, sonó el intercomunicador de Déniz. Al parecer, Gloria, metamorfoseada en leona defensora de su cachorro, preguntaba por Monroy.

Cuando ya se despedían, a la puerta del despacho, Déniz le retuvo agarrándole suavemente el antebrazo.

—Eladio, si recuerdas algo, me lo dirás, ¿no?

—Supongo que sí.

—Hay que estar siempre del lado de los buenos.

—Personalmente, pienso que siempre hay que estar del lado de los filisteos.

—¿Qué quieres decir?

—Que todo ese asunto, me suena a algún problema de negocios. Así que tienes que enterarte de quién hacía negocios con ese tipo. A qué se dedicaba realmente. Cuestión de filisteos.

Déniz le miró sin comprender. Monroy decidió aclarárselo y, de paso, ilustrarle un poco; demasiado trabajo policial y demasiada poca literatura. Así

que, justo antes de salir del despacho dándole una palmadita en la espalda, le dijo:

—Si quieres triunfar contra Sansón, únete a los filisteos. Si quieres triunfar sobre Dalila, únete a los filisteos. Únete siempre a los filisteos.

Un hombre se consuela exactamente igual que una mujer

Gloria debía de haberse llevado el susto de su vida. Por eso, Monroy decidió que soportaría cualquier cosa con tal de que ella descargara y se relajase. Primero se dejó abrazar. Aguantó el llanto en su hombro durante un rato, ante las miradas de agentes, detenidos, denunciantes y abogados de oficio que entraban o salían de las dependencias. Luego, mientras bajaban las escalinatas que había ante la comisaría, soportó la bronca, los No sé cómo puedes meterte en estos líos, que desembocaron en un Me parece que me merezco alguna explicación, justo después de traspasar el umbral de la vivienda de Eladio.

Él se limitó a ir a la cocina y continuar, como si nada hubiese ocurrido, picando los puerros. Eran las cuatro de la tarde y tenía apetito. En algún momento, Gloria debió hartarse de esperar una respuesta. Entró, furiosa, en la cocina y le espetó:

—¿Es que no vas a decirme nada, Eladio?

Monroy dejó el cuchillo sobre la tabla y la miró con resignación.

—Oye, entiendo que te hayas llevado un susto. Pero la verdad es que no tengo mucho que explicar. Fue un malentendido. Resulta que anoche estuve de copas con un amigo. Estuve hablando con un tipo al que luego alguien le dio una paliza. Y, como la policía está dando palos de ciego, la tomaron conmigo.

—Sí, pero, ¿quién fue el que le dio la paliza a ese hombre? Y, ¿por qué?

—¿Por qué? Supongo que para robarle. ¿Quién? No tengo ni puta idea. Ni me interesa. Yo estaba arriba, follando contigo.

—A mí no me engañas, Eladio. Anoche te pasó algo antes de venir a mi casa. Eso lo tengo claro.

Se quedaron callados, mirando cada uno a una baldosa situada en un extremo opuesto del suelo de la cocina. Luego, la situación se relajó un poco y Monroy le tomó las manos a Gloria, atrayéndola hacia sí.

—Lo siento, reina, de verdad.

—Eladio, tienes que entenderlo, hombre. Anoche me apareces a las tantas, con cara de haber visto al fantasma de Carrero Blanco y callado como una puta. Por la mañana, te dejo durmiendo en mi casa y lo siguiente que sé de ti es que estás en comisaría. ¿Qué coño quieres que piense?

Monroy meditó unos instantes. Luego la llevó al salón y se sentaron, uno junto

al otro, en el sofá. Le contó toda la historia (o todo lo que sabía hasta ese momento de la historia), cuidándose mucho de aventurar suposiciones o de hacerla partícipe de sus sospechas, por lo demás aún no muy claras. Se limitó, pues, a contarle el encargo que se le había hecho y los detalles de su cumplimiento, incluyendo la especificación de lo que había solicitado como pago a sus servicios, porque, conociendo a Gloria como la conocía, sabía que el asunto de Paula la predispondría en su favor.

—Si te lo estoy contando —concluyó— es porque supongo que tienes derecho a saberlo. Pero tienes que darte cuenta de que eso no te da derecho a contarlo. Está claro, ¿no?

Gloria dijo que sí con la cabeza.

—Vale. Pero, ¿quién mató a ese hombre?

—Mira, Gloria, léeme los labios: Me da igual. No tiene nada que ver conmigo.

—¿Estás seguro?

—Seguro —mintió Monroy.

* * *

Silva se pellizó compulsivamente la punta de la nariz y miró por la ventana de la cocina. En el patio, sus nietas hacían de las suyas bajo la atenta mirada de su madre, que charlaba con Gloria compartiendo una cerveza y un plato de chuletas. En un extremo del patio, Lucas controlaba la barbacoa.

Maribel abrió el refrigerador y le preguntó a Monroy si le apetecía un whiskito.

—No, gracias, Maribel... Con la cerveza ya voy —respondió él, apoyándose en el quicio de la puerta y alzando la lata de cerveza.

—Pues yo me voy a llevar la botella de Frangelico para tomarme uno con las chiquillas —repuso ella sacando la botella de la nevera y mostrándola con una sonrisa que la hizo parecerse, Monroy no sabía bien por qué, a una versión dipsómana de la mujer de Papá Noel.

—Uff... Si sacas eso, ya te ganaste a Gloria —comentó.

—¡Ay, qué simpática es esa muchacha, Eladio! —dijo Maribel, aprovechando que él la había nombrado—. A ver si a ésta sí le das una oportunidad y sientas la cabeza de una vez.

Silva se volvió hacia ella con severidad.

—Coño, Maribel... Después te quejas de que no viene nunca.

—¿Qué? ¿Qué he dicho yo? —repuso ella, sabiendo perfectamente lo que había dicho.

—Oh, coño... ¿Cómo va a venir si enseguida empiezas a comerle el coco con que si sienta la cabeza y no sé qué pollas en vinagre?

—Vale, vale... ¡Jesús, que marido más educado tengo, mi niño...! —dijo ella mientras se dirigía hacia la puerta con la botella. Al pasar junto a Monroy le hizo un guiño burlón señalando a Silva.

Cuando se hubo asegurado de que Maribel estaba ya sentada entre Gloria y su hija, Silva le pidió a Eladio que le alcanzara una cerveza del frigorífico. Vacío su botella de cerveza sin alcohol y la volvió a llenar con el contenido de la lata. Después arrojó ésta al cubo de la basura, arrugó unas cuantas servilletas de papel y las depositó encima. Monroy observó toda esta operación rompiéndose el pecho de risa.

Silva volvió a contemplar cómo se desarrollaba la parrillada. Desde fuera llegaban los gritos de las niñas que chapoteaban en la piscina hinchable y las risas y murmullos de las tres mujeres, sentadas frente a ellas.

—El Lucas no se separa del fuego —comentó el anfitrión—. Bueno, por lo menos así se está callado. Sólo hay una cosa peor que un cuñado. Y eso es un yerno.

—O un suegro —apostilló Monroy, por joder, más que por otra cosa.

Silva le arrojó encima una mirada de sarcasmo.

—Sé que tampoco es que me pueda quejar. Lucas es un currante. Un tipo de fiar. A Raquel la trata como una reina. Y a las niñas no les falta de nada. Que el tipo tiene dos trabajos, ¿eh? Curra más de doce horas al día. Todo eso es verdad. Pero, Eladio... ¡fuerte coñazo de tío!

En ese momento, desde el radio cassette que había en el patio, comenzó a oírse a Los Panchos, cantando *Si tú me dices ven*.

—Bah, ya la jodimos.

—La Maribel se puso romántica ¿no? —preguntó Monroy, atisbando por encima del hombro de Silva.

—Te apuesto a que dentro de dos boleros viene para sacarme a bailar.

—Esta noche vas a tener que cumplir, viejo —se burló Monroy.

—La mezcla del Frangelico ese y Los Panchos es una bomba. —Silva se rió para sí y saboreó un trago de cerveza como si se tratara de Dom Perignon. Siempre sin dejar de mirar hacia el patio, le dijo:— Me diste una sorpresa cuando me llamaste ayer. Me alegré. Ya sabes que te había invitado a venir cuando quisieras. Pero me sorprendió.

—En realidad —dijo Monroy sentándose a la mesa de la cocina—, quería hablar contigo.

—Eso está claro —repuso Silva volviéndose hacia él.

Dejó caer el peso de su cuerpo sobre el borde de la encimera y se quedó así, apoyado por las caderas, con los brazos cruzados y la botella embustera en la mano. Por la expresión de su rostro, Monroy adivinó enseguida.

—Supongo que hablaste con Déniz —dijo.

Silva asintió con una mueca.

—Me llamó ayer según saliste de comisaría. Para preguntarme si sabía a qué te estabas dedicando.

—¿Y qué le dijiste?

—Que a lo de siempre. Pequeños trapicheos. Pero nada sucio.

—¿Qué sabes tú de todo eso, Silva?

—Menos que tú. Pero más que Déniz.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Quiere decir que yo soy perro viejo. No me jodas, Eladio. Te conozco desde que la Raquel se cagaba encima. No te veo vendiendo cámaras de video por la noche en una casa de putas. Tú estabas allí para otra cosa.

—Vale. Hasta ahí vamos bien.

—Fuiste a hacer algún negocio. Tú no te metes en drogas. Y mucho menos en puteríos. Por otro lado, el tal Paco Ruiz era conocido por sacarse extras con los trapos sucios del personal...

—¿Sabías eso?

—Lo sabe casi todo el mundo en ciertos ambientes. Casi todo el mundo, menos Déniz, por lo visto.

—¿Y se lo dijiste?

Esta pregunta activó algún tipo de resorte en Silva, que, por un instante, pareció a punto de estallar.

—Cada palo que aguante su vela, Monroy —dijo, procurando contener alguna clase especial de ira que rezumaban sus ojos—. No le voy a hacer yo los deberes al gilipollas estirado ese. Menudo lameculos. Ese, cuando estábamos juntos en la brigada, no sabía ni dónde tenía el huevo derecho si no se lo decía yo —hizo una pausa y bebió un trago de su cerveza sin alcohol con alcohol, lo cual tuvo el efecto de serenarle un poco—. Bueno, a lo que iba: tú fuiste a hacer un negocio. Por cuenta de alguien, claro. Todavía no ha nacido el guapo que te extorsione a ti.

—Sin contar con que no tengo dónde caerme muerto.

—Sin contar con que no tienes dónde caerte muerto.

—¿Y entonces, tu teoría es...?

—¿Mi teoría? Mi teoría es que algo salió mal en ese negocio.

—Error —le cortó Monroy—. El negocio salió de puta madre. Él me dio lo que tenía que darme, yo le di la pasta, le entregué la mercancía al cliente y me fui a mi casita.

—Pues algo tuvo que pasar, Eladio. ¿Tu cliente es de fiar?

Monroy pensó un momento.

—Supongo que sí. De todas formas, a mí me da que es una casualidad. Ese tipo le sacaba dinero a más gente, ¿no?

—Demasiada casualidad —le contradijo Silva—. Piensa, Monroy. Piensa. ¿Seguro que no falló nada? ¿Que no metiste la pata con nada? ¿Seguro que todo

fue bien?

—Yo me jugaría la polla a que sí.

—Pues ten cuidado, hermano. Perder la polla puede resultar más fácil de lo que parece.

* * *

Salieron de casa de Silva cerca de las nueve de la noche. Silva vivía en una de esas nuevas urbanizaciones surgidas alrededor de Tamaraceite a raíz de la nueva circunvalación y la zona comercial de Siete Palmas, otro de esos centros que Monroy se había prometido no pisar jamás. Se integraron en el plúmbeo retorno de los excursionistas que habían asesinado lentamente el domingo en el campo en las playas del Norte.

Él conducía en silencio. Gloria miraba por la ventanilla. A ratos, daba una cabezada, estorbada por curvas, frenazos y cambios de marcha. Cuando pasaban a la altura de Los Tarahales, de pronto se desmereció, encendió un cigarrillo e hizo la pregunta que todo hombre preocupado teme que le haga su pareja.

—¿Qué te pasa, mi amor?

—Nada. La cerveza me dio sueño.

—Son gente agradable. Maribel y su familia, quiero decir.

—Sí. Amigos de siempre. Ya sabes.

—Maribel me dijo que a partir de mañana se van a un apartamento que tienen en Maspalomas. Que podemos ir a pasar el domingo que viene.

—Se van todos los años.

—Podríamos ir.

—Ya veremos.

Gloria se mordisqueó el labio inferior, dio otra calada al cigarrillo y le preguntó a bocajarro qué era lo que opinaba Silva.

—¿Qué opina de qué?

—¿De qué va a ser, Eladio? De lo de ayer.

—¿Y por qué tenía que opinar algo?

—Porque para algo subimos, ¿no?

—Vaya... Ahora resulta que no podemos ir de parrillada a casa de un amigo porque sí...

—Como poder, podemos. Pero no es el caso: Tú subiste para pedirle consejo. O para ver si sabía algo... Este hombre era policía, ¿no me dijiste eso?

Para ese entonces, habían llegado al cruce del Castillo de Mata. Tuvieron que parar hasta que cambiara el semáforo. Aprovechó para mirarla de frente. No podía engañarla. Eso era lo que le sorprendía y le inquietaba de Gloria.

—De acuerdo. Fui para preguntarle qué pensaba él de todo eso.

—¿Y qué piensa?—preguntó Gloria, impaciente.

El semáforo cambió a verde y Monroy arrancó hacia la izquierda para tomar la desviación hacia la calle Tomás Morales.

—Piensa que algo debió salir mal en el negocio. Pero —se apresuró a añadir—, yo no creo eso. A mí me da que lo del tal Paco no tiene que ver con lo otro. Ese tío le sacaba pasta a mucha gente, por lo que se ve. Puede haber sido cualquier otro.

—¿Y se lo dijiste así mismo?

—Más o menos.

—¿Y qué te dijo él?

—Que le parecía demasiada casualidad.

Gloria meneó la cabeza adelante y atrás varias veces, frunciendo las comisuras de los labios. Evidentemente, compartía la opinión de Silva.

En ese momento, comenzó a sonar un remedo electrónico de una de las *Danzas húngaras* de Brahms. Gloria buscó el teléfono móvil dentro de su bolso. Miró en la pantalla y, como no reconoció el número, enarcó las cejas mientras descolgaba y preguntaba quién era.

—¿Loli? ¡Ay, niña, que no sabía quién...! ¡Qué...? ¡Qué me dices...? Pero, ¿él está bien...?

Monroy la miraba de reojo. Por su expresión, suponía que algo grave había pasado. Aunque, dada la habilidad de Gloria para alarmarse, nunca se sabía. En todo caso, buenas o malas, ella continuaba recibiendo las noticias, mirando a Monroy y a la carretera alternativamente con los ojos muy abiertos.

—¿Y llamaste a...? ¡Ah, él mismo...? Bueno, vamos para allá... Enseguidita llegamos, mi cielo...

En cuanto colgó y volvió a meter el móvil en el bolso, Gloria comenzó a dar gritos.

—¡Eladio, se han metido en tu casa a robar!

—Joder, otra vez...

—¡No, pero es que Matías...! ¡Corre, date prisa...!

—¿Qué le pasa a Matías? —inquirió Monroy, alarmado.

—Por lo visto, Matías salió, para ver si los asustaba y le han pegado.

—Joder! —dijo Monroy, acelerando todo lo posible.

* * *

Cuando llegaron, la ambulancia ya se marchaba. Vacía, al parecer. Pero un coche patrulla continuaba estacionado allí.

El descansillo era una fiesta de vecinos, que uno de los dos agentes intentaba, en vano, disolver. Cuando logró hacerse entender por el policía, Monroy llegó, con Gloria, hasta la puerta de su vivienda, que era un completo caos de muebles y enseres caídos por el suelo.

—Vaya mierda —se limitó a decir.

Gloria, a su lado, dejaba colgar su mandíbula.

—Pues esto no es nada. Espere a ver las habitaciones —dijo el segundo policía, que estaba en el umbral—. De todas formas, parece que no se han llevado ningún electrodoméstico: ni la tele, ni el vídeo, ni el devedé, ni el ordenador ni el aparato de música... ¿Tenía joyas o algo de valor?

Mientras Gloria se escabullía a casa de Matías, Monroy entró para hablar con el agente.

—No. No guardo cosas de valor.

El policía miró a su alrededor con desconcierto. El suelo estaba plagado de cosas. Cintas de vídeo, devedés, discos compactos... Todos fuera de sus estuches. Los sillones habían sido destripados y trozos de guata hacían de nieve en aquel Kosovo improvisado. El agente observó el rostro de Eladio, que miraba los despojos de su videoteca y su colección de discos tapizando el suelo del salón.

—La biblioteca también está por los suelos —dijo.

Monroy entró hasta el cuarto que le hacía las veces de despacho y biblioteca. Las estanterías estaban ahora vacías. Y no se hubiera podido entrar sin pisar, al menos, dos o tres libros.

—Hijos de puta...

El policía, que le había seguido hasta allí, estuvo de acuerdo.

—Es todo muy raro... Parece un caso de vandalismo. Pero, la puerta, la forzaron como profesionales. No se cargaron la cerradura. Luego, entran, pero no se llevan nada. Le destrozan la casa, pero no hacen nada de lo que suelen hacer.

—¿Y qué es lo que suelen hacer?

—Buff... De todo. Hacen pintadas, se mean en el pasillo... Podrían hasta haberle prendido fuego.

—O sea, que encima tuve suerte.

—Pues sí. La cosa es que su vecino les interrumpió.

Monroy se había olvidado de Matías. Se volvió para salir corriendo hacia su casa. El policía le retuvo.

—Está bien... Un par de puntos en la ceja... Por lo visto, el hombre escuchó follón y llamó al 112. Pero, después, en lo que llegábamos, no se le ocurrió otra cosa que salir al descansillo y ponerse a gritar. Los individuos salieron, le dieron un golpe y se fueron escaleras abajo.

—Ese viejo los tiene bien puestos.

—Y que lo diga —dijo el policía, riéndose—. Parece que le dio un bastonazo a uno en toda la cara. Bueno, oiga, los de la científica vienen para acá, para tomar las huellas. Eche un vistazo, si quiere, por si echa algo en falta, pero no toque nada. ¿Tiene algún sitio donde dormir esta noche?

Monroy no le escuchaba. Estaba en el dormitorio. Habían destrozado también

el colchón. Todo lo que guardaba en el armario y los cajones del tocador y la mesilla, estaba por el suelo. Los mismos cajones estaban más allá de la cama, amontonados en un rincón.

El agente volvió a situarse frente a él.

—¿No sospecha de nadie?

—¿Sospechar? ¿De quién?

—No sé... Algún enemigo... Una querida despechada con un par de hermanos echados pa'lante... No sé... ¿A qué se dedica usted?

—Soy pensionista de la marina mercante.

El agente permaneció impertérrito. Esperaba alguna palabra de Monroy que le sugiriese algo. Pero él no dijo nada. Continuó mirando en derredor.

—A mí me huele a eso, a que querían hacerle una jugarreta —insistió el policía.

Por toda respuesta, Monroy le miró de reojo.

—Me voy a ver a mi vecino.

En el salón de Matías, dos vecinas comentaban el suceso con Gloria, quien, al parecer, acababa de salir del dormitorio. Monroy ni siquiera les dirigió la palabra. La mirada de Gloria se cruzó con la suya señalando hacia la puerta de la alcoba, desde la cual llegaban voces. Él, siempre en silencio, entró y cerró tras de sí en los mismos hociocos de las comadres, las mismas que no habían salido en ayuda de Matías pero que ahora no estaban dispuestas a irse a casa de ninguna de las maneras.

En el dormitorio, Matías, enfundado en su batín de imitación seda, luchaba con toda su energía contra su hija, que le impedía levantarse de la cama.

—¡Que me dejes, coño! —gritaba— ¡Que del hijo de mi madre no se ríe nadie! « Abuelo, abuelo... » ¡Me cago en todos sus muertos!

—Venga, papá, por favor —le suplicaba Loli, intentando que se tranquilizase. Aprovechando que la entrada de Monroy había desorientado a Matías, ella realizó de repente un suave movimiento que tuvo el feliz resultado de dar con el anciano cuan largo era en la cama. Ni el propio Jackie Chan, pensó Monroy para dar cuenta de su habilidad al mismo tiempo que se sentaba al borde de la cama y la ayudaba a serenar al viejo.

—Tranquilo, Matías. Relájate un poco ya, hombre, que ya pasó el lío.

—No. El lío acaba de empezar. ¡Pues no me llama abuelo, el muy cabrón! — de repente orientó sus gritos hacia la ventana, aumentando su intensidad—. ¡De abuelo tuyo nada, cabrón! ¡Que en mi familia no hay hijos de puta!

Monroy interrogó a Loli con la mirada.

—Es que uno de los enfermeros, antes de irse, va y le dice: « Cuídese, abuelo » —explicó Loli—. Y tú ya sabes cómo se toma mi padre estas cosas.

Matías continuaba desgañitándose, pero desde la llegada de Monroy parecía haberse tranquilizado. Tenía ascendiente sobre el anciano y decidió sacarle

partido.

—Bueno, ya está, tigre. Que te vas a cargar a tu hija a disgustos. Tranquilízate un poco.

Matías dio un bufidito de resignación y se quedó tumbado. Loli aprovechó la tregua para levantarse.

—Eladio, voy un momento a tomarme una tila, que me la iba a preparar Gloria... No veas qué susto he pasado, mi niño... El descansillo lleno de sangre...

—No te preocupes, mi hija... —dijo, repentinamente tierno, Matías, tomándola de la mano, como si Loli, en lugar de cuarenta, tuviera cinco o seis años—. Si no es nada... Peores palizas me dieron a mí los grises...

Loli no soltó su mano, pero continuó hablándole a Monroy.

—Pachi viene para acá con los niños. Esta noche nos quedamos aquí.

—Pero si no hace falta, mujer —protestó Matías.

—¡Mira, papá: yo, esta noche, no te dejo solo! ¡Y punto!

Matías intentó decirle algo, pero Loli se fue, cerrando nuevamente la puerta tras de sí.

Monroy se le quedó mirando el cabello gris desordenado y la ceja abierta, con los puntos recién aplicados, cuyos contornos habían empezado ya a amoratarse.

—Muchas gracias, viejo —le dijo.

—Faltaba más, Eladio. Para eso estamos.

—Me dijeron que te portaste como un león.

—Le di a uno, Eladio. Le di —decía Matías, representando en el aire una coreografía de esgrima—. Le metí un bastonazo que casi le saco un ojo.

—Te tenías que haber quedado en casa, hombre. Con llamar a la policía ya hiciste bastante.

—Sí, pero es que no acababan de llegar. Sólo aparecen para joderte la vida. Cuando te hacen falta, nunca están. Y esa gente te estaba destrozando la casa. Si los llego a trincar bien... Pero el otro era rápido, cojones... Salió como de la nada... Y me metió con algo... Un puño americano de esos. Pero, como lo trinque, ya verás...

—¿Los pudiste ver?

Matías clavó la mirada en el armario. Luego hizo una mueca de impotencia, negando con la cabeza.

—Esa es la putada, hombre... Que me los pones delante y no los reconozco. Con los nervios...

Monroy comprendió.

—Primero los vi por la mirilla. Pero estaban de espaldas. Iban vestidos con chamarras de cuero.

—¿Con cazadoras?

—Sí. De ésas oscuras. Los cabrones te tenían vigilado.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque ni siquiera llamaron al timbre. Tampoco llamaron al telefonillo. Tú sabes que el telefonillo de tu casa se oye desde aquí... O sea, que los muy cabrones sabían que no estabas.

—Bueno, olvídale ya. Ya está. Y, oye, de verdad, muchas gracias, viejo. Pero, te voy a pedir un favor.

—Lo que haga falta, Eladio.

—Si vuelve a pasar alguna vez algo así, ni se te ocurra abrir la puerta. Que ahora tengo un cargo de conciencia de cojones. ¿Entendido?

—Me he ganado el periódico de hoy, ¿eh? —preguntó Matías con una risita carraspeante.

—Te has ganado el de todo el año. Con suplementos y coleccionable y todo.

* * *

—Vaya semanita que llevamos —dijo Monroy, sentado en el sofá de Gloria, un par de horas después, cuando ya se había acabado el jaleo de vecinos y policías y gestos de asombro y comentarios.

Se habían dado una ducha y, después de cenar unos bocadillos, se habían quedado allí, charlando, intentando asimilar lo ocurrido en las últimas horas.

—Por lo menos destrozar, lo que es destrozar, no han destrozado mucho.

—Hombre —repuso Gloria, intentando inútilmente limpiarse las gafas con la falda del albornoz—, un sofá y un colchón te vas a tener que comprar.

—Eso sí. Por suerte, me coge con perras.

Gloria encendió un cigarrillo e intentó llevar el agua a su molino.

—Pero ahora no me dirás que sigues pensando que todo esto es casualidad, ¿no?

Monroy se dijo que tenía que admitirlo. Demasiadas casualidades. Los que se habían cargado a Paco Ruiz iban buscando algo. Igual que los que habían entrado en su casa. No se le escapaba el hecho de todos los deudevés y los discos de audio fuera de sus fundas, tirados por el suelo. Y en su ordenador también habían andado hurgando.

Se levantó. Cogió su ropa, que estaba sobre el otro sillón, y comenzó a vestirse.

—¿Adónde vas? —preguntó Gloria.

—Voy a mi casa. Tengo que coger un par de cosas. Ordenaré un poco, también.

—Ya ordenarás mañana, Eladio. Vamos a acostarnos.

—No. No creo que pueda dormirme todavía.

Gloria se disgustó. Monroy, antes de irse, le dio un abrazo. Luego la dejaría con la promesa de volver en una hora. Dos como mucho. Pero, por ahora,

persistió en el abrazo, para aliviarla de tantos problemas en tan solo dos días. Y para aliviarse también él mismo. Estaba asustado. No sabía en qué podía parar todo aquello. Por eso, aquel abrazo no era sólo para consolar a Gloria. Un hombre se consuela exactamente igual que una mujer.

Guerra avisada no deja muertos

Entró en su casa sorteando el desaguisado. Fue a la cocina, que, al parecer, era el sitio más respetado por los intrusos, se sentó sobre el poyo y encendió un cigarrillo. El reloj de la cocina marcaba las once y cuarto.

Lo cierto es que no tenía que coger nada. Y tampoco quería poner orden en otro lugar que no fuera su mente. Necesitaba pensar en todo aquello porque, con toda seguridad, se había metido, sin tener la más mínima conciencia de ello, en un asunto que le venía grande. Muy grande.

Comenzó por los hechos evidentes: alguien muy peligroso estaba buscando algo. Y ese algo tenía la forma de un disco compacto. Era de suponer que ese disco que buscaban fuera otra copia del vídeo de García Medina con Ana Mari y Loreto.

Los tipos que se habían metido en su casa primero habían centrado su atención en su colección de devedés y en la de discos. Sólo después habían mirado en el ordenador. Más tarde, al no encontrar nada, habían buscado en la biblioteca (un disco digital puede ocultarse fácilmente entre las páginas o las tapas de un libro) y, finalmente, en cajones, armarios y fundas de muebles.

Evidentemente, nada encontraron porque él nada tenía. Si existía una octava copia, era el tal Paco Ruiz quien la tenía. Al tal Paco le habían sacado a hostias hasta la combinación de la caja fuerte. Y aquel hombre era un chulo y un chantajista, no un activista de la Resistencia Francesa, por lo que, en caso de haberlo tenido, les hubiera entregado el disco a la tercera o cuarta galleta.

No. Se estaba adelantando. No podía haber una octava copia del disco. Era una de las copias realizadas antes lo que estaban buscando. No obstante, de no haber sido entregadas el viernes todas las copias, él se hubiera enterado antes que nadie. Porque, después de todo, él era quien estaba llevando el asunto para García Medina y Ana María.

Él era, por así decirlo, su hombre de confianza en aquel tema. Su «tipo duro».

¿O acaso no? ¿Acaso realmente era otro, o, mejor dicho, eran otros los tipos duros de la familia Millonetis? En ese caso, a él se le habría utilizado como a los legionarios, como una especie de punta de lanza, de carne de cañón que se envía por delante por si algo sale mal.

Como un fognazo, invadió su mente una rápida sucesión de imágenes que hasta ese momento parecían carecer de importancia.

De ser cierta esa teoría de que había tipos más duros que él en el asunto, había otra aparente casualidad que resultaría no ser tal. El jueves, junto al Saab de García Medina había un Opel Kadett de color gris. Y un Opel Kadett gris había dejado la plaza libre ante la salida de emergencia de Cuarenta Grados. Justo después, por otro lado, de que él señalara en aquella misma dirección.

O ese modelo estaba tirado de precio o se trataba del mismo coche. Esto es, los tipos que estaban allí el viernes por la noche estaban ya el jueves en casa de Ana Mari y debían ser, además, los que le habían hecho el destrozo en su propia casa. Al menos, ya tenía algo: un coche. Le habían seguido. En todo momento había estado sometido a vigilancia.

Se daba, además, un nuevo hecho que se le venía a la mente en ese mismo instante y que sugería que esa vigilancia se llevaba a cabo por cuenta de García Medina. Y era el siguiente: él, Monroy, le había dicho que pensaba llevar a un amigo para acompañarle. No le describió físicamente, por la sencilla razón de que en ese momento no sabía a quién iba a llevar. ¿Cómo era, entonces, que García Medina le había preguntado más tarde por su amigo, *el forzado*?

Pero, se dijo por enésima vez antes de levantarse del poyo, él no tenía ninguna copia del disco.

* * *

El lunes amaneció como todos aquellos días: caluroso y plúmbeo. Gloria se fue a trabajar y Monroy se quedó desayunando. Después, bajó a comprar el periódico y lo hojeó, ante un café, en el bar Casablanca. Pasaba las páginas más rápidamente de lo habitual. Cumplía con el ritual porque se trataba de eso, de un ritual. Había algo en él, pese a su ateísmo, pese a su tendencia a lo laico que le hacía aferrarse a los pequeños rituales profanos como aquél.

Pero hoy tenía prisa por acabar y marcharse a casa. Se sentía nervioso e incómodo, allí, en el bar, cuando, sospechaba, en algún lado de aquella misma ciudad, unos tipos tramaban algo contra él.

—Buenos días por la mañana —escuchó gritar al Chapi, que entraba con su mugre y su sudor habituales—. Casi, un cortadito ahí, hombre —añadió, sentándose a la mesa en la que estaba Monroy.

Casimiro ni le miró. Dejó el mando a distancia a buen recaudo y empezó a manipular la cafetera.

—Bueno, ¿qué? —le dijo el Chapi a Monroy, que tampoco se había dignado a mirarlo.

Ahora alzó éste la vista desde el periódico y se le quedó mirando de forma inexpressiva.

—¿Qué de qué?—preguntó.

—Hombre, ya sabes —dijo el Chapi, comenzando a apagarse como un quinqué decorativo en plena crisis de la OPEP—. Lo de lo mío.

Con el fin de semana que había tenido, Monroy se había olvidado completamente de que tenía que arreglar cuentas con el Chapi.

Casimiro trajo el cortado del Chapi y le dijo que eran sesenta céntimos.

—Paga aquí, el amigo. ¿Y esa prisa por cobrar?

—Joder —respondió Casimiro—. ¿Tú sabes la cantidad de cortados de media mañana que me debes?

—Sí, pero vengo a comer todos los días el menú y te pago todos los viernes —se picó el Chapi, apoyando su uso del verbo «pagar» con unos golpecitos de nudillos sobre la superficie de la mesa.

—Sí. Los menús, sí. Pero los cortados, no.

—Joder, qué rata eres, tío. Con la pasta que uno se deja aquí.

—Las cosas como son, Chapi. Que yo estoy aquí para ganar perras. Que la amistad es una cosa y los negocios son otra.

—Está bien. Me los apuntas para la cuenta del viernes y te lo pago con los menús, joder —dijo el Chapi en voz alta para que Casimiro, que había vuelto a meterse en la barra en busca del mando a distancia, pudiera oírle. Después de una pausa, se lo pensó mejor y añadió—: ¡Rata!

—Caradura —respondió el tuerto sin molestarse en alzar la voz.

Monroy había vuelto a meter la cabeza en el periódico mientras se desarrollaba esta pequeña aclaración comercial. Ahora el Chapi estaba allí, expectante, esperando a que se efectuara la suya.

—Bueno, ¿entonces?

—Lo siento, tío. He tenido un fin de semana movidito. Luego voy al cajero y te llevo la pasta al taller.

—¿Movidito?—preguntó el Chapi, más tranquilo—. ¿Qué te pasó?

—Un poco de todo. Anoche se me metieron en casa.

—¿Otra vez? ¿Qué se te llevaron?

—Nada. Pero me hicieron el gran destrozo.

—Hijos de puta.

—Y lo peor es que Matías, el vecino, salió y le cascaron.

—¿Al viejito de al lado?

—Sí.

—Hijos de puta. Hijos de la gran puta. Yonquis de mierda... A todos estos, los cogía yo y...

—No, no eran yonquis, por lo visto —dijo Monroy.

—¿Los cogieron?

—No. Pero no eran yonquis. Según Matías, iban vestidos de puta madre.

—¿Y cómo está el viejito?

—Bien, dentro de lo que cabe. Le dieron tres puntos aquí —dijo Monroy señalándose la frente—. Podía haber sido peor. Pero jode, ¿no?

—Que si jode. Es una mierda, tío. Ya no se respeta nada. ¡Mariconas!

Monroy cerró el periódico, lo dobló y lo hizo a un lado.

—Hablando de otra cosa, ¿qué tal te va con Dudú?

—¿Con el negro? Bah, más o menos bien... —dijo el Chapi.

—¿Más o menos bien, cabrón? Te va de puta madre, que me lo han dicho.

El Chapi dedicó una mirada de desprecio a Casimiro, que les estaba escuchando pero se hacía el autista finlandés mientras zapeaba.

—Vale, vale... Tienes razón. Un tío cojonudo. Y trabaja como un negro —añadió, riéndose estúpidamente de su propio estúpido chiste.

Monroy se levantó.

—Bueno, voy a ir al cajero y te llevo la pasta al taller.

—Hombre, prisa no hay.

—Claro —dijo Monroy—. Pero mejor lo hago ahora, por si luego me lio. Además, así saludo a Dudú.

—Está bien —repuso el Chapi, levantándose a su vez. Pero, antes de irse, volvió sobre sus pasos y le preguntó—. Oye, Monroy, ¿te sabes el chiste de la viuda de Aznar en el entierro de George Bush?

—No —respondió Monroy.

—Yo tampoco. Pero empieza de puta madre, ¿no? —concluyó el Chapi cagándose de risa mientras salía del bar en dirección al taller.

Monroy meneó varias veces la cabeza. Luego salió, diciendo adiós a Casimiro con la mano. En la calle, se topó casi de bruces con Roque, que llevaba las cañas, una caja de aparejos y un cubo de plástico.

—Hombre, Monroy.

—¿Qué hay, Roquito? ¿A la pesca?

—Sí, tío. Me tomo un carajillo y me voy un ratito a la avenida, a echar un par de lances.

Roque iba a meterse en el bar, pero Monroy le retuvo.

—Roque, tengo que comentarte una cosa.

—Usted dirá, cristiano.

—No es para que te pongas paranoico, pero ten cuidado.

Roque frunció el ceño y le interrogó con la mirada.

—Vamos a ver —dijo Monroy buscando las palabras adecuadas—. Parece que alguien metió la gamba el viernes, después de todo. Y deben haber pensado que fui yo. Anoche se me metieron en casa.

—Joder, pues en bonita película me metiste, ¿no?

—No, hombre, no pasa nada. De ti, ni se van a acordar. Pero si te quedas con alguna movida extraña, dame un aviso.

—¿Una movida extraña, como cuál?

Monroy le recordó el Opel gris que había dejado la plaza libre el viernes por la noche y le dijo que si volvía a verlo, que le avisara.

—Parece que esos tipos nos estaban vigilando.

—Joder, joder... Sabía que no me tenía que haber metido en eso.

Monroy le agarró del brazo y se le acercó.

—Tranquilo, hombre, tranquilo. Te estoy avisando sólo por si las moscas. Para que estés al loro. No te va a pasar nada. ¿De acuerdo? Y, sobre todo, no le digas nada a nadie de todo esto.

No muy convencido, Roque asintió y se metió en el bar con cara de preocupación.

Monroy prosiguió camino en dirección al cajero automático. No creía que a Roque pudiera pasarle nada, pero pensó que tenía derecho a saber al menos algo de lo que estaba pasando. Guerra avisada no deja muertos.

Tan sencillo como una frase musical

Llamó a la puerta de Matías y fue Loli quien abrió.

—¿Cómo está? —preguntó Monroy, alargándole el periódico. Del interior, provenían ruidos de autos, insultos y tiros mezclados con música incidental.

Loli señaló hacia dentro con la sien.

—Ya ves tú. Le he traído un par de pelis del video club y ya está como si nada.

—Bueno, cuando termine de ver la peli, vengo a hacerle una visita —dijo Monroy, introduciendo la llave en la cerradura de su puerta.

—¿Quieres que te avise?

—No. Ésa ya la he visto. Le queda como media hora.

Comenzó por recoger la biblioteca. Eso le ocupó hasta mediodía, contando con la parada que hizo para ir a ver a Matías, cuya herida sí estaba ahora completamente hinchada, igual que su orgullo por su «heroica defensa de la ajena propiedad», como hubiera dicho un comentarista cursi.

Cuando volvió a casa, puso la tele para escuchar, que no ver, las noticias mientras hacía limpieza en el salón. Fue recogiendo, aquí y allá, los trozos de guata y metiéndolos en una bolsa de plástico.

—Como primera medida —decía alguien desde una rueda de prensa—, vamos a establecer un concurso entre diversas empresas del sector a fin de determinar cuál es la que ofrece el servicio más eficiente. De entre esas empresas, sólo una será la adjudicataria de la contrata.

A Monroy le resultó familiar aquella voz. Miró a la pantalla y vio el rostro del consejero a quien Ortiz había ido a visitar unos días antes. No pudo evitar una risita.

—En cualquier caso —continuó diciendo el consejero—, les aseguro que la elección se llevará a cabo con rigor, seriedad y equidad, teniendo en cuenta los criterios de rentabilidad y eficacia que deben presidir la gestión de los fondos públicos.

—Algo así me esperaba yo —dijo Monroy en voz alta mientras el reportaje acababa y el presentador del informativo territorial pasaba a hablar de las reacciones de la oposición y de los colectivos ecologistas a esas declaraciones. Las reacciones eran muchas y variadas, pero sus argumentos resultaban débiles

y poco convincentes en general.

Por lo que Monroy pudo entender, se trataba de intervención en litoral, o algo así. Y apostó consigo mismo una cerveza a que sabía qué empresa sería la « legítima adjudicataria de la contrata ». Como no pensaba esperar a beber hasta que se resolviera el concurso, fue al frigorífico y sacó una lata de Tropical.

Acababa de dar un trago y de dejarla sobre la mesa para seguir recogiendo, cuando llamaron a la puerta.

No era Loli. Gloria iba a almorzar con Manolo, su compañero de la librería. Y era pronto para que el hijo de Hanif llegara con las cámaras. Con sigilo, se acercó a la puerta y atisbo por la mirilla. Sólo podía ver dos cabezas, que esperaban, pegadas a la puerta. Demasiado pegadas para distinguir ningún rasgo.

Volvieron a tocar el timbre. Luego, impacientes, golpearon con los nudillos.

—¿Monroy? —dijo el propietario de una de las cabezas—. Monroy, sabemos que está ahí. Oímos la tele.

Monroy notó que su corazón se aceleraba. Buscó con la mirada algo que le pudiera servir para defenderse. Pero no había nada a mano. Tendría que ir a la cocina.

—Eladio —dijo otra voz—. Le habla Pérez. Abra de una vez, hombre.

Monroy dejó escapar un suspiro y abrió.

Los dos policías entraron en cuanto él les saludó.

—¿Por qué no abría, Eladio? —preguntó Alonso.

—Estaba cagando —dijo Monroy, bajando el volumen del televisor.

Starsky y Hutch se habían parado en medio del salón y miraban en derredor, contemplando el paisaje después de la batalla.

—Cómo le han dejado la chabola, ¿eh?

—No vendrán por esto, supongo.

—Pues sí y no —dijo Pérez.

—La cosa es que parece que hay algo que no nos ha contado —añadió su compañero que, al parecer, hacía nuevamente de poli malo.

—Ahí se equivoca usted, como casi siempre. Les conté todo lo que sabía —le dijo Monroy a Alonso, dando otro trago a la lata—. ¿Les apetece una cerveza?

Ambos negaron con la cabeza.

—Algo debe haber —insistió Alonso, haciendo un amplio gesto de la mano que abarcó todo el salón—. Si no, ¿a qué iba a venir todo esto?

—Miren, ya está bien de regodeo. Es la tercera vez en lo que va de año que se me meten a robar. Al vecino del primero se le han metido cinco o seis veces. No sé si lo habrán notado, pero es muy frecuente. Será porque ustedes se están comiendo el bocadillo cuando deberían estar de ronda.

—Oiga, Eladio —comenzó a decir Alonso.

—¡No! Oiga usted: si vienen a decirme que tienen algo sobre los tipos que se me metieron aquí cuando todavía era de día, me destrozaron la casa y le dieron

leña a mi vecino, me parece de cojones. Si vienen a decirme que saben quién se cargó a Paco Ruiz (lo cual, dicho sea de paso, me importa tres pepinos), bienvenidos sean. Pero, si no, háganme el favor de decirle a Déniz que me deje tranquilo. Que no tengo ni puta idea de lo que pasó el viernes en ese puticlub después de haberme ido yo. ¿Estamos?

Alonso inició un ademán de protesta, pero su compañero le atajó.

—Está bien —dijo éste—. Le voy a decir lo que me parece. No sospechamos de usted. Por lo que dice el comisario no parece un asesino, ni un ladrón. El comisario está preocupado por otra cosa.

—A ver.

—A ver cómo se lo explico: a mí me da en la nariz que los que le hicieron la visita ayer por la tarde son los mismos que fueron la otra noche a Cuarenta Grados. Y no me diga que no se la ha pasado también a usted por la cabeza. —Pérez hizo una pausa, quizá algo teatral, pero eficaz—. Eso quiere decir que usted tiene lo que esos tíos están buscando.

—¿Por qué piensa eso?

—Porque, según la declaración de su vecino, esos dos no eran, precisamente, un par de yonquis. Y porque, amigo mío, usted declaró que no le habían robado nada. Por lo tanto, andaban buscando algo. Conclusión: tuvo ayer una potra de cojones por no estar en casa. Pero puede que la próxima vez no tenga la misma suerte y que acabe como el difunto Francisco Ruiz. Eso es lo que pensamos nosotros. Y lo mismo opina el comisario.

Monroy se quedó callado. Al parecer, los muchachos de Déniz habían hecho los deberes.

—Así que —continuó Pérez— a mí me parece que es mejor que nos cuente de qué va el asunto.

—No sé qué coño le voy a contar. Todo pasó como les dije en comisaría. Si hay algo, está en mi declaración.

En ese momento, Alonso tomó la palabra.

—Eladio, lo de las cámaras no cuele. Usted le hizo una jugarreta a alguien.

—¿Qué jugarreta? Pero ¿de qué me está hablando? Yo no me meto con nadie. Ni tengo nada de nadie.

Alonso miró a su compañero.

—Mira, tío, yo lo doy por imposible —dijo—. Que le metan cuatro puñaladas, si así está más a gusto. Yo paso.

Dicho esto, se dirigió a la puerta y la abrió. Monroy dio un trago largo a su cerveza y eructó sonoramente. El otro se quedó parado en el vano, mirándole con desprecio.

Pérez, por su parte, se acercó a su compañero sin dejar de mirar a Monroy.

—Usted sabrá, amigo —comentó—. Ya verá lo que hace. Seguro que nos llama cuando la cosa se ponga cruda. Lo único es que no sé si entonces podremos

llegar a tiempo de que no le corten el pescuezo.

—Buenas tardes —le oyeron decir a Monroy antes de cerrar la puerta.

Monroy continuó mirando la puerta cerrada durante unos segundos. Tenían razón. Eso estaba claro. Paco no les había dado lo que querían y ahora irían a por él. Algo frío le subió por la espalda hasta la nuca y le hizo estremecerse. Todo aquello era absurdo. Pero el absurdo es condición esencial de la existencia. Eso lo había aprendido a los veintidós años, leyendo a Camus en el camarote de un carguero que se dirigía a Venezuela. Por eso, nada más desembarcar en Isla Margarita, lo primero que hizo fue buscar un buen tatuador y grabarse en el brazo aquella letra K. Para no olvidar que era inútil buscar un sentido.

Ahora, dando un respingo, se miró el tatuaje.

—Vaya mierda —dijo, para resumir la situación.

Quince minutos después, sonó el teléfono. Como era de esperar, se trataba de Déniz. Acababa de hablar con Starsky y Hutch.

—Me tienes muy preocupado, tío —le espetó el comisario.

—No tienes nada de lo que preocuparte. Lo de ayer, no creo que tenga nada que ver con lo de Paco Ruiz.

—Yo creo que sí. Es más, creo que tú piensas como yo. Pero tienes miedo o algo así.

—No, Pepe, de verdad. No tiene nada que ver. Y yo no sé nada más que lo que ya les dije en comisaría.

—Eladio, no seas cabezón. Tienes que cubrirte las espaldas. Van a ir a por ti. Y, si no me ayudas, yo no puedo protegerte.

—¿Protegerme? ¿De qué me vas a proteger?

Déniz hizo una pausa, buscando algún insulto adecuado. Al parecer, no lo encontró.

—Mira, tú verás, querido. Yo no puedo hacer nada más. ¿Sabes qué te digo? Que cada uno, con su garbo, que se lo monte como pueda —dijo, finalmente, justo antes de colgar.

Monroy hizo lo propio. Luego se alejó un paso del teléfono y, plegando índice y pulgar, se los llevó a los labios para efectuar el inequívoco gesto de una pedorreta.

Le iba llegando el momento de echar un párrafo con el amigo García Medina. Para que aclarara las cosas. O para aclarárselas a él. Pero decidió esperar. Esperaría a que el otro diera un primer paso.

* * *

El hijo de Hanif le trajo las cámaras a media tarde. El joven dejó volar sus ojos hindúes por el salón al ver el desorden, pero no dijo nada sobre ello.

—No creas que esto siempre está así —dijo Monroy—. Ayer entraron a

robar.

—Ah —suspiró el muchacho—. Hay mucho chorizo aquí.

—No. Aquí lo que hay es mucho desorden. Chorizos hay en todos lados.

Cuando el hijo de Hanif se hubo marchado, continuó recogiendo. Si se esforzaba un poco, aquello volvería a parecer una vivienda en uno o dos días.

Al día siguiente iría a la tienda de muebles de Saulo a encargarle un colchón y elegir algún sofá. Tal vez lo del colchón pudiera hacerlo a golpe de teléfono. El anterior se lo había comprado también a Saulo. Con llamarle y pedirle que le mandara uno igual, habría suficiente. Porque hasta que no lo tuviera, tendría que seguir durmiendo en casa de Gloria. Eso estaba claro. Y sospechaba que ella empezaba a tomarle gusto a la situación.

Pero, justamente cuando buscaba el número de Saulo en su agenda, volvió a sonar el teléfono. Miró la pantalla del teléfono para ver si reconocía el número. Llamaban desde un número oculto, pues en la pantalla sólo podía leerse «Llamada». Dudó si contestar o no. Después, casi con resignación, descolgó.

—Diga.

La voz que le habló a continuación le llegaba con ruido de tráfico, sorda y lejana. Era la voz de un hombre. Eso era lo único distinguible a través del dispositivo que la distorsionaba.

—Devuelve lo que no es tuyo antes de que sea tarde, Monroy.

—No tengo nada que no sea mío.

—Sí lo tienes. Y, si no lo devuelves, lo vas a pasar muy mal.

—¿Sí? —dijo con petulancia el hombre de barrio que había en Monroy—. ¿Y, si no, qué? ¿Qué me vas a hacer? ¿Me vas a despeinar?

—¿Quieres que te demuestre lo que puedo hacer?

—No estaría mal. Ven y me lo demuestras —dijo Monroy, a quien una especie de instinto le dictó jugar apostando alto—. Da la cara. Y, por cierto, si quieres acordarte de cómo la tienes ahora, será mejor que antes de darla te saques una foto. Porque luego no te va a reconocer ni tu puta madre, payaso.

Por el ruido que hizo su anónimo interlocutor, Monroy entendió que aquél chasqueaba la lengua un par de veces.

—Me parece que sí voy a tener que demostrártelo. Hasta pronto, imbécil.

La comunicación se interrumpió en este punto y, para empezar, Monroy se cagó en los muertos de su comunicante. Luego le hizo al teléfono otra nueva pedorreta.

¿A qué venía tanto misterio? Sólo podía haber un motivo que, a su vez, garantizaba un hecho: acababa de hablar con uno de los autores materiales de la muerte de Paco Ruiz.

También ahora quedaba claro que buscaban lo que Ruiz no había podido darles; y que estaban seguros de que era Monroy quien lo tenía. Habían hecho uso de la disyunción excluyente. O el proverbial «si no es Juana es la hermana»,

en el que, por supuesto, Monroy hacía de hermana.

En cuanto a su propia seguridad, se preguntó hasta dónde llegarían. Evidentemente, hasta donde fuera. Habían torturado a un hombre hasta matarlo. Por lo tanto, habían transgredido ya todos los límites imaginables. Se le ocurrió que primeramente debía evitar que se le viese con Gloria. Ya inventaría alguna excusa.

Llamar a la policía quedaba descartado. Aquellos inútiles no eran capaces de proteger a nadie. Su única habilidad, en opinión de Monroy, era la de complicarlo todo.

Sin darse cuenta, se había puesto a pasear arriba y abajo por el salón mientras pensaba en todo esto.

Había apostado fuerte con el matón. Aún no conocía el resultado de la partida. Pero la apuesta estaba hecha.

Hasta ese momento, había esperado una simple llamada de García Medina proponiéndole retomar negociaciones. Sin embargo, el hombrecillo parecía haber dejado el asunto en las manos de otros. O en las zarpas de otros, para ser más exactos.

De pronto se le ocurrió otra posibilidad: ¿Y si el error era de bulto y lo que buscaban aquellos tipos no tenía nada que ver con el famoso cineduro 0016? ¿Y si lo que buscaban era el motivo de chantaje a otro individuo que había contratado para solucionar el asunto a otros tipos menos escrupulosos y bastante más torpes que él?

No. No era probable, se respondió al recordar el coche aparcado el jueves junto al Saab de García Medina.

Aun así, quiso comprobarlo. Marcó el número de la familia Millonetis, el mismo que había marcado el viernes por la noche para comunicarles el resultado de la gestión. Le respondió el propio García Medina.

—Tenemos que hablar —dijo Monroy.

—Usted y yo no tenemos nada de qué hablar —dijo el hombrecillo en cuanto reconoció su voz—. He puesto este asunto en manos de intermediarios que tienen toda mi confianza. Lo único que voy a decirle es que le conviene ponerse de acuerdo con ellos. Buenas tardes.

Y colgó. Esta vez, Monroy no hizo pedorreta alguna. Era la tercera vez que le colgaban el teléfono esa tarde (aún no habían dado las seis) y comenzaba a estar hasta las ingles.

Por eso, cuando un par de horas después, con el día ya feneciendo en un infierno ocre que se colaba por la ventana, volvió a sonar, comprobó de quién se trataba antes de descolgar. Y era el Chapi, lo cual le extrañó, porque el Chapi rara vez le telefoneaba. Él solía dejarle recado en el Casablanca o se pasaba directamente a visitarle.

—¿Qué hay, Chapi? —preguntó al descolgar.

—Eladio —dijo el Chapi con tono serio—. Te llamo para darte una mala noticia, tío.

* * *

En el tanatorio estaban ya casi todos los asiduos del Casablanca. Casimiro había dicho que iría en cuanto cerrara el bar. Monroy, el Chapi y Dudú se quedaron fuera. Total, aún no había cadáver que velar. Hasta que no le hicieran la autopsia, no instalarían la capilla. Un par de horas, calculó un primo lejano del finado, que parecía tener influencias y era quien había movido hilos para acelerar ese trámite.

Sobre las once comenzaron a llegar parientes más o menos lejanos, vecinos y compañeros de la luchada. Los otros del Casablanca, como Juan, el del pescado, Ramón, el feo y Juancito, habían hecho corro al otro lado de la entrada y fumaban haciendo comentarios a media voz. En breve comenzarían a hacer lo que todo el mundo acaba haciendo en los velatorios: contar chistes que ayuden a olvidar la extrañeza y la perplejidad ante la ineludible presencia de la muerte.

Ellos se mantenían al otro lado. El senegalés, apoyado en la pared, se hallaba ensimismado y parecía preguntarse a sí mismo qué hacía allí. Había ido, supuso Monroy, por mera solidaridad, porque estaba con el Chapi cuando éste se enteró y había decidido acompañarle.

En cuanto al mismo Monroy, se limitaba a mirarse los zapatos escuchando las explicaciones del Chapi, según las cuales, había sido sobre las seis de la tarde. Al parecer, Roque había estado pescando y volvía hacia casa, desde la avenida. Al cruzar, un cabrón le echó el coche encima y lo levantó por los aires. Parece que ni siquiera se había parado para ver si estaba vivo o muerto. Seguro que iba borracho, el hijo de puta. La ambulancia había tardado en llegar. Ingresó cadáver, claro. Se rompió la cabeza contra el suelo al caer. Nadie había cogido la matrícula. Todo había ocurrido muy rápido. Un coche azul. O gris.

Al escuchar esto último, Monroy enarcó las cejas.

—¿Qué? —le preguntó el Chapi.

—Nada, ¿por qué?

—No, es que persiste una cara, tío, que pensé que...

—No. Nada. Es que me parece alucinante, Chapi —disimuló Monroy, sin por eso mentir—. Lo vi hoy mismo, justo después de hablar contigo. Me parece acojonante que esté ahora mismo ahí, en la sala de autopsias.

Pensó que el velatorio le serviría como excusa para darle esquinazo a Gloria al menos por esa noche. Cuando fuera a casa, se prepararía un lecho en el suelo con un par de mantas. O, si no, se iría a una pensión. Cualquier cosa antes de permitirle estar cerca de él. Porque, últimamente, la gente que estaba cerca de él había adquirido la mala costumbre de morirse.

Roque no era un amigo íntimo. Pero le dolía profundamente su muerte. Sentía como si tuviese la boca llena de arena o de cristales molidos. Algo le oprimía las sienas y fuerte, muy fuertemente, notaba cómo una garra invisible le atenazaba la garganta.

Ya no pudo decirse que todo era casualidad, como había sostenido hasta el domingo por la noche. El matón que le había llamado, le había dicho que le iba a demostrar de lo que eran capaces y tan solo media hora más tarde alguien se había llevado por delante a Roque, que era quien le había acompañado a Cuarenta Grados. Ahora tuvo una certeza más: con Paco Ruiz no se les había ido la mano. No. Habían acabado con él con toda la frialdad del mundo. Podían matar fríamente; lo habían demostrado, y una rabia infinita vino ahora a añadirse a su miedo y a su sentimiento de culpabilidad.

El entierro sería al día siguiente, a las cinco de la tarde. En cuanto pudo, Monroy se excusó y dijo que se iba. Casimiro, que había llegado un rato antes, iba a quedarse un poco más. El Chapi y Dudú también dejaron el velatorio y se metieron en el coche del primero, aparcado justo delante del mortuario.

Camino de su Fiat, estacionado calle arriba, Monroy se preguntó qué sería más fuerte en su ánimo cuando llegara la hora de actuar, cuando, por ejemplo, dentro de un rato, volviese a recibir una llamada del matón cobarde que había asesinado a Roque sólo para hacer exhibición de su poder. En ese momento, ¿qué sería más fuerte? ¿Su rabia o su miedo?

En el instante en que ponía el motor en marcha se sintió absolutamente incapaz de responder a esa pregunta.

* * *

El teléfono había registrado varias llamadas desde el número oculto. Pero su matón no había dejado ningún recado en el contestador.

Paseando arriba y abajo por toda la casa, fumando un cigarrillo tras otro, esperó la nueva llamada, con cada vez mayor ansiedad. Sobre las dos, cuando ya una burbuja de nicotina le aislaba del mundo exterior, el teléfono volvió a sonar. Esta vez se oía sólo la voz distorsionada. Volvía a llamar desde la calle, pero ya no se escuchaba ningún ruido de autos.

—Pensaba que no ibas a llegar nunca, Monroy.

—Pues aquí estoy —dijo él.

—¿Ya sabes lo de tu colega? ¿Ya te ha quedado claro lo que estabas dudando esta tarde?

—Eso no hacía falta.

—Sí la hacía. No me dejaste otra opción. Si no hubieras sido tan cabezota, ahora tu amigo estaría haciendo la digestión del pescado.

—Hijo de puta.

—Sí, vale. Lo que quieras. Pero vamos a dejarnos de gilipolladas. ¿O hay que hacerte otra demostración? —preguntó el otro, soltando una carcajada.

La rabia y el miedo luchaban en el interior de Monroy. Los sentía dando envites dentro de su vientre, en medio del combate definitivo que se había entablado entre ellos desde el instante en que descolgó el auricular. Ahora, cuando su interlocutor mostró su última prueba de cinismo al hacer aquella última pregunta y reírse, el combate cesó de repente y Monroy supo que había un vencedor.

—Bien, ¿qué dices? —insistió el otro, ahogando su risa, ante el mutismo de Monroy—. ¿Llegamos a un acuerdo o no?

Monroy pensó un segundo más cuál sería la forma adecuada para expresar su decisión. Después, dejó de buscarla y el asco y el rencor ascendieron lentamente desde sus tripas, se instalaron en su boca y se materializaron en dos simples palabras, pronunciadas a media voz pero con una solidez marmórea.

—Estás muerto —dijo Monroy.

—¿Qué? —dijo el otro, con una superioridad titubeante—. ¿Te atreves a amenazarme?

—No es una amenaza —respondió Monroy con una seguridad que venía desde mucho más allá de sí mismo—. Aquí, el que amenaza, eres tú. Yo estoy describiendo un hecho objetivo.

—¿Cómo?

—Que tú estás muerto. No hay nadie al otro lado del teléfono. Estoy hablando con un muerto.

El otro dudó un instante. Y ése fue, precisamente, el instante en que Monroy colgó.

Solucionaría todo aquello. Sabía que lo haría. Y llegaría hasta aquel malnacido. Y, después, sin que nada ni nadie pudiera evitarlo, acabaría con él. Se lo juró a sí mismo. Ya sin ira. Sin deseo de venganza. Simple, irracionalmente, le sentenció a muerte.

El desconocido volvió a llamar varias veces en los minutos siguientes. Pero Monroy no descolgó.

Había logrado desconcertarle. Si seguía así, lograría ponerlo nervioso. Acabaría dando un paso en falso y acercándose. Y, una vez descubierto, nada podría salvarle.

Pero, antes que nada, tenía que solucionar todo aquello. Arreglar el malentendido desde el que surgía. Si quería acabar con aquel tipo, primero tenía que hacer que nadie se preocupara por su suerte. Y eso sólo ocurriría si solucionaba el asunto.

Debía volver a empezar por el principio. Y, el principio, era el disco. El disco que él no tenía. Y eso, se dijo, era tan sencillo como una frase musical.

Lo que no nos mata nos hace más fuertes

¿O sí la tenía? ¿Y si, por los lazos del demonio, era verdad que él tenía una copia?, se preguntó.

De pronto, una débil luz comenzó a prender en su mente. Pero no pensaba esperar allí parado a que brillase con toda intensidad. Bajó a la calle y fue a su coche. Una vez en el interior ni siquiera se planteó ponerlo en marcha. Se quedó sentado allí, intentando recordar. Echó un vistazo en el suelo y bajo los asientos. Entonces, sus ojos se clavaron en la guantera. La abrió y empezó a sacar cosas. Cintas de cassette, la documentación del coche, folletos, una agenda... Al fondo, allá donde no parecía quedar nada, palpó la superficie fría y circular de un disco compacto. Lo sacó y reconoció uno de aquellos discos que Paco Ruiz le había entregado el viernes y que, con el movimiento del auto, se habían salido del sobre por el camino. Con la mano libre, dio un puñetazo en el salpicadero.

Volvió a meter todo lo demás en la guantera, salió del coche y lo cerró. En el ascensor, mientras subía a casa, volvió a decirse que la vida era muy cabrona.

Dos hombres habían muerto por aquel disco que tenía en la mano. Y a Matías le habían tenido que dar tres puntos en una ceja. Después de todo, Paco Ruiz vivía de jugar con fuego. Y él mismo se había metido en todo aquello para sacar tajada. Pero Roque era un buen tipo que sólo le había acompañado para ganar un dinero que le hacía bastante falta, así como Matías era un pobre viejo que no se metía con nadie. Y esas cosas, a él, le hacían hervir la sangre.

Nuevamente en casa, dejó el disco sobre la mesa de la entrada y se preguntó qué debía hacer. Tener aquel disco era peligroso. Lo mejor sería llamar a García Medina y dar marcha atrás en todo el asunto, si aún era posible.

Cogió el teléfono pero no llegó a marcar. De repente, se quedó parado, mirando el disco ante él. Y colgó.

¿De verdad valía la pena contratar a unos matones por aquello? ¿Mancharse las manos hasta ese punto? ¿Valía la imagen pública de García Medina lo que la vida de una persona? Después de todo, no era el primer millonitis de este país de quien alguien poseía un vídeo haciendo cochinas con putas. De hecho, le había ocurrido a gente aun más poderosa. Y no había pasado absolutamente nada.

Al final, aquellas filmaciones nunca eran emitidas públicamente. El tiempo acababa convirtiéndolas en poco más que rumores, en leyendas urbanas con las

que se bromea en el bar.

No le iba a quedar otro remedio. Trajo una silla de su despacho y la situó junto a lo que quedaba del sofá. Encendió el televisor e introdujo el disco en el reproductor de devedé. Cuando la grabación se cargó, vio de nuevo el dormitorio de la casa de San José del Álamo en cualquier noche de sábado de hacía unos meses. Volvió a ver la entrada de Loreto con Ana María y con Ernesto. Volvió a ver cómo se besaban. Cómo Loreto besaba a uno y a otro, hasta que al final los tres reunían sus rostros en una especie de marioneta nepalí inversa, una cabeza con tres nuca, mientras las seis manos de aquel monstruo lúbrico se revolvían en el abrazo y las ropas iban cayendo al suelo. Poco después, quedaban los tres tirados en la cama y empezaban a hacer todo lo imaginable: Loreto practicándole una felación al hombrecillo mientras Ana María la masturbaba. Loreto lamiendo el sexo de Ana María al tiempo que Ernesto la montaba desde atrás. Ana María, sodomizada por Ernesto mientras lamía el sexo de Loreto.

Hasta ahí era todo lo que se podía esperar. Lo lógico. Incluso aburrido, dadas las circunstancias. Nada nuevo para Monroy, que, al fin y al cabo, había estado muchos años acostándose con Ana María y sabía lo que le gustaba. Con la diferencia de que, en su época, sólo lo hacían con gente que lo hacía, a su vez, por amor al arte. Por eso Monroy visionaba el clip casi con forense indiferencia, si dejaba aparte la repulsión que le producía la juventud de Loreto y el hecho de que fuese una esclava sexual por horas. Pero, de pronto, en uno de los cambios de postura, mientras Ernesto montaba a la prostituta a la antigua usanza, sin que ésta se percatara, Ana Mari sacó un maletín de debajo de la cama y lo abrió. En un primer momento, Monroy pensó que sacaría un consolador, unas bolas chinas, una fusta relativamente inofensiva. Pero no. Fue algo distinto: dos juegos de esposas, con los que, sin que a Loreto le diese tiempo a nada, la esposaron a los barrotes de la cama. Aquello no debía estar pactado, porque Loreto se asustó y empezó a quejarse, diciéndoles que eso no, que eso no, que pararan.

Eso fue lo que hizo Monroy. Paró la reproducción. Dejó la pausa en la imagen en que el hombrecillo se levantaba de la cama, mientras Loreto forcejeaba, aterrada y Ana María metía la mano en el maletín para sacar algo más. Fue entonces cuando recordó las palabras de Paco Ruiz. Y cuando lamentó no haber visto el vídeo completo antes de hacer la entrega.

Palabras e imágenes se agolpaban en su mente. García Medina preguntándole por teléfono si había visto el vídeo. Paco Ruiz diciendo que quería quitarse de encima todo aquello. Silva diciéndole que pensara, que pensara, porque algo debía haber salido mal. García Medina en albornoz ante su piscina, con los discos en el bolsillo, sonriéndole y dándole las gracias. Todo se mezcló en un tiovivo vertiginoso con tintes de pesadilla durante el minuto que pasó mirando aquella imagen congelada.

Tengo que terminar de verlo, se dijo. Intentó prepararse mentalmente. Sabía que iba a ver cualquier cosa. Se lo dijo a sí mismo en voz alta y pulsó nuevamente el botón de reproducción.

La habían torturado hasta matarla. Era la única manera de describirlo. Le habían hecho pequeños cortes con una hojilla de afeitar en las plantas de los pies, en los muslos, en los brazos, en los pechos, en el sexo. Habían reído a cada grito de dolor de Loreto. Habían lamido la sangre de sus heridas, mientras se masturbaban mutuamente. Habían fornicado sobre ella, golpeándola y mordiéndola entre envite y envite. La habían obligado a comerles alternativamente el sexo, a la vez que el otro la pellizcaba, la mordía y le practicaba nuevos cortes, sin dejar de masturbarse. Y, después, en el colmo de las humillaciones, aquellas dos bestias inmundas se habían orinado sobre ella. Sí, se le habían meado en la cara mientras la pobre chica lloraba y suplicaba en la lengua de su infancia. Y el sudor, el orín, el semen y la sangre se habían mezclado entre aquellas sábanas de raso, convertidas en una pocilga donde se celebraba la gran orgía de la iniquidad. Después, jugaron a estrangularla. Por turnos, paciente y cruelmente, jugaron a apretar su cuello entre sus manos, hasta llegar justo al punto que existe antes del desmayo. Luego la reanimaban y volvían a empezar. Continuaron haciéndolo una y otra vez. Hasta que una nueva mancha de orín surgió de entre las piernas de Loreto. La chica se había meado de miedo. Eso fue lo que pensaron al principio. Pero no. Monroy adivinó enseguida que no. Se dio cuenta de que Loreto no había podido resistir. Al hombrecillo, que era quien jugaba en ese momento al estrangulador, se le había ido la mano. Los esfínteres de Loreto se habían relajado definitivamente. Estaba muerta.

Intentaron reanimarla, pero no lo consiguieron. Esta vez no lo consiguieron. Entonces vino el llanto histérico de Ana Mari y los gritos de ¡Tranquila, tranquila! ¡Déjame pensar! de García Medina, que buscó, entre sus ropas, su teléfono móvil. Justo cuando marcaba un número, el vídeo se interrumpe.

Paco había tenido razón al decir que todo tenía un límite. También, y sobre todo, la había tenido al recomendarle a Monroy que nunca entrase en un sitio del que no supiera cómo salir. Porque era cierto que él, ahora, no veía ninguna salida. Se había quedado mirando la pantalla con la máscara de bienvenida del reproductor. Por unos instantes, fue incapaz de moverse. Sentía algo que le oprimía fuerte, muy fuerte, entre el esternón y la garganta. Como si le faltara el aire. Intentó respirar hondo, dar un suspiro. Pero el suspiro se convirtió en un sollozo y, de pronto, Monroy se derrumbó. Las lágrimas le poblaron el rostro con un caudal incontenible. Hacía años que no lloraba. Y aquel dolor, aquella rabia acumulada a lo largo de tanto tiempo se concentró ahora en la imagen, imposible de borrar tras sus párpados, de la joven muerta, en un charco de meados y sangre. La presión de su pecho se iba disolviendo a cada nueva explosión de

llanto. Se quedó allí, sentado en la silla, inclinado hacia delante, ocultando el rostro anegado entre las manos.

Nunca supo cuánto tiempo permaneció así. Después calcularía que diez o quince minutos. Cuando el llanto se fue disipando le quedó una terrible sensación de vergüenza y de asco. Se sentía sucio. García Medina y Ana María le habían manchado con su iniquidad. Le habían metido en aquel lodazal que era su mundo. Y, efectivamente, no sabía cómo salir con los zapatos limpios.

Porque después de haber visto aquello, ya no podía, simplemente, devolverles el disco y continuar con su vida.

* * *

Durante un rato, pensó en lo que habría de hacer. Necesitaba un plan. Pero decidió que ya lo iría elaborando sobre la marcha. Por ahora, se limitó a prepararse para salir. Se puso el reloj pulsera, se metió en el bolsillo de la camisa el tabaco, el mechero y el bolígrafo metálico de resorte que siempre llevaba por si acaso, cogió su cartera y las llaves. Antes de marcharse, cogió el disco, lo metió en una bolsa de plástico y lo introdujo en el congelador. No era de descartar que los intrusos volvieran y supuso que no se les ocurriría buscarlo entre bolsas de guisantes y pechugas de pollo.

Entró en el coche y arrancó. No vio a Gloria asomarse a la ventana y ver cómo el Fiat se perdía al llegar a la esquina de León y Castillo.

* * *

Una calle desierta en la madrugada de un martes en la zona residencial de Tafira Alta. Eso era lo que había ante él cuando paró el coche. Salió, cerró la portezuela y comenzó a caminar con tranquilidad.

Había comenzado a elaborar un plan por el camino. Pero, para saber si funcionaría, tenía que averiguar si eran acertadas algunas sospechas. Continuó caminando por la acera vacía, entre tapias y entradas de chalés. Había coches aparcados a lo largo de la calle. Por fin, llegó a la puerta metálica, con la alarma y la taquilla, ahora cerrada, y, sobre todo, con el letrero, el cual, al contrario que las otras veces que había venido, se detuvo a leer.

«Vivienda vigilada por Seguridad Ceys», decía la chapita en letras rojas recortadas contra un fondo negro. Eso era lo que Monroy quería averiguar. Se quedó parado ante el aviso. Había llegado hasta allí. A partir de ahí, ciertas cosas tenían que ocurrir casi por sí solas. Y empezaron a ocurrir un momento después.

Escuchó las portezuelas del auto cerrándose y se volvió. Desde el otro lado de la calle, recién salidos del Opel Kadett de color gris, vio venir en su dirección a los dos hombres jóvenes, con vaqueros y cazadoras de cuero.

Uno de ellos era Ulises, aquel sucedáneo híbrido de skin head y marine, con el suficiente poco cerebro para ser cualquiera de ambos y sin la necesaria audacia para ser ninguno. Del otro no recordaba el nombre, pero era el tipo de pelo rizado que le había consolado el jueves por la mañana, cuando Monroy le arrojó por los suelos.

Monroy se limitó a apoyar la espalda contra la tapia de picón que separaba la casa de la calle y esperó a que llegaran hasta él. Cuando lo hicieron, se quedaron a un paso. Cada uno a un lado. El de pelo rizado, a su derecha, lucía un moratón en el ojo izquierdo. Un pequeño derrame le había invadido la cornea.

—Buenas noches, Monroy —dijo Ulises.

Él respondió con un movimiento de cabeza. En el interior de esa misma cabeza, se desarrollaba una vertiginosa red de sinapsis, mientras una tras otra se iban colocando en su preciso lugar las diferentes piezas que componían todo aquel asunto y le conferirían, por primera vez en muchas horas, un sentido.

El joven sacó las manos, que hasta ese momento habían estado en sus bolsillos y mostró el puño americano en los nudillos de la diestra.

—Parece que nos ahorraste un viaje.

—Parece que sí —dijo Monroy.

—¿Dónde está?

—¿El disco? No está aquí —respondió Monroy con serenidad, poniendo cara de hombre de negocios—. Quiero quitármelo de encima, Ulises. Pero no así.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que lo voy a entregar, pero sólo al legítimo dueño.

—No vas a ganar ni un duro más —intervino entonces el del ojo a la funerals.

—Ni lo pretendo. Pero no quiero que haya más confusiones. Ya está bien de chapuzas.

Aquella frase, como él había esperado, los desconcertó. Decidió aprovechar la ventaja y continuó hablando. Sacó del bolsillo de su camisa el paquete de tabaco y el bolígrafo que siempre llevaba encima por si acaso y se dirigió a Ulises.

—Te voy a dar un número de teléfono al que me tiene que llamar mañana por la mañana el legítimo propietario. Sea quien sea. Supongo que será el mismo García Medina. O el tarugo que me ha estado llamando a casa. Pero me da igual.

Anotó el número en la cajetilla mientras decía esto y se la entregó al matón. Éste guardó el puño americano en el bolsillo de la cazadora y cogió la cajetilla. El otro también se relajó.

—Le dices que me llame y quedamos. Yo le entrego el disco y se olvidan de que existo. No quiero ni un jaleo más. ¿De acuerdo? —dijo Monroy antes de accionar el resorte de cierre del bolígrafo con el pulgar.

—Vale —dijo Ulises, guardándose el paquete de tabaco.

Los ojos de Monroy se movieron rápidamente entre uno y otro matón y no se

encontraron con la mirada de ninguno de ellos: Era el momento. Antes de que se dieran cuenta, aferró a Ulises por la nuca y le introdujo la punta del bolígrafo en uno de sus orificios nasales. Después, con igual celeridad, dio un golpe seco con la palma en el otro extremo del bolígrafo que casi coincidió con el horrible gemido lanzado por Ulises.

El otro se abalanzó sobre ellos, con la intención de inmovilizar a Monroy mediante una presa. Sin embargo, dudó un instante entre hacer eso y sacar su arma. Y, si había algo que Monroy supiera aprovechar en situaciones como aquella, eso era una duda. En un segundo, le había cogido por la oreja y se entregaba a repetir varias veces la minuciosamente brutal operación de estrellar su cara contra la tapia de picón.

Ulises, entre tanto, se había arrancado el bolígrafo de la nariz. Al hacerlo, había desbloqueado el orificio por el que anhelaba salir la sangre y ésta surgió de golpe desde su seno nasal, llenándole toda la parte inferior del rostro y el pecho. Conteniendo las náuseas, intentaba sacar su arma de la cartuchera que llevaba a la cadera. Pero Monroy tampoco le dio tiempo. Le propinó un puñetazo en el riñón que lo inmovilizó durante un momento. Aferrándole por un hombro, sacó el arma y la arrojó al otro lado de la tapia. Mientras Ulises se recuperaba del nuevo golpe, aprovechó para hacer lo mismo con la del otro. Aunque no era necesario, porque el del pelo rizado se había desmayado. En el suelo, en posición fetal, con el rostro sanguinolento, dormiría durante un rato.

Al mismo tiempo que escuchaba esto, Monroy notó movimiento a sus espaldas. Ulises comenzaba a reaccionar. Intentaba coger su puño americano.

—Muchacho. Mal momento para tener la mano en el bolsillo —dijo Monroy descargando varias veces su puño canario sobre la cara de aquel inútil.

Cuando éste se desplomó, Monroy le metió la mano en aquel mismo bolsillo, sacó el puño americano, se lo enfundó y le dio un puñetazo, con todas las fuerzas que pudo, en una ceja. Instantáneamente, sangre oscura y densa manó a borbotones también de aquella herida.

—Esto es por lo del viejo, cabrón.

—Hijo de puta —logró articular Ulises en un sollozo.

—Nada sangra tanto como una ceja rota —dijo Monroy.

Se guardó el puño americano. También cogió el bolígrafo del suelo, que había quedado unos metros más allá, junto al bordillo de la acera. Todo había ocurrido muy rápidamente. Sólo ahora comenzó Ulises a darse cuenta de que Monroy les había tendido una trampa. Él, por su parte, volvió hasta donde estaba Ulises, que intentaba volver a levantarse. Sangraba al mismo tiempo por las fosas nasales y por la ceja. Y lloraba. Lloraba como el niño que en realidad era. Pero hacía vanos esfuerzos por incorporarse.

—Mejor que no te levantes. Por esta semana, ya has comido suficiente tierra. Ulises debió opinar que Monroy tenía razón, porque se quedó tumbado.

—No olvides darle ese número de teléfono al cliente. Lo de devolverle el disco va en serio. Aunque, de todas formas, ya lo tiene. Es el número de mi casa, gilipollas. Y dile al amigote que me llamó que no olvide lo que le dije.

Dicho esto, se volvió tranquilamente a su coche. Algunas luces habían comenzado a encenderse en la vecindad. El del pelo rizado, que había vuelto en sí, intentaba inútilmente ponerse en pie. Un fino hilillo de sangre había comenzado a brotar de uno de sus oídos.

Al pasar ante ellos con el auto, Monroy vio cómo el vigilante de la entrada de la casa de García Medina, con una de las pistolas que él había arrojado hacia el interior en una mano, salía para ver qué ocurría y comenzaba a auxiliar a los dos matones.

Mientras se alejaba de allí, sintió ganas de fumar. Pero recordó que le había dado su paquete de tabaco a Ulises. Daba igual. Igualar un poco los tantos sólo le había costado una cajetilla de rubio. Ahora comenzaba a sentirse mejor.

Sin saber por qué, de repente comenzó a silbar algo que resultó parecerse a *Somewhere*. Bajó la ventanilla para que el aire de la noche le secara el sudor y arrojó a la cuneta el bolígrafo que siempre llevaba por si acaso. Tenía otro en casa.

Sentía un sabor acre en la boca. Cosas de las situaciones violentas. Conocía aquel sabor. Hacía mucho que no lo sentía. En otras ocasiones, siempre había venido acompañado de una sensación de malestar. Una mezcla de sentimiento de culpabilidad y de nostalgia de que las cosas se hubieran solucionado sin recurrir a los golpes. Pero hoy no lo sentía. Por primera vez, sin el menor asomo de duda, le había dado una paliza a alguien que realmente se la había ganado. Y que se la había ganado a pulso. Y sabía que, cuando quitara de en medio a quien le había llamado, que era quien realmente había manejado el asunto, y no aquellos dos inútiles (que hubiesen evitado que ocurriese nada irremediable de haber hecho bien su trabajo), se sentiría aún muchísimo más tranquilo.

Siempre había deplorado las implicaciones de la filosofía de Nietzsche. Sin embargo, en este momento, mientras comenzaba a ver las luces de la ciudad, recordó uno de sus aforismos, no por proverbial menos cierto: Lo que no nos mata nos hace más fuertes.

Mundos de fábula en los que el mal no existe

Se despertó a las nueve. Dormir en el suelo no era lo que más le gustaba en el mundo, pero pensó que no despertaría peor de como estaba.

Decidió matar el tiempo terminando de recoger el salón. En algún momento, recordó el disco. Lo sacó del congelador, lo extrajo de la bolsa y lo puso en su despacho, junto a la ventana. Luego prosiguió con su tarea.

Repasaba mentalmente todo lo ocurrido mientras metía cada disco en su estuche y los iba apilando sobre la mesa del comedor.

La cosa estaba clara: le habían llamado a él para hacer la transacción precisamente porque si algo salía mal nada podría relacionarle con García Medina, salvo, vaya por dónde, su tortuoso divorcio con Ana María. Por eso, cuando le endosaran el muerto, en caso de tener algún muerto que endosar, nadie creería su historia. Su explicación se atribuiría a la intención de causarles algún perjuicio. Con toda lógica, por otra parte.

Todo eso estaba previsto. Si intentaba darles gato por liebre, los matones de García Medina (tipos de confianza de Ceys que no tenían inconveniente en ganarse un dinerillo de más y mantener la boca cerrada) podían hacer lo que hiciera falta con Paco Ruiz, siempre que no dejaran testigos, porque Monroy cargaría con el muerto.

Pero no contaron con tres cosas. La primera, que Ruiz no tuviese el disco que faltaba. La segunda, que Monroy no nombrase a García Medina durante el interrogatorio. Y, por último, que tuviera una coartada.

El primero y el tercero de los hechos, se habían debido, respectivamente, al descuido y a la casualidad. El segundo, sencillamente, a que Monroy no era tonto del todo y sabía que ningún policía se lo hubiera tragado.

Si ni siquiera él acababa de creerse todo aquello, ¿cómo iba a pretender que se lo creyeran un Alonso, un Pérez, incluso un Déniz, quien, además, estaba al tanto, de primera mano, de los términos de su ruptura con Ana María, del rencor y la hiel que existía entre ellos? Aquella misma mañana había tenido que comprobar la hinchazón de sus propios nudillos para probarse a sí mismo que aquello estaba ocurriendo realmente; que alguien, seguramente Ulises y su compañero, había asesinado a Paco Ruiz, que le habían allanado la casa y le habían abierto una ceja a Matías y se habían llevado por delante a Roque; y,

sobre todo, que Loreto estaba muerta.

Incluso si en ese mismo instante le entregara, por ejemplo, a Déniz el disco con la filmación, la policía tampoco podría hacer mucho. No podrían ni siquiera demostrar que había habido un homicidio. Por la sencilla razón de que no había cadáver. De hecho, Monroy estaba seguro de que a Loreto nadie la andaba buscando. ¿A una eslovena traída ilegalmente para ejercer la prostitución? ¿Quién la iba a buscar, si, oficialmente, ni siquiera existía?

Sabía que las cosas estaban así.

Sin embargo, había detalles que tenía muy claros. Por ejemplo, que Ulises y el del ojo morado no eran capaces de elaborar el plan previo. No. Las cosas habían sido de otra manera. Ana Mari y el hombrecillo no eran gente acostumbrada a estos asuntos. Eran, simplemente, dos degenerados que podían permitirse ciertos abusos. Normalmente, cerraban con dinero la boca de sus víctimas. Pero no eran criminales habituales. No estaban familiarizados con las pautas de actuación en casos así. Cuando se les fue la mano con Loreto, llamaron a alguien que sí lo estaba. Alguien que sabía solucionar este tipo de asuntos. Y a ese alguien era a quien habían vuelto a llamar cuando Paco comenzó a extorsionarles. Esa misma persona fue quien elaboró todo aquel plan para rescatar los discos.

Monroy no era tan ingenuo de suponer que sería García Medina quien le telefonara esta mañana. No. Llamaría esa otra persona, ese alguien que había estado moviendo los hilos desde la penumbra. Ese alguien que le había llamado ayer, que había ordenado, con toda la frialdad del mundo, la muerte de Roque y que hoy sabía que Monroy esperaba su llamada.

El disco se había secado. Inició el ordenador, insertó el disco en el lector y activó el programa para hacer una copia. No sabía bien por qué, pero, por el momento, se cubriría las espaldas de esa manera. Justo cuando pulsó el botón de introducción, sonó, por fin, el teléfono.

Lo dejó sonar varias veces mientras se dirigía al salón. Le llamaba, de nuevo, desde un número oculto. Pero su identidad ya no suponía ningún misterio. Monroy sonrió con tristeza, descolgó y dijo:

—¿Qué hay, Silva?

Desde el otro lado de la línea llegó una risita ahogada.

—¡Qué listo eres, cabrón! —dijo Silva, sinceramente admirado—. Bandido. Eres malo como carne de perro. No se te escapa una, ¿eh?

—Si fuera más listo, no me hubiera metido en este follón.

—Bah, un fallo lo tiene cualquiera.

—Todos hemos tenido muchos fallos en este asunto.

—Sí. La verdad es que no ha salido la cosa a pedir de boca. Bueno, ¿qué? ¿Quedamos?

—Dentro de una hora. Donde estuvimos tomando café el otro día.

Cuando Monroy entró en la cafetería, Silva ya le esperaba, tomando café y fumando en la misma mesa que habían ocupado la última vez. Monroy le contempló allí sentado ante la ventana que daba a toda la claridad de la calle Luis Doreste Silva, con su figura recortada contra aquel caudal de luz como un monstruo grande y maligno.

—Ya lo ves. No estoy muerto —dijo Silva cuando él se acercó a la mesa.

—Mejor vamos a dejarlo. Ya hemos dicho suficientes gilipolladas —contestó Monroy acercándose hasta la barra para pedir. Determinó apropiado posponer aquella parte para mejor ocasión. Lo primero era lo primero.

—¿Cómo has podido meterte en esto, Silva? —le preguntó cuando se halló sentado frente a él, endulzando el café que acababan de traerle.

—Tú ya has visto cómo vive mi familia. Un coche cada uno. El apartamento en Maspalomas. Electrodomésticos, ropa. Un viajecito de vez en cuando. Ese tren de vida, cuesta llevarlo. Además, le debía favores a Ana Mari.

—¿Sí?

—Claro que sí. ¿De quién te crees que es Seguridad Ceys?

Por el silencio de Monroy, Silva adivinó que no se le había ocurrido que Seguridad Ceys perteneciese a García Medina. Meneó la cabeza antes de continuar hablando.

—Ella me ofreció un buen puesto. Me aseguró la vida. Por nuestra vieja amistad, ya sabes.

—Te la tirabas.

Silva se mostró muy preocupado por aclarar ese punto.

—Después de que se separaran ustedes, ¿eh? Que yo nunca traicionaría a un amigo.

—Ya. Ya lo veo.

—No, en serio, viejo. Fue cuando ella estaba empezando con Ernesto. Estaba... —miró a su alrededor, buscando la palabra adecuada—. ¿Desorientada? Sí, eso es. Desorientada.

Monroy le llamó hijo de puta a media voz, lentamente, paladeando cada sílaba. Pensó en Maribel, en sus nietas, en Paula. Silva debió pensar también en ellas, porque se apresuró a añadir:

—Bueno, Monroy, cosas que pasan... Yo estaba pasando un bache. Estaba muy estresado, también. Fue cuando perdí el ascenso. Cuando todavía confiaba en poder ascender, claro. Y, en casa, las cosas tampoco iban bien del todo. Tú ya sabes... Hace mucho tiempo ya. Agua pasada, como se suele decir... El caso es que, el año pasado la llamé para decirle que dejaba el Cuerpo, que si había posibilidad de que ellos me dieran trabajo. Y me ofreció un puesto cojonudo, de supervisor. Ganando casi el doble de lo que ganaba antes.

—Y eso incluía lavarle los trapos sucios.

—Eladio, Eladio, Eladio... —dijo Silva, meneando de nuevo la cabeza, pareciendo, incluso, casi un ser humano—. A ti, lo que siempre te ha perdido, es el orgullo. De bien nacidos es ser agradecidos... Y yo, a Ana Mari y a Ernesto, les debo mucho.

—Sí. Y con lo que sabes sobre ellos, estás garantizado, ¿no?

—Hombre, pues viéndolo así...

Monroy formuló la pregunta que le había rondado por la cabeza a lo largo de toda la mañana.

—¿Por qué a mí, Silva? ¿Qué te he hecho yo?

Silva pareció sorprendido ante esa pregunta.

—¿A mí? Nada, hombre. Tú no me lo vas a creer con todo lo que ha pasado, pero yo te aprecio, hombre. Te aprecio de veras. De hecho, cuando surgió el problema y dije lo que se podía hacer para solucionarlo, fue Ana Mari la que se empeñó en que te usáramos a ti. Yo, al principio, dije que no. Pero, después pensé que si la cosa salía bien, te ibas a llevar un buen pellizco. Ya lo ves: en el fondo, lo que intentaba era hacerte un favor.

—Pues parece que no salió bien.

—No. La cosa se torció. Pero todavía lo podemos solucionar pacíficamente, Monroy. No querrás que le ocurra nada a nadie más, ¿no?

Monroy se sintió muy interesado por la insinuación de Silva.

—A nadie más, ¿cómo a quién?

—Como a alguien cercano. Esa chica, Gloria, por ejemplo. Me cayó muy bien, Monroy. No me gustaría que le pasara nada. Pero los muchachos están nerviosos. Y más después de lo de anoche. A veces es difícil contenerlos. Tú ya sabes cómo es la juventud.

—Diles que como se vuelvan a acercar por la calle Murga, lo de anoche va a ser un masaje tailandés comparado con cómo los voy a dejar. Y a ti te advierto una cosa: si tengo la más mínima sospecha de que alguien me vigila, voy directo a por ti.

—Oye —escupió Silva de pronto con furia—, ¡a mí no me amenaces! ¡Ni se te ocurra hablarme como a las putas de tu barrio!

En ese momento, el camarero y los dos o tres clientes que conversaban en la barra se volvieron hacia ellos y Silva decidió que era mejor suavizar el tono. Pero Monroy no le dejó hablar. Tomó la palabra con serenidad.

—Te conozco, Silva —dijo haciéndose adelante en su asiento—. Cuando gritas así, es porque estás acojonado. Tú sabes que conmigo no sirven tus matones. Ni tu mala leche. Ni tu experiencia. Ni tus pistolas. Ya viste cómo dejé a esos dos anoche. Y, lo que son armas, no les faltaban. Como yo sospeche que alguien se acerca a mí o a alguno de los míos, aunque sea mi panadero, te vas a acordar del día en que naciste. ¿Está claro?—Monroy hizo una pausa y el silencio de Silva le

indicó que así era—. Entonces, vamos al asunto.

—Está bien —dijo Silva volviendo a su anterior cordialidad—. ¿Cuánto quieres por el disco?

—Nada.

—¿Cómo que nada?

—Como que nada, Silva.

—¿Todo esto ha sido por nada? ¿Para qué te lo quedaste, entonces?

—Yo no me lo quedé, Silva —dijo Monroy, sintiéndose ridículo—. Se me quedó por error en la guantera.

Silva meditó unos segundos, mirándole con las cejas enarcadas.

—¿Se te quedó por error?

—Sí.

—¿Lo que me estás queriendo decir es que tú no sabías que lo tenías?

—Hasta anoche, no.

—¿Y que estaba en la guantera del fotingo tuyo? ¿Del mismo cacharro con el que viniste anteayer a mi casa?

—Pues sí.

Monroy tuvo que aguantar durante varios minutos las carcajadas de Silva. Con mucho trabajo, éste consiguió serenarse tras varios intentos.

—Bueno, bueno... —dijo al fin—. Pues vamos a ver si llegamos a un arreglo, hombre. ¿Cuánto le vas a pedir a Ernesto?

—Nada. Ya te dije. Lo único que quiero es deshacerme del disco. Eso es todo.

—Hombre, Eladio. Aquí, entre nosotros, algo por las molestias. Los muebles. Algo para tu vecino o para la familia de tu amigo. No sé.

—La familia de Roque no sabe nada del tema y es mejor que siga así. En cuanto a mi vecino, es un tipo demasiado honrado para mancharse con el dinero de esa basura. Por pedir, yo pediría cinco minutos a solas con García Medina y con Ana Mari —dijo Monroy.

—Sabes que eso no te lo puedo conceder.

—Contaba con ello. Pero te pongo la condición de que García Medina esté presente cuando te lo entregue.

—¿Y eso, por qué?

—Quiero preguntarle algo.

—Eladio, no sé si...

—Es la única condición que pongo —le atajó Monroy.

—Bueno, voy a intentar arreglarlo.

—Y, Silva...

—¿Sí?

—Nadie más. Los tres solos.

—Vale, pero, ¿cómo lo hacemos? ¿En tu casa o en la mía?

La calma había caído sobre la ciudad como los nazis sobre Varsovia, ocultando el cielo y haciendo el aire irrespirable. A las tres de la tarde sólo quien estaba obligado a ello se encontraba en la calle. Los demás se encontrarían en sus casas, sesteando o pasando la insoportable canícula ante ventiladores o aparatos de aire acondicionado.

Eladio Monroy, con una camisa blanca de manga corta, por cuyo bolsillo asomaba el bolígrafo que siempre llevaba por si acaso, unas bermudas de algodón con bolsillones y unos guaraches, padecía aquel clima sofocante sentado en un banco de la alameda de Colón. Enfrente, ante el edificio del Gabinete Literario y la terraza del hotel Madrid, el busto de Bartolomé Cairasco de Figueroa se sacrificaba estoicamente al calor, al polvo y a las sempiternas cagadas de paloma. Hasta los pájaros que solían combar las ramas de los árboles de la alameda se habían callado. Sólo de vez en cuando, algún turismo o algún taxi vacío, pasaba por el cruce con la calle Muro y se perdía por General Bravo.

Monroy había elegido un banco alejado de los árboles. No le apetecía ponerse perdido. Consultaba su reloj cuando escuchó la voz de Silva llamándole por su nombre.

Instintivamente, se levantó y se dio la vuelta. Silva y García Medina se acercaban a pie, cruzando la alameda, desde la calle de Los Malteses. Debían haber aparcado por allí.

Cuando llegaron hasta él, rehusó las manos que le tendieron y se limitó a echar un vistazo alrededor. Ellos procuraron continuar siendo cordiales.

—Siento el retraso, querido —dijo Silva—. No había manera de aparcar.

Monroy volvió a sentarse. Con un gesto, le indicó a García Medina que se sentase junto a él. García Medina consultó a Silva con la mirada. Silva, a su vez, consultó a Monroy y, tras negar éste con la cabeza, le señaló el banco al hombrecillo.

Cuando éste se hubo sentado, Silva se quedó en pie, frente a ellos, a sólo un paso de Monroy, se desabrochó la chaqueta y apoyó la mano derecha en su cadera. Evidenciaba, así, que Monroy podía considerarse advertido.

—¿Y bien? —preguntó García Medina.

Monroy chasqueó la lengua y se pellizó el mentón un par de veces antes de hablar.

—Voy a darle el disco, no se preocupe. Voy a dárselo, sobre todo, por mi hija. Porque se iba a llevar un disgusto si se entera de a qué se dedica su madre.

—Comprendo —articuló el hombrecillo con dificultad, tragando saliva.

—No. Usted no comprende. Como tampoco comprende que es también por mi hija por lo que no le rompo el hígado de una patada.

—Eladio... —comenzó a advertirle Silva.

—Silva, me parece que tú, lo que tenías que decir, y a lo dijiste.

Silva hizo una mueca al tiempo que Monroy continuaba hablando.

—Porque, que le quede bien claro: por muchos guardaespaldas que pudiera contratar, llegaría un momento en que alguno tendría un descuido. Y conmigo es mejor no descuidarse. Ya se habrá enterado de la que monté anoche delante de su casa ¿no?

García Medina volvió a tragar saliva. Estaba más que enterado, al parecer. Monroy continuó hablando con tranquilidad, lentamente, a media voz, como si en realidad fuera un cirujano dando instrucciones al anestesista en una operación a vida o muerte.

—Así que quiero que tenga claro esto: si no le destrozó la vida y no le destrozó la salud, es sólo por Paula. Pero, también por Paula, le voy a preguntar cómo coño son capaces de hacer algo como lo que le hicieron a Loreto.

—Eladio, créame que nadie quiso hacerle a Loreto... Se nos fue la mano...

—Se les fue la mano después. Pero no me refiero a eso. Me refiero a cómo fueron capaces de torturarla de esa manera.

El hombrecillo buscaba una respuesta sobre el pavimento. Monroy continuó hablando.

—¿Cómo pueden ser capaces de hacer cosas así? ¿En qué coño piensan? Y, sobre todo, ¿cómo es posible que algo así los ponga cachondos? No me lo explico. Y me gustaría explicármelo para que toda esta mierda tenga sentido.

García Medina continuó mirando al suelo. Silva, por su parte, miraba en una y otra dirección. Ninguno de los dos abrió la boca.

—Basura —le escupió Monroy, dándolo por imposible—. Sólo una cosa más —añadió después, esta vez hablándole a Silva—. ¿Qué hicieron con ella?

Silva se sorprendió.

—¿Para qué quieres saberlo? —indagó con el ceño fruncido.

—Quiero saberlo.

—Venga, ya está bien, Eladio. Danos el disco.

—No te lo doy hasta que no me lo digas.

—¿Me vas a obligar a quitártelo?

—Todavía no ha nacido el tío que me obligue a mí a hacer algo que no quiera. Algo así fue lo que me dijiste. Y sabes que es verdad. Si intentas algo, te voy a obligar a tener que utilizar la cacharra. Y hay poca gente en la calle, pero hay. — Monroy señaló con la cabeza la estación de guaguas cercana, donde varios viajeros y al menos dos conductores esperaban la salida.

—Dígaselo y acabemos con esto de una vez —dijo el hombrecillo.

Silva miró alternativamente hacia la estación y hacia su jefe. Después, recapacitó, antes de contestar.

—Bah, da igual. La hicimos desaparecer. La despiezamos. La metimos un par

de días en cal viva y luego, lo que quedó lo echamos al mar. Nunca van a poder dar con el cuerpo. ¿Estás contento ahora, Mike Hammer?

—¿Dónde?

—¿Dónde qué?

—¿Desde dónde la echaron al mar?

—Antes de llegar a Bañaderos, hay una zona con acantilados.

—¿Cuál de ellas?

—Roque Prieto, creo que se llama. No sé. El sitio lo eligió Ulises.

—Hijo de puta. O sea, que tus muchachos estaban pringados desde el principio.

—Demasiada carga para mí solo.

Monroy dio un suspiro. Ya estaba cansado de todo aquel asunto. De pronto se levantó. Metió la mano en el bolsillo que su pantalón tenía a la altura del muslo derecho y sacó el disco. Lo alargó en dirección al hombrecillo, que lo cogió enseguida. Pero él no lo soltó. Lo mantuvo entre el índice y el pulgar.

—Esta —dijo— es la última vez que quiero oír hablar de ninguno de ustedes. Si se olvidan de que existo, me olvidaré de que existen.

Le clavó la mirada a García Medina para comprobar que había quedado bien claro. Sólo cuando se cercioró de ello, le permitió guardarse el disco en el bolsillo de la americana.

Acto seguido, Monroy les dio la espalda y echó a caminar en dirección a la salida de la Alameda que daba a la esquina de la calle Muro. No supo qué hacían, pero les supuso respirando aliviados, felicitándose por el «final feliz» que para ellos había tenido la situación.

Al llegar a casa (después de visitar a Matías, que se encontraba ya mucho mejor y pasándosele pipa con una película en la que Samuel L. Jackson ponía en jaque a toda la policía de la ciudad) fue a la nevera y sacó una cerveza.

Luego entró en el despacho e inició el ordenador. Sabía que no podía hacer nada más. Sobre lo de Loreto, no había nada que hacer. No había cadáver. Todos aquellos años en el cuerpo le habían servido a Silva para algo. Denunciar a Silva y a su gente por el asesinato de Paco Ruiz también le hubiera relacionado a él con el asunto. Y no quería líos en ese sentido. Por otro lado, dar publicidad a la filmación, le hubiera roto la vida a Paula. Eso en el caso de que se le hubiese podido dar publicidad. A nadie se le escapaba que García Medina tenía la suficiente influencia para bloquear cualquier tipo de emisión del mismo.

En cualquier caso, sabía que ahora ya sería imposible volver a tener relación alguna con Paula. Ahora sí que Ana Mari y el hombrecillo se esforzarían como nunca en echarle mierda encima a su imagen ante su hija. No les interesaba otra cosa. El miedo a que ella se enterase de cuáles eran sus vicios privados, de lo que eran capaces de hacer, bloquearía para siempre ese camino a Monroy.

Quizá precisamente por eso ahora, más que nunca, Monroy pensó en Paula.

En Paula y en Loreto. En cómo la imagen de una le recordaba a la imagen de la otra. Y, mientras pensaba en ello, de forma mecánica, casi inconscientemente, seleccionó el archivo de video que llevaba por nombre «cineduro0016» y pulsó la tecla de suprimir.

* * *

A Gloria no le contó nada acerca de cómo halló la muerte Loreto. Tampoco le comunicó que tuviera la más mínima sospecha sobre quién había asesinado a Ruiz. Y, mucho menos, se atrevió a contarle lo de Roque. Esto último, sobre todo, porque sentía una vergüenza infinita. Se limitó a contarle que había olvidado el disco compacto en la guantera, que ya lo había devuelto y que, por tanto, podían olvidarse definitivamente del asunto. Todo esto se lo dijo aquella misma tarde, mientras ella le ayudaba a elegir un sofá en lo de Saulo. Gloria se mostró conforme, más que nada porque, aunque no se lo dijese a él, opinaba que los secretos que él guardara, a él, única y exclusivamente, pertenecían. Por lo tanto, dijo que menos mal, que todo estaba mejor así y añadió a renglón seguido que el sofá de color rojo le parecía mucho más bonito que el gris perla y que, además, le parecía un color más limpio.

* * *

Silva llegó a casa sobre las diez de la noche. Dejó su ranchera en el garaje, salió del mismo y cruzó el patio hasta la entrada. Sacó las llaves, abrió la puerta y volvió a cerrar.

La casa le saludó con el silencio y, como primera medida, puso la tele, para oír algún rumor. Luego fue a su dormitorio, se quitó la cartuchera con su arma, un revólver Astra del 22 lr., y el reloj. Se sacó la cartera del bolsillo y la dejó, junto al reloj, sobre el tocador. Después guardó el arma dentro del primer cajón y se fue a la cocina.

Se preparó un bocadillo y cogió una cerveza del frigorífico. A mediodía había comprado seis latas. A tres por día. Dos días más tarde, tenía que reunirse con su familia en Maspalomas para pasar el fin de semana. Mientras tanto, soportaba gustoso el tener que prepararse la cena a cambio de poder consumirla bebiendo cerveza de verdad, y no aquella contradicción en los términos que la cerveza sin alcohol suponía.

Salió de la cocina con el bocadillo, con un plato para las migas, y la lata de cerveza. Se dirigió en dirección al cuarto de la tele, cuyo sonido le esperaba. Cenaría viendo la teleserie que acababa de empezar. Después, ya vería lo que daban.

Pasó ante el pequeño despacho en el que tenía el escritorio con el ordenador

y continuó camino, pero, cuando ya casi llegaba al salón, se dio cuenta de que, al pasar, había visto iluminada la pantalla del ordenador. Sin dejar de avanzar, se preguntó si podía equivocarse. Intentó recordar cuándo lo había utilizado por última vez. Al llegar al salón, decidió comprobarlo. Dejó allí el plato con el bocadillo y, cerveza en mano, volvió sobre sus pasos.

El escritorio estaba situado dando el perfil a la puerta, junto a la ventana. Nada más había en el exiguo cuarto, salvo aquella mesa, la silla giratoria y una estantería en la que se almacenaban revistas, disquetes y algunos manuales de informática. Efectivamente, la pantalla se hallaba iluminada y se escuchaba el casi imperceptible sonido del disco duro procesando. Se acercó al escritorio y tomó asiento.

La pantalla mostraba un documento de texto, que llevaba como encabezamiento «A quien pueda interesar». Dejó colgar su mandíbula un momento, tan sorprendido que no escuchó los pasos de Monroy hasta que ya casi estuvo a su lado.

—Lee, Silva —dijo Monroy—. Lee con tranquilidad. Tenemos todo el tiempo del mundo.

Silva le miró y sintió un escalofrío. Monroy estaba allí, en medio de la habitación, con unos guantes de látex, apuntándole con su propio revólver, el Astra que acababa de guardar en el cajón.

—¿Qué es lo que crees que vas a hacer?

—Lee.

Silva, desorientado, leyó.

A quien pueda interesar:

Dejo este mundo por motivos que sólo a mí me conciernen. Lo único que debe aclarar esta nota es que muero por propia mano y que, por tanto, no debe acusarse a nadie, directa o indirectamente de mi muerte.

Pido perdón a mi mujer y a mi hija por el daño que voy a causarles.

José Manuel Silva Capillas.

Incrédulo, Silva miró a Monroy.

—¿Qué es esto?

—¿Qué va a ser? Tu nota de suicidio.

Evidentemente, Silva no creía que lo que estaba ocurriendo fuera en serio. Tomó otro trago de cerveza y soltó una carcajada.

—Es para mearse, Monroy. Qué cosas tienes, tío, la verdad. ¿Cómo has logrado meterte aquí sin que me diera cuenta? —Monroy le miró sin pronunciar

palabra—. Hubieras sido el chorizo ideal... Joder, qué ironía! ¡En mi propia casa! Aunque, ya se sabe, en casa del herrero, cuchara de palo...

Monroy permaneció en su mutismo. En cambio, en su rostro había comenzado a dibujarse una sonrisa. Silva empezó a inquietarse.

—Bueno, ya está bien. ¿Qué querías demostrar? ¿Que puedes ser un tipo peligroso? Vale. Ya lo demostraste. Deja la pistola en su sitio y cierra la puerta al salir. Nadie te va a molestar, Monroy. Tienes mi palabra. Lo que te dije sobre tu amiga... Bah, ya sabes cómo es esto... Cosas del trabajo. Pero nadie va a ir a por ti... Yo ya he echado tierra sobre el asunto. Y tú deberías hacer lo mismo.

Monroy le dejaba hablar. Sabía que aquella verborrea era la forma en que Silva combatía el miedo que iba creciendo en él. Continuaría hablando en ese tono durante un rato. Después, comenzaría a cambiar de registro, al ver que estaba acorralado. Apelaría a su amistad, nombraría a Maribel, a Raquel, a las niñas. Incluso a Lucas, si era necesario. Acabaría gimiendo y suplicando, a la espera de que Monroy se confiara lo suficiente para bajar la guardia. Y, entonces, sólo entonces, intentaría algo. Pero Monroy decidió no darle esa oportunidad.

—Puedes añadir lo que quieras a la nota —le apostrofó de pronto, justo cuando aquél comenzaba a preguntarse en voz alta cuántos años hacía que se conocían.

La mirada que Silva le dirigió a la pantalla del ordenador fue, en principio, de verdadero pánico, pero acabó por apagarse en un gesto de resignación.

—¿Por qué hay que llegar a esto, Eladio?

Monroy dio un paso hacia él.

—Eso pregúntaselo a Roque —le contestó aquél, apuntándole a la cara y amartillando el revólver.

Silva inició un último acto, un gesto a la desesperada: cogió la lata de cerveza, con la evidente intención de lanzársela a Monroy y desorientarlo. No le dio tiempo. Si lo hubiera previsto, quizá hubiese podido. Pero la improvisación no permitió que lograra girarse un cuarto de vuelta, alzó el brazo y le arrojara la lata antes de que el cañón de su propio revólver produjese un fognazo al hacerse efectivo un disparo cuyo sonido ni siquiera llegó a oír.

Monroy se quedó mirando el cadáver de Silva, que había caído hacia atrás arrastrando consigo a la silla. Esta había quedado tirada a su lado. Silva ya sólo era reconocible por su ropa. El tiro, efectuado desde muy cerca, le había chamuscado la piel alrededor del orificio abierto en medio de su rostro. Y aquellas quemaduras comenzaban ahora a mancharse con la sangre negra y abundante que fue formando un charco alrededor del sitio en el que se juntaba su nuca con el suelo. Monroy colocó el revólver en la mano izquierda de Silva (todo el mundo sabía que era zurdo), y salió de la habitación.

Fue al salón, apagó la tele y se metió el bocadillo en el bolsillo (los suicidas no

suelen prepararse chivitos con lechuga y tomate) para tirarlo en el camino a casa.

Luego fue hacia la ventana por la que había entrado. Antes de salir, se preguntó si se le olvidaba algo. Se contestó que no y salió al fin. Luego saltó nuevamente la tapia, llegó hasta su coche, aparcado en la parte trasera, y arrancó. No encendería los faros hasta que no hubiese salido de la urbanización. Se le hacía difícil conducir, porque a la ausencia de luz se sumaban algunas lágrimas que brotaban ahora de sus ojos y que contribuían a dificultar su visibilidad.

* * *

Al entierro de Silva acudió la mitad del Cuerpo, todo Seguridad Ceys en peso y algunos sectores más. Allí estaban, por ejemplo, García Medina y Ana María, «profundamente consternados». En la comitiva que entró en el cementerio de San Lázaro, Monroy, que se había retrasado en llegar, coincidió en algún momento junto a Ulises. Éste, con la cara tumefacta y los puntos de la ceja aún sin curar del todo, le dirigió una mirada desde detrás de sus gafas de sol. Monroy, procurando que nadie se diera cuenta, le mantuvo la mirada y el otro no pudo sostenerla más que unos momentos. Después meneó la cabeza, miró al suelo y ralentizó el paso para no seguir andando a su lado.

Cuando hubo terminado el sepelio se acercó a saludar a Maribel y a su hija.

Maribel, con la incomprensión y el dolor marcados en el semblante, se derrumbó al verle. Le abrazó con fuerza y dejó que el dolor se desatase. Monroy respondió al abrazo. Se dijo, en esos instantes, que él era el responsable de ese mismo sufrimiento. No se arrepentía en absoluto de lo que había hecho, pero sabía que su culpa, por Maribel, le seguiría hasta el infierno. Y el hecho de que Maribel le hubiese elegido a él, entre todos los demás circunstancias, para aliviar su pena, aumentaba el peso de esa culpa hasta hacerlo insoportable.

Había hecho justicia, pero hacer justicia había resultado injusto para ella, que no se merecía aquello.

Cuando salió del cementerio e iba hacia su coche, pasó junto a García Medina y Ana María, que se disponían a entrar en el Saab. Ella fingió que buscaba algo por el suelo. García Medina, en cambio, le miró abiertamente. Inició ese gesto que suelen esbozar los que no saben qué decir en los funerales, el gesto del consabido No somos nadie. Monroy decidió no darle la oportunidad de que se comunicara con él como si fuera otro ser humano y desvió la mirada.

Acababa de alcanzar su auto cuando Déniz, como siempre sudoroso y como siempre encorbatado, pasó a unos metros de él y le saludó con la mano antes de perderse entre los demás asistentes rumbo a su propio vehículo.

* * *

Dos semanas más tarde, Déniz le telefoneó para decirle que seguían in albis con el asunto de Paco Ruiz.

—¿Y a mí qué me cuentas?—le respondió Monroy.

—No, hombre... No me interpretes mal... Te llamo para pedirte tu colaboración, por si recuerdas algo, algún detalle que nos pueda ayudar.

—Si supiera algo, ya te lo hubiera dicho.

—Ya... Supongo que sí. Bueno, de todas formas, si te acuerdas de algo, dame un telefonazo ¿vale?

—Serás el primero en saberlo —repuso Monroy antes de colgar y llamar gilipollas al señor comisario.

* * *

Pasó unas cuantas noches durmiendo poco y mal. Gloria, que de vez en cuando dormía a su lado, le escuchaba gemir entre sueños y despertarse con la frente empapada por el frío sudor de la angustia. Una de esas madrugadas, su duermevela le trajo la idea absurda y brutal de que estaba varias veces muerto. Se levantó, diciendo a Gloria que se tranquilizara y volviera a dormirse, que él iba a hacerse una tila.

En la cocina, prendió un cigarrillo y dejó que su mente conectara aquella idea perteneciente al sueño con consideraciones del territorio de la vigilia. Porque, en efecto, estaba vivo. Vivo y coleando. Pero también era cierto que la muerte le había visitado en varias ocasiones en los últimos tiempos. Cualquiera de aquellos funerales a los que había asistido recientemente, hubiera podido perfectamente ser el suyo. Que estuviera ahora ahí, fumando aquel cigarrillo, apoyando su mano sobre el poyo para asomar la cabeza por la ventana que existía más allá, era sólo cuestión de suerte. El azar, y no su destreza, su astucia o su fuerza le había librado de no ser Silva o Roque o incluso Paco Ruiz y llevar ya unas cuantas semanas pudriéndose en un nicho.

Sin embargo, había otra persona mezclada en todo aquel asunto que también había muerto y que ni siquiera había tenido ese privilegio. Era un ser tan anónimo en la muerte como probablemente lo había sido en vida. Había carecido hasta de un último homenaje. Y, pensando en su suerte, a Monroy se le ocurrió que él era el único que podía solucionar eso. Entonces recordó con qué había estado teniendo pesadillas, qué era lo que realmente le atormentaba. No se trataba de la muerte de Roque o de la de Silva, una causada indirecta, otra directamente por él. Lo que le atormentaba era otra cosa, también brutal, pero, si cabía, más terrible e injusta.

La calma se había disipado. Y las temperaturas comenzaban ya a suavizarse, aunque sólo un poco. Monroy se acercó al borde del precipicio y observó el cielo azul salpicado de tímidas nubes blancas. Estaba siendo el verano más largo y caluroso desde hacía años. Cuando el invierno llegara estaría, seguramente, a su altura. Pero nada permitía adivinarlo allí, en ese momento, sobre el sendero invulnerable que se abría ante él y golpeaba con fuerza el acantilado.

No le había costado dar con el sitio. Le bastó con parar en Bañaderos y preguntar en un bar. Había dejado el coche lo más cerca posible. Después, se había apeado, había cogido las flores y caminado hasta allí.

De nuevo, como en los últimos días, volvió a ver el rostro de Loreto transformándose en el de Paula. Después, la cara de Paula volvía a ser la de Loreto. Entonces, la faz de Loreto ya no sonreía, sino que se retorció en una mueca de dolor y pánico y humillación, para, un segundo después, volver a convertirse en el rostro de Paula con aquella misma expresión. Cada mañana, al despertar. Cada noche, al doblar la última esquina antes del sueño. En cualquier momento, aquella visión atormentándole.

Probablemente no volvería a ver a Paula. Tampoco los padres de Loreto volverían a verla. Nadie le había tomado la mano en el momento de expirar. Nadie había cerrado sus ojos. Nadie había llorado por ella. Nadie le había dedicado un segundo de su memoria. Su paso por el mundo había sido borrado con los de otros millones de pobres diablos que vienen al mundo casi exclusivamente para ser víctimas de unos cuantos miserables, por variados motivos y de distintas maneras, mas siempre con la misma invariable indiferencia. Se merecía, al menos, aquel pequeño ritual. Por eso Monroy arrojó el ramo de rosas blancas desde acantilado. Las vio caer sobre la superficie de las olas, quedarse allí flotando, yendo y viniendo a merced del oleaje. Recordó lo que le decía a Paula cuando ésta era pequeña y él la acostaba, en los breves intervalos en los que no estaba embarcado. Lo repitió en un susurro, mirando el ramo de flores que ahora se estrellaba contra las peñas y comenzaba a deshacerse.

—Descanse, mi niña —musitó.

Luego se volvió y comenzó a andar hacia donde tenía el Fiat. Rememoró el rostro de Paula cuando era niña. Y ese rostro se convirtió en el rostro de Loreto, un rostro de niña plácido y feliz, preparándose para dormir y soñar con mundos de fábula en los que el mal no existe.

Nota del autor

Como el atento lector habrá notado, el título de cada capítulo pertenece a una cita literaria. Ya que el lector es tan atento, le propongo el juego de dejar a su elección la atribución a su respectivo autor de cada una de las citas no especificadas en el texto. Le adelanto ya que no encontrará en la tradición literaria a los autores de dos de ellas. Si el atento lector opina que eso es trampa, le responderé que sí, pero que como el juego lo propongo yo me considero con todo el derecho a saltarme las reglas cuando me venga en gana. El atento lector está, a su vez, en su derecho de mandarme o no a freír un huevo y/o de escribir un libro y proponer su propio juego, a cuyas reglas me someteré gustoso.

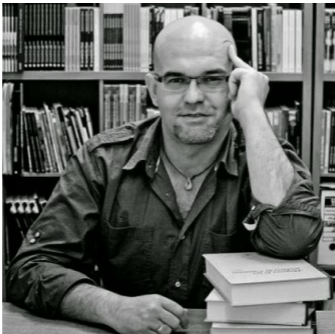
Dejando los juegos y las bromas a un lado, el motivo de esta adenda es anotar cierto asunto que me gustaría poner en conocimiento del atento lector. Este asunto no es otro que el del origen del protagonista de esta novela. Conozco a Eladio Monroy desde siempre, pero no empecé a tutearle hasta hace muy poco. Mi pobre héroe es muchas personas que conozco. Es, por ejemplo, mi padre y varios amigos, vecinos y compañeros de trabajo que he tratado a lo largo de mi vida. Incluso a veces es este mismo autor que ahora escribe. Por ejemplo, cuando se equivoca; sobre todo, en su característico pesimismo.

Pero, antes que nada, Eladio Monroy es esta ciudad que habito, que amo y odio a un tiempo: interesado y sentimental; violento y tierno; cosmopolita y atado a la tierra; soez y culto; superviviente y perdedor. Y, en esto, probablemente, no se diferencie de la ciudad en la que el lector habita, sea cual fuere. Todos guardamos esa ambigua relación sentimental con el lugar donde se desarrolla nuestra existencia.

Por último, y en cuanto a la localización geográfica en la que se incardina la acción de *Tres funerales para Eladio Monroy* (si es que el atento lector es tan ingenuo como para confundir la geografía física y política con la geografía estética y literaria o, para ser exactos, la geografía con el paisaje), deseo hacer, antes de terminar, la siguiente advertencia: que nadie atribuya a un mal entendido localismo el hecho de que esta novela transcurra en la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria. Podría haber transcurrido en cualquier otra ciudad. Cualquier ciudad es buena para una novela negra. Siempre he opinado así. Por eso recomiendo a mis conocidos igualmente a Raymond Chandler y a Patricia

Highsmith, a Paco Ignacio Taibo II y Jorge Ibarguengoitia, a James M. Cain y a Manuel Vázquez Montalbán. Da igual dónde se desarrolle la historia, porque la maldad, los poderosos y sus víctimas son iguales en todos lados. Y, en ese sentido, todas las ciudades son la misma. Pero es que da la casualidad de que Eladio Monroy vive en Las Palmas. Qué se le va a hacer.

Las Palmas, 30 de julio de 2004 — 16 de febrero de 2005.



ALEXIS RAVELO BETANCOR (Las Palmas de Gran Canaria, España, 1971) es un escritor especialmente destacado en el campo de la novela negra, el cuento y el microrrelato.

De procedencia humilde, trabajó como camarero en su adolescencia y juventud. Su formación es autodidacta. Inició estudios de Filosofía en la UNED. Fue alumno en talleres de narrativa impartidos por Mario Merlino, Augusto Monterroso y Alfredo Bryce Echenique.

Cofundador de la revista literaria La Plazuela de las letras y creador del espacio de divulgación cultural Matasombras, junto con Antonio Becerra Bolaños, en Las Palmas de Gran Canaria. Autor de espectáculos teatrales y guiones para programas infantiles de televisión.

En 2006 entró a formar parte de la Asociación Canaria de Escritores, que abandonó a finales de 2008 por divergencias con su Junta Directiva. Imparte talleres literarios en diversos foros, como La máquina del cuento, Factoría de Ficciones y Vidas cruzadas.